EL LENINISMO EN ACCION

EDITORIAL PAZ Y SOCIALISMO • PRAGA • 1962

EL LENINISMO EN ACCION

Recopilación de artículos

publicados en

REVISTA INTERNACIONAL

(Problemas de la paz y del socialismo)

EDITORIAL

PAZ Y SOCIALISMO

PRAGA • 1962

UN CONGRESO HISTORICO

Para aquilatar la importancia de un acontecimiento hay que enfocarlo a menudo desde una distancia histórica. Pero hay acontecimientos de los que desde el primer momento puede afirmarse con seguridad que habrán de dejar una huella profunda en toda una época y determinarán en medida considerable el curso ulterior del proceso histórico. A este tipo de acontecimientos pertenece sin duda alguna el XXII Congreso del PCUS, que pasará a la historia como el Congreso que ha aprobado el programa concreto de la construcción del comunismo.

Con él se ha escrito una importante página de la historia del movimiento comunista internacional. En el Programa y los Estatutos aprobados, en los informes de Nikita Jruschov y Frol Kozlov, en las intervenciones de los delegados y de los representantes de los partidos hermanos se desarrolla y profundiza la plataforma política y teórica expuesta en las declaraciones de 1957 y 1960 de las respectivas conferencias celebradas en Moscú por representantes de los partidos comunistas y obreros.

Las nuevas tesis contenidas en estos documentos internacionales acerca del sistema socialista como factor decisivo del desarrollo mundial, la posibilidad de evitar las guerras en nuestra época, las vías de la revolución socialista, las perspectivas del movimiento de liberación nacional, etc., muchas de las cuales habían sido planteadas ya por el XX Congreso del PCUS, han sido enriquecidas en los materiales del XXII Congreso. El nuevo Programa del PCUS, que no sólo refleja exactamente el carácter de la época, sino que, además, describe el emocionante panorama del futuro de la humanidad, puede ser

legítimamente considerado por nosotros como el auténtico Manifiesto Comunista de nuestro tiempo.

El *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels fue la partida de nacimiento de la teoría y del movimiento comunistas. El nuevo Programa del PCUS es el heraldo de su pleno triunfo. Este documento, patrimonio de la clase obrera de todo el mundo, constituye un aporte al acervo teórico del movimiento obrero internacional y habrá de contribuir a un nuevo y poderoso ascenso del mismo. Los representantes de todos los partidos comunistas y obreros han subrayado, basándose en la experiencia concreta de su lucha, la trascendencia internacional de las ideas contenidas en el Programa del PCUS y el papel de vanguardia desempeñado por el Partido Comunista de la Unión Soviética en todo el movimiento obrero revolucionario.

El nuevo Programa es para el pueblo soviético el plan por el que ha de orientar toda su actividad en el transcurso de los próximos decenios. La URSS dejará pronto muy atrás al capitalismo en todas las esferas de la vida económica e irá pasando gradualmente a la distribución de los bienes materiales y espirituales de acuerdo con las necesidades. Las actuales generaciones verán con sus propios ojos una sociedad en la que habrán desaparecido todas las diferencias sociales, en la que el Estado irá siendo sustituido por la autogestión social, una sociedad en la que se habrán alcanzado las cimas más altas de la libertad y la igualdad y en la que las relaciones humanas descansarán siempre y en todo caso en el principio de «el hombre es amigo, camarada y hermano de sus semejantes». Cada uno tendrá ilimitadas posibilidades para alcanzar un desarrollo integral.

Nuestra época pasará a la historia como una época de grandes cambios e ingentes realizaciones. Ha sido justamente en el siglo XX cuando el hombre ha descubierto los secretos de la energía atómica, la energía del futuro, y ha salido por vez primera de su cuna terrestre para lanzarse a la conquista del espacio. En este mismo siglo ha tenido lugar una nueva revolución en la técnica y en los métodos productivos, señalada por la automatización, que ha abierto, en el aspecto técnico, el camino hacia la abundancia.

Pero el siglo XX perdurará, sobre todo, en el recuerdo de los hombres como el siglo de las mayores transformaciones sociales de la historia de la humanidad, que marcan el fin de todas las formas de explotación, opresión e injusticia social. En la década del 60, la mayor parte de la humanidad se ha

visto incorporada en una forma u otra a este proceso revolucionario único. Mientras el socialismo se ha convertido en el factor decisivo del desarrollo social, el imperialismo, que hace unos cuantos decenios ejercía un dominio incompartido en nuestro planeta, ahora ve hundirse bajo sus pies el terreno que pisa.

Sin embargo, el proceso de la revolución mundial todavía se halla muy lejos de haber llegado a su término. Su culminación, el paso de la humanidad del capitalismo al comunismo en el mundo entero, habrá de constituir el contenido de los próximos decenios. El XXII Congreso del PCUS, en el que ha tomado cuerpo el espíritu revolucionario de nuestra época, ha de ejercer indudablemente una profunda y múltiple influencia sobre la lucha que sostienen por el comunismo las masas trabajadoras. La actuación del PCUS y del pueblo soviético multiplica esa trascendental fuerza transformadora que es la *fuerza del ejemplo* de los países y pueblos que están convirtiendo en realidad el secular sueño comunista del género humano.

Lenin había previsto ya en los primeros años del Poder soviético que el socialismo ejercería su principal influencia en el curso de los acontecimientos históricos y en el desarrollo de la revolución mundial merced sobre todo a la fuerza de su ejemplo.

La edificación de la sociedad socialista ha sido la más grande realización del pueblo soviético, la cual ha ejercido una decisiva influencia progresista sobre toda la historia de la humanidad. El pueblo soviético ha realizado en un breve plazo histórico radicales transformaciones en todos los ámbitos de la vida social, cambiando la fisonomía del País Soviético y mostrando a todos los pueblos el camino hacia un futuro esplendoroso.

Todo el mundo ha visto que el sistema socialista tiene incomparables ventajas sobre el sistema capitalista, que el pueblo que ha tomado el Poder en sus manos organiza mucho mejor que los capitalistas la vida de la sociedad. El pueblo soviético ha dado solución a los problemas sociales más complejos, a problemas que durante milenios habían venido atormentando a la humanidad; ha conseguido brillantes éxitos en la vida económica, política y cultural, convirtiendo un país atrasado, con una población analfabeta, en una gran potencia industrial, que marcha a la cabeza del progreso histórico.

Todo el mundo ha visto que el socialismo, organizado sobre

la base de la propiedad social, significa el fin de la explotación del hombre por el hombre, de la anarquía en la producción, de las crisis, del desempleo y de la opresión social y nacional. El socialismo asegura una elevación incesante del bienestar material y del nivel cultural de los trabajadores, a los que proporciona libertades políticas democráticas y, por vez primera en la historia, grandes derechos sociales: el derecho al trabajo y al descanso, a la instrucción, a la protección de la salud y a la seguridad social, todos ellos garantizados por el ordenamiento socialista de la vida.

Todo el mundo ha visto que la sociedad socialista construida por el pueblo soviético es un hermoso edificio en el que los hombres viven una existencia radiante y jubilosa. Por eso, al rendir el merecido tributo al heroico trabajo del pueblo soviético, los comunistas de todos los países y un sinfín de personas progresistas han dicho: el camino abierto por el pueblo soviético es el único camino acertado para toda la humanidad.

Apoyado en las conquistas del socialismo y bajo la dirección del Partido Comunista, el pueblo soviético consiguió una victoria histórica sobre las huestes hitlerianas, salvando así al género humano de los horrores de la esclavitud fascista. La humanidad ha contraído una gran deuda con el pueblo soviético, que al derrotar al fascismo salvó la civilización mundial.

Ahora, el pueblo soviético está abriendo el camino hacia el comunismo. En el Programa aprobado por el XXII Congreso del PCUS se trazan las medidas concretas para llevar a la práctica los planes más nobles y más audaces de los grandes cerebros de la humanidad, para convertir en realidad los anhelos seculares de las masas trabajadoras.

El cumplimiento del Programa del PCUS hará que sea irresistible la fuerza de atracción ejercida por las ideas comunistas. Cada paso de la sociedad soviética hacia el comunismo hará que nuevos millones de personas se vayan convenciendo de que vale la pena luchar por el socialismo, por el comunismo. Todos los pueblos pueden realizar el milagro comunista si se sacuden el yugo del capitalismo y tienen la firme decisión de edificar la nueva vida. Y cuando las masas hacen suya una idea avanzada, ésta se convierte en una poderosa fuerza para la transformación revolucionaria de la sociedad.

La fuerza del ejemplo es un factor que acelera en enorme medida el curso de la revolución en el mundo entero. El XXII Congreso asestó un nuevo golpe demoledor a las posiciones de los sectarios, que niegan la importancia del ejemplo y sostienen que sólo se puede llegar al socialismo y al comunismo a través de conflictos que impliquen un constante peligro de guerra. Lo erróneo de esta posición y el peligro que ella representa para el movimiento obrero son evidentes. Dicha posición está en pugna con la política de distensión internacional y de coexistencia pacífica y, objetivamente, coincide en esencia con la política «al borde de la guerra», cuyo fundador fue John Foster Dulles. Además, proporciona a nuestros enemigos en los países capitalistas un terreno abonado (que ellos no han dejado nunca de buscar) para dividir el movimiento obrero y aislar a los comunistas, a quienes tal posición no lleva a activar la lucha por la paz y el socialismo, sino a la espera pasiva de un conflicto entre el campo socialista y el imperialismo.

El movimiento comunista internacional aprueba plenamente la posición leninista del PCUS, según la cual los países socialistas ejercen su principal influencia sobre el desarrollo del proceso revolucionario mundial a través del ejemplo de sus relevantes éxitos en la edificación de la nueva sociedad y en su actuación política.

Los comunistas rechazan categóricamente la calumnia imperialista de que la URSS trata de «exportar la revolución». Al hacer esta afirmación, los anticomunistas atribuyen a los países socialistas los métodos que ponen en práctica los propios monopolios, tratando de exportar la contrarrevolución. Pero hay una revolución que el régimen socialista provoca por su sola existencia, por sus indiscutibles ventajas. Se trata de la revolución que en el modo de pensar de las gentes suscita la propia realidad socialista, la cual demuestra de modo irrebatible a cada trabajador que el comunismo es quien convierte en otras tantas realidades sus anhelos de bienestar, libertad, justicia y felicidad. No hay ninguna necesidad de imponer por la fuerza a los trabajadores las ideas socialistas, pues éstas responden a los intereses vitales de los pueblos y a la necesidad histórica de nuestra época. La humanidad ansía cambios constructivos. En un terreno abonado por un régimen antagónico en descomposición, las ideas socialistas dan poderosos brotes, que la burguesía es incapaz de extirpar, ni aun con la ayuda de los métodos más refinados de su máquina propagandística.

El XXII Congreso del PCUS ha mostrado magistralmente la estrecha relación que existe entre la construcción del comunismo en la Unión Soviética y la lucha revolucionaria de liberación que sostiene toda la humanidad trabajadora.

La edificación del comunismo en la URSS acelerará los procesos emancipadores en los países que se han rezagado en el aspecto económico por culpa del imperialismo. Los éxitos de los países socialistas permitirán a éstos incrementar su desinteresada ayuda material y técnica a los pueblos liberados del yugo de los colonizadores, ayuda que no está supeditada a ninguna clase de condiciones políticas. Pero, además, la fuerza del ejemplo de los países socialistas ayudará también a los pueblos de Asia, Africa y América Latina a escoger un camino históricamente acertado para alcanzar el resurgimiento nacional y la justicia social, para colocarse al nivel de los países más adelantados.

El cumplimiento del Programa del PCUS abrirá también nuevos horizontes a los trabajadores de los países capitalistas más desarrollados, pues la construcción del comunismo creará unas condiciones de vida económicas, políticas y culturales con las que los hombres no pueden ni soñar bajo el capitalismo. Los ideales del comunismo adquirirán tal fuerza de atracción para los más amplios sectores, que éstos se decidirán definitivamente por el nuevo régimen social.

El carácter real del Programa no lo niegan hoy muchos líderes burgueses, obligados a reconocer que el pueblo soviético ha de cumplir las tareas planteadas ante él por el XXII Congreso. Tratando de calumniar al comunismo, esos líderes afirman que el progreso económico y técnico de la Unión Soviética y demás países socialistas ha sido conseguido a costa de renunciar a la democracia.

Pero el propio XXII Congreso es la más convincente refutación de tales aseveraciones. El Programa por él aprobado ha sido discutido durante varios meses por muchos millones de ciudadanos soviéticos como el programa de la edificación de *su* sociedad. Y ha sido discutido tanto por los comunistas como por los sin partido. La discusión en torno al nuevo Programa y a los nuevos Estatutos del PCUS llenó las páginas de todos los periódicos y revistas, habiéndose presentado *miles* de propuestas. Y en cuanto al Programa, que ha trazado el camino de la sucesiva ampliación de los derechos de los soviéticos y del paso del régimen estatal a la autogestión social, ¿no constituye acaso una prueba de que el desarrollo del mundo socialista es inseparable del florecimiento de una democracia que incorpora a la inmensa mayoría de los ciudadanos a la gestión de los asuntos sociales y estatales?

¡Qué contraste más patente y vivo con el mundo del capitalismo, en el que se está desarrollando un proceso de creciente limitación de la democracia, de restricción de las libertades y derechos individuales y, ante todo, del derecho de los trabajadores a decidir los destinos de su país! La actitud de los gobernantes del mundo capitalista hacia la democracia ha sido definida con meridiana claridad por Michel Debré, primer ministro de Francia, quien ha dicho: «El país, la nación en que un gran número de ciudadanos se dedicase cada día a discutir de política estaría muy próximo a la ruina . . .»

El socialismo, y con mayor motivo el comunismo, no significa tan sólo bienestar material. Significa a la vez un desarrollo de la democracia, la cultura, la moral social y las relaciones humanas incomparablemente más elevado que bajo el capitalismo. El Programa del PCUS ha expresado en forma harto convincente este rasgo peculiar de la nueva sociedad.

¿Qué puede oponer la burguesía imperialista a la perspectiva trazada en este documento? Nada más que mentiras, vagas promesas y febriles intentos de embellecer la repulsiva fachada de su sistema social. Difícil sería recordar todos los nuevos nombres que los ideólogos burgueses y socialistas de derecha han inventado para el capitalismo con el fin de engañar a las masas: «mundo libre», «sociedad opulenta», «sociedad del bienestar», «sociedad abierta», «socialismo democrático» . . . Pero todas estas vestiduras ideológicas se deshilachan como trapos viejos, dejando al descubierto las lacras del capitalismo.

Paz y Comunismo son dos concepciones inseparables. Así ha quedado demostrado brillantemente en los documentos del XXII Congreso.

El propio Programa de la magna edificación económica y cultural aprobado por el Congreso atestigua con toda evidencia que los comunistas no necesitan la guerra, que, por el contrario, es justamente una paz duradera lo que crea las condiciones más favorables para alcanzar los objetivos que se han propuesto, y cuyo significado es, en última instancia, acelerar el desarrollo progresista de la humanidad. Con ello se da una réplica contundente a la propaganda imperialista, que se afana en buscar una contradicción entre los llamamientos de los comunistas en pro de la coexistencia pacífica de los dos sistemas y su afirmación de que el comunismo ha de triunfar en fin de cuentas en todos los países sin excepción. De este modo ha quedado demostrada una vez más la inconsistencia de las dudas que abrigan algunos comunistas de ideas secta-

rias respecto al acierto de la política de coexistencia pacífica.

El cumplimiento de los planes trazados por el Congreso creará la posibilidad real de excluir la guerra mundial de la vida de la humanidad, aun en el caso de que subsista el capitalismo en una parte de nuestro planeta. Al hacer esta conclusión, los comunistas se hallan muy lejos de abrigar ilusiones pacifistas. Al contrario, comprenden muy bien que la naturaleza agresiva del imperialismo no puede cambiar. Pero de esto se desprende justamente que la paz sólo puede asegurarse con una superioridad aplastante de las fuerzas del pacífico campo socialista sobre el imperialismo. La creación de las bases del comunismo en la Unión Soviética y los éxitos de todos los países socialistas han de proporcionar esa superioridad, al poner en manos del campo socialista y de todos los partidarios de la paz el necesario potencial económico y militar. De este modo se alcanzará la meta ansiada hoy por la inmensa mayoría del género humano: desterrar la guerra de la vida de la sociedad.

Algunos podrían decir que este argumento de los comunistas de que la paz sólo puede mantenerse y consolidarse si la superioridad de fuerzas está de su parte, recuerda el viejo aforismo: «Si quieres la paz, prepárate para la guerra».

Pero los comunistas no son partidarios de este principio, ni están dispuestos a admitir eternamente el dilema que el imperialismo impone a los países socialistas: fortalecer la capacidad defensiva o aceptar una nueva guerra. ¡Nada de eso! Los países socialistas y el movimiento comunista internacional tratan de conseguir que este dilema desaparezca de la vida de la humanidad. Ese es justamente el fin que se propone el plan propuesto por ellos de desarme general y completo bajo control internacional. «Si quieres la paz, lucha por el desarme universal». ¡Tal es el lema de los comunistas!

Entre los comunistas no hay nadie que se lucre con la carrera armamentista. El gasto de recursos y energías para el sostenimiento del ejército y la fabricación de armamentos no hace más que dificultar la construcción del comunismo, es decir, el logro de su objetivo final.

En este orden de ideas tiene gran importancia el hecho —reconocido cada vez más por la opinión pública mundial— de que la URSS pretende utilizar su superioridad con el único fin de obligar a los imperialistas a respetar la idea de la coexistencia pacífica. La supremacía técnica y científica de la Unión Soviética pone en aprietos a los imperialistas, que quisieran embarcarse en una aventura y desencadenar una nueva contienda mundial. Toda persona sensata se da perfecta cuenta de que pese a todos los inconvenientes de los ensayos de armas atómicas a que se ha visto obligada a recurrir la URSS para reforzar su defensa, las consecuencias de los mismos son infinitamente menos funestas que la guerra a que los imperialistas se lanzarían sin pensarlo un momento en el caso de que estuvieran seguros de que la superioridad de fuerzas estaba de su parte.

Una justa apreciación de la situación actual y del sentir de la opinión pública mundial evidencia que el hecho más importante de estos últimos meses es que millones de personas han cobrado conciencia no sólo del peligro de una guerra, sino de la amenaza que representa la carrera de los armamentos. No importa que las verdaderas causas y motivos de las medidas defensivas tomadas por los países socialistas no sean comprendidos por todos. Lo importante es que sean cada vez más los que se dan cuenta de que no se puede seguir así, de que el mundo no debe mantenerse indefinidamente sentado sobre un barril de pólvora, que en cualquier momento puede estallar. Más aún; van comprendiendo con una claridad cada vez mayor que existe un medio seguro de acabar con el peligro de guerra. Ese medio, que la Unión Soviética viene proponiendo continuamente, es el desarme general y completo. Esta idea ha de triunfar inevitablemente si las masas la hacen suya, si todos los pueblos se incorporan a una lucha resuelta para convertirla en realidad.

El XXII Congreso, proyectado todo él hacia el futuro, ha sido como una atalaya desde cuya cima no sólo los congresistas, sino toda la humanidad han podido abarcar las grandiosas perspectivas del futuro. A este respecto cabe una legítima pregunta: ¿por qué se habló tanto desde su tribuna de cosas que pertenecen a un pasado reciente, en particular del culto a la personalidad de Stalin y del grupo antipartido, derrotado por el PCUS hace varios años?

El paso al comunismo es una empresa ciclópea que exige que las masas trabajadoras pongan en tensión todas sus fuerzas y movilicen su iniciativa creadora y su actividad; exige además el máximo desarrollo de la democracia y la elevación del papel dirigente y la responsabilidad del Partido. En estas condiciones destácanse inevitablemente en primer plano los problemas relacionados con los métodos de trabajo del Partido

y del Estado, aun en el caso de que en la etapa precedente no se hubieran cometido en esta esfera ninguna clase de errores ni tergiversaciones.

La transformación del socialismo en comunismo se está realizando en una situación en que las clases enemigas del nuevo régimen han sido liquidadas y cuando ha sido asegurada la unidad ideológica y política de la sociedad, mientras que el Estado de la dictadura del proletariado, indispensable en una forma u otra en todos los casos de edificación del socialismo, cede su puesto al Estado de todo el pueblo. Es evidente que en tal situación también experimentan grandes cambios los métodos de la actuación del Partido y del Estado y adquieren un papel todavía mayor la iniciativa y la actividad creadora de las masas. Es este un problema que en una medida u otra habrán de afrontar todos los países que construyan el comunismo. Para la Unión Soviética y para el PCUS tal problema se planteó con caracteres de particular agudeza, por cuanto la tarea de perfeccionar los métodos de trabajo y de desarrollar la democracia socialista, impuesta por la construcción del comunismo, se había entrelazado con la tarea de acabar con las secuelas del culto a la personalidad de Stalin.

En todas las condiciones y en todas las etapas de la edificación de la nueva sociedad, el culto a la personalidad no representa un error secundario, perdonable cuando la personalidad objeto del culto ha tenido méritos en el pasado. No, el culto a la personalidad es una ideología y una práctica viciosa, que está reñida con el marxismo-leninismo y que ocasiona grave daño a la causa del socialismo.

Lo que ocurre en estos casos no es solamente —y ni siquiera principalmente— una desmesurada exaltación de uno u otro dirigente (mala ya de por sí), sino la renuncia a la dirección colectiva del Partido y del Estado y su sustitución por una dirección personal. Se trata de unas condiciones que hacen posibles los errores, la arbitrariedad, el amordazamiento de la crítica, la renuncia a la autocrítica, las represiones infundadas, el abuso de poder y otros hechos orgánicamente ajenos al socialismo. Se trata de la desnaturalización de los principios que deben regir la selección de los cuadros. Se trata, por lo tanto, del repudio de las normas leninistas de la vida interna del Partido, lo que entraña un grave peligro para el Partido y el Estado y conduce a la limitación de la actividad y la iniciativa creadora de las masas.

El paso a la edificación del comunismo en todos los frentes

sólo podía efectuarse a condición de acabar con el culto a la personalidad, de superar sus graves consecuencias, de romper la resistencia de quienes habían emprendido el camino de la lucha fraccional contra el Partido y defendían la viciosa línea política condenada por el XX Congreso. Tratando de eludir la responsabilidad que les cabía por las infracciones de la legalidad cometidas en el pasado, los integrantes del grupo antipartido se oponían por todos los medios a que fueran restablecidas en toda su plenitud la línea general leninista del Partido y las normas leninistas de su vida interna.

¿Cómo podía silenciar estas cuestiones un partido que estaba elaborando y discutiendo el programa de la construcción del comunismo? ¿Cómo podía el XXII Congreso del PCUS dejar de proseguir la obra histórica iniciada por el XX Congreso y no mostrar al Partido y al pueblo soviético que se había acabado de una vez para siempre con las deformaciones causadas por el culto a la personalidad, con sus secuelas y con las fuerzas que se aferraban obstinadamente al pasado? Había que «liquidar cuentas» con el pasado, pues ello era una premisa del cumplimiento de las tareas planteadas por la edificación de la sociedad comunista.

Para calumniar al socialismo y a todo el movimiento comunista, los propagandistas burgueses fabrican febrilmente toda una serie de argumentos tendientes a demostrar que el culto a la personalidad fue una consecuencia del carácter no democrático del Estado socialista. En los países capitalistas es conocida la verdadera naturaleza, la profundidad y amplitud de la democracia socialista, que asegura la verdadera soberanía popular; pero hay bastantes personas en quienes la propaganda burguesa ha conseguido despertar dudas en punto a la apreciación del socialismo. De ahí la gran importancia política de esclarecer las circunstancias que hicieron posible en la URSS la aparición del culto a la personalidad de Stalin.

Por su naturaleza, el régimen socialista no engendra ni puede engendrar el culto a la personalidad. Las condiciones extremadamente peculiares e increíblemente difíciles en que tuvo lugar la construcción del socialismo en la Unión Soviética crearon un terreno propicio para la aparición del culto a la personalidad de Stalin. En su resolución del 30 de junio de 1956, el CC del PCUS hizo un análisis muy profundo de estas condiciones.

Ante todo es preciso señalar que el pueblo soviético construyó el socialismo cercado por los Estados capitalistas, que

continuamente amenazaban con declarar la guerra a la Unión Soviética, que no cesaron ni un momento de enviar a la URSS espías y terroristas y que desataron dos guerras devastadoras. La reacción imperialista mundial no renunció a ningún medio en sus intentos de derrocar al régimen soviético y restaurar el capitalismo. El pueblo soviético vivía como en una fortaleza sitiada.

La construcción del socialismo —la industrialización del país, la colectivización de la agricultura y la revolución cultural— se realizaba en un país relativamente atrasado, campesino, en el que predominaba la pequeña producción mercantil. No se disponía de ninguna experiencia en cuanto a la edificación del socialismo. Había que abrir caminos históricos por zonas inexploradas. No cabía esperar ayuda de fuera. Gigantescas dificultades se alzaban ante el pueblo soviético. En el período de transición se desarrolló dentro del país una lucha de clases de extraordinaria virulencia. Simultáneamente la línea general del Partido era objeto de furibundos ataques por parte de los fraccionalistas y oportunistas, que trataban de desviar al Partido del camino acertado.

En estas condiciones tan particulares y tan difíciles para el mantenimiento de las conquistas de la revolución y para la buena solución de los problemas de la construcción del socialismo, se requería de los comunistas y demás luchadores conscientes de la causa del pueblo una disciplina férrea, la máxima vigilancia frente a los enemigos de clase del exterior y del interior y una rigurosa centralización de la dirección. Todo esto hubo de afectar, naturalmente, al desarrollo de ciertas formas democráticas y se tradujo en algunas limitaciones de la democracia interna del Partido y de la democracia soviética.

Sin embargo, estas circunstancias, pese a su trascendencia, no engendraban necesariamente el culto a la personalidad, por cuanto éste se encuentra en pugna con la esencia misma del régimen socialista y los principios de la dictadura del proletariado como expresión suprema de la soberanía popular. El culto de la personalidad fue posible porque Stalin abusó de la confianza del Partido y del pueblo, atribuyéndose el mérito exclusivo de las realizaciones del pueblo soviético, y utilizó las restricciones temporales impuestas a la democracia para ensalzar su propia personalidad y pisotear los principios leninistas de dirección, lo que abrió el camino a la arbitrariedad.

El culto de la personalidad era orgánicamente ajeno a la naturaleza social del régimen soviético y, pese a sus graves consecuencias, no pudo impedir la acción de las leyes objetivas del socialismo. A pesar del culto a la personalidad, el pueblo soviético construyó en su país el edificio gigantesco, luminoso y límpido del socialismo y lo defendió de los forajidos fascistas. El culto a la personalidad no era en ese edificio del socialismo más que un desecho de la historia, cuyos restos están siendo barridos ahora por el Partido y el pueblo.

Es un profundo error suponer que las dificultades objetivas de la construcción del socialismo que se presentan en otros países, como, por ejemplo, el débil desarrollo de la economía, la necesidad de forzar el proceso de industrialización, la existencia de numerosas capas pequeñoburguesas, etc., hacen inevitable el culto a la personalidad. Al contrario; estas dificultades obligan a prestar aún más atención a la experiencia del PCUS y a extraer de ella las conclusiones pertinentes, ante todo la conclusión de la necesidad de desarrollar al máximo y observar rigurosamente las normas leninistas de vida del Partido y atenerse a la dirección colectiva. Estas normas, inscritas en los nuevos Estatutos del PCUS, son una firme garantía contra el culto a la personalidad. El estudio de las causas que han dado lugar al culto a la personalidad tiene gran importancia para evitar en el futuro la posibilidad de cualquier brote del mismo.

La lucha consecuente contra la más mínima manifestación del culto a la personalidad no significa ninguna concesión al liberalismo pequeñoburgués o conciliación con los actuales revisionistas. Cualquier debilitamiento de la fidelidad a los principios comunistas y del partidismo marxista-leninista quebrantaría la unidad del Partido y menoscabaría su función dirigente. Las normas leninistas de la vida del Partido y los principios leninistas de la dirección brindan campo ilimitado a la actividad y a la iniciativa de cada comunista y aseguran la unidad monolítica del Partido sobre la base inconmovible de la doctrina revolucionaria.

La inadmisibilidad de las fracciones, la rigurosa disciplina, el centralismo democrático, la dirección colectiva y el método de la persuasión son otros tantos principios leninistas de la vida del Partido que deben aplicarse invariablemente. Lo mismo cabe decir respecto a la autoridad de los dirigentes. «Los marxistas —decía Lenin— no pueden hacer suyo el acostumbrado punto de vista de los intelectuales radicales, quienes,

con generalización seudorrevolucionaria, afirman: ¡no reconocemos ninguna "autoridad"! No; la clase obrera, que libra en el mundo entero una dura y obstinada lucha por la plena y total liberación, necesita de autoridades...» Otra cuestión es la de que cada dirigente debe tener presente que es responsable de su gestión ante el Partido y ante el pueblo, que debe estar sometido al control de uno y otro, que no debe envanecerse ni infringir en lo más mínimo el principio de la dirección colectiva. Tal es justamente la orientación dada por el XXII Congreso y que ha merecido el ferviente apoyo de los partidos hermanos.

En todas estas cuestiones, el XXII Congreso ha ratificado y desarrollado los acuerdos del XX Congreso, de los que en la Declaración de los partidos comunistas y obreros de 1960 se dice que tienen enorme importancia no sólo para el PCUS, sino también para todos los partidos comunistas. Estos acuerdos señalan el comienzo de una nueva etapa del desarrollo del movimiento comunista internacional.

Se comprende, pues, que el movimiento comunista internacional haya considerado que la crítica del culto a la personalidad hecha por el PCUS y las medidas tomadas por éste para superar sus consecuencias están dictadas por una alta conciencia de la responsabilidad internacionalista ante el campo socialista, ante todo el movimiento comunista y obrero internacional y ante la propia historia.

Pero hay otra razón por la cual los partidos hermanos apoyan a la dirección leninista del PCUS en su lucha contra el culto a la personalidad, pues los comunistas de todos los países ven en ella la garantía de nuevos éxitos de la Unión Soviética en orden a la economía, la cultura, la democracia socialista, la educación del hombre nuevo y en todas las demás esferas. Y esto, teniendo en cuenta la significación revolucionaria de la fuerza del ejemplo de un país en el que ha vencido el socialismo, superará con creces los contratiempos pasajeros que puedan ser provocados por las especulaciones de la propaganda burguesa y socialista de derecha, que al igual que después del XX Congreso del PCUS, vuelve a tratar de aprovechar la crítica del culto a la personalidad, así como el desenmascaramiento del grupo antipartido de Mólotov, Malenkov y Kaganóvich, para atizar el anticomunismo.

¡En vano se alegran los señores capitalistas de que los comunistas critiquen y corrijan los errores cometidos en el pasado! Cualquier persona sensata comprenderá que es mucho

más noble y más útil reconocer y corregir los errores que obstinarse en ellos. Y si compara la actitud de la burguesía y del proletariado ante sus propios errores, la conclusión a que llegará no ha de ser en modo alguno favorable a la primera. El gran Lenin decía que una prueba de la madurez de un partido es su actitud ante sus propios errores. Es este el punto de vista del buen sentido, y los trabajadores lo comprenderán perfectamente.

Mucho peor es cuando en un país socialista o en un partido comunista hay quienes se aferran con obstinación a errores y tergiversaciones rotundamente condenados por la opinión pública comunista, tanto más cuanto que ese modo de proceder brinda nuevas posibilidades a la propaganda anticomunista. Esto no sólo causa daño al país o partido en cuestión, sino que proyecta una sombra sobre todo el movimiento. Una de las consecuencias del carácter internacional del movimiento, de la comunidad ideológica y de objetivos, es que así como los éxitos y las realizaciones de cada partido ayudan a todos los demás y los fortalecen, así también los fracasos y los errores, aunque sea de un solo partido, repercuten sobre todos los demás y perjudican a todo el movimiento. Por eso, hay situaciones en que, aun teniendo en cuenta que cualquier polémica entre partidos comunistas es recibida con alborozo en el campo enemigo, no es posible callar, no es posible prolongar indefinidamente la discusión cerrada, siendo precisa la exposición pública, a los ojos de la opinión mundial.

Y eso es cabalmente lo que ocurre con motivo de la situación existente en el Partido Albanés del Trabajo a causa de la posición antimarxista, de la posición escisionista de sus dirigentes, que han sido justamente criticados en el XXII Congreso por el PCUS y por los representantes de otros partidos comunistas y obreros.

Toda la línea política actual de los dirigentes del Partido Albanés del Trabajo, completamente extraña al leninismo, muestra en el fondo que el dogmatismo y el aventurerismo, tanto en la política interior como en la exterior, han suplantado los principios leninistas que son la base de los documentos de las conferencias de los partidos comunistas de 1957 y 1960, al pie de los cuales aparece también la firma de los representantes del Partido Albanés del Trabajo.

En la situación creada después del fracaso de los múltiples intentos de llegar a un acuerdo mediante conversaciones directas, el movimiento comunista no podía callar. De haber

procedido así, la posición de los dirigentes albaneses habría causado un daño muy grave a la causa común. Ante todo porque los comunistas les habrían dejado plena libertad para su labor escisionista, que socaba la unidad del campo socialista y del movimiento comunista y busca poner en entredicho al PCUS y a su dirección leninista. Por otra parte, Enver Hoxha, Mehmet Shehu y sus acólitos han establecido en el Partido y en el país un régimen de terror, han pisoteado las normas más elementales de la vida del Partido y de la democracia socialista, lo cual constituye un crimen no sólo contra su propio partido y su pueblo, sino contra todo el campo del socialismo y contra el movimiento comunista. El silencio sería interpretado sin duda alguna como una aprobación o, en todo caso, como una transigencia con métodos resueltamente condenados por el movimiento comunista.

Es claro que el PCUS, como otros partidos comunistas, consciente de su responsabilidad ante la clase obrera internacional, ante la historia y ante la causa del comunismo, no podía seguir ese camino y estimó que su deber era marcar las distancias con los dirigentes albaneses y someterlos a una crítica de principios. Es esta una posición internacionalista, genuinamente leninista, que habrá de ser beneficiosa para la causa.

El histórico Congreso ha terminado sus labores. El nuevo Programa del Partido ha sido aprobado y el pueblo soviético ha emprendido con entusiasmo su realización. La trascendencia internacional del Congreso irá aumentando incesantemente a medida que se vaya cumpliendo el Programa aprobado por él.

Hay en Física un efecto que se llama cumulativo, es decir, de crecimiento continuo, a veces en proporciones geométricas. Tal ha de ser precisamente el efecto del Programa del PCUS sobre el desarrollo de los procesos sociales y políticos en el mundo entero. A diferencia de esas ideologías efímeras, de esos fuegos de artificio verbales que la propaganda burguesa opone a las ideas comunistas, la influencia de los acuerdos y del Programa aprobados por el Congreso sobre las mentes ha de ir creciendo día tras día, a medida que los planteamientos que figuran en ellos se conviertan en otras tantas realidades.

El XXII Congreso pone en manos de todos los partidos comunistas una nueva arma acerada para luchar por el futuro feliz de sus pueblos. Pero esta arma, como cualquier otra, no actúa por sí sola. Para obtener de ella el máximo efecto es preciso que los partidos desplieguen en todos los terrenos, en el político, en el ideológico y en el económico, una lucha llena de abnegación, inteligencia e iniciativa. Es preciso también, basándose en las condiciones concretas y en la experiencia política de cada partido, desarrollar con espíritu creador el patrimonio común de todos los partidos: la teoría marxista-leninista. Todo esto contribuye a impulsar la actividad de los partidos y a robustecer sus vínculos con las masas. Estas son las tareas que se plantea hoy el movimiento comunista mundial al saludar calurosamente al histórico XXII Congreso del PCUS.

(Publicado en el núm. 12 de 1961 de REVISTA INTERNACIONAL)

EL PCUS ES EL PARTIDO DE TODO EL PUEBLO

F. KOZLOV

Secretario del CC del Partido Comunista de la Unión Soviética

LA EDIFICACION de la sociedad comunista es ya una tarea práctica del pueblo soviético. Encabezando este gran proceso, que se realiza por vez primera en la historia, hállase el Partido Comunista de la Unión Soviética, fundado por Vladimír Lenin. Del arte con que se realice la labor de dirección del Partido, de la capacidad de éste para organizar las fuerzas de un pueblo de 220 millones de seres depende en grado decisivo el éxito de la construcción del comunismo.

«Todo para el hombre, en aras del bien del hombre.» A esto consagra el Partido Comunista de la Unión Soviética toda su actividad, ésta es la gran idea en que se basa el nuevo Programa del PCUS, aprobado por el XXII Congreso del Partido.

Toda la actividad del PCUS está dedicada por entero a luchar por la felicidad de los trabajadores. Y en este difícil pero glorioso camino ha conseguido éxitos notables. En el transcurso de una generación, el pueblo soviético, dirigido por el Partido, ha convertido a su patria en un país avanzado, que asombra al mundo con sus realizaciones en el desarrollo de la economía, la cultura, la ciencia y la técnica. El Partido ha conseguido una considerable elevación del nivel de vida de los trabajadores. En la URSS, todos los ciudadanos tienen garantizados, por el potencial del país, el derecho al trabajo y al descanso, a la instrucción y a la asistencia material en la vejez. Se ha establecido la gratuidad de la enseñanza y de la asistencia médica. El alquiler de la vivienda es el más bajo del mundo. Y esto se ha conseguido al mismo tiempo que, por la fuerza imperiosa de la necesidad, el ritmo de crecimiento de los fondos de acumulación, es decir, de las inversiones en el desarrollo de toda la economía nacional, y ante todo en el fomento de la industria, se adelantaba considerablemente al ritmo de crecimiento del fondo de consumo popular.

Ahora el panorama está cambiando rápidamente. Al cumplirse el plan septenal de desarrollo de la economía de la URSS, el fondo de consumo popular aumentará en un 60—63 por ciento, lo que significa que crecerá a un ritmo casi igual al de la renta nacional (62—65 por ciento). Esto quiere decir que todo lo hecho por el pueblo en años pretéritos bajo la dirección del Partido, ahora se refleja directamente y en proporción cada vez mayor en la elevación del nivel de vida de las masas, en la satisfacción de sus demandas materiales y espirituales.

Al aprobar su nuevo Programa, el Partido ha planteado la tarea de crear en la Unión Soviética un nivel de vida más elevado que en los países capitalistas de mayor desarrollo. La ingente labor destinada a forjar la base material y técnica del comunismo no sólo es una inversión de fuerzas en aras del futuro, sino un factor que mejora ya ahora el bienestar de todo el pueblo.

La prueba de cómo se resuelve prácticamente en la URSS el problema de elevar el nivel de vida del pueblo nos la ofrecen, por ejemplo, las proporciones de la construcción de viviendas. La Unión Soviética ocupa el primer lugar del mundo por el volumen y el ritmo de la edificación de viviendas. En 1961 se construyeron tan sólo en las ciudades y poblados obreros más de 80 millones de metros cuadrados de superficie habitable, lo que equivale aproximadamente a la construcción de diez ciudades de un millón de habitantes. Además han sido edificadas más de 500.000 casas en las zonas rurales. En el Programa del PCUS se dice que para 1980 las viviendas y todos los servicios comunales serán gratuitos.

El Partido ha trazado también un magno programa de ascenso de la instrucción pública, comprendida la enseñanza superior, el perfeccionamiento de todos los aspectos de la labor cultural, el fomento de la literatura y el arte, la educación física y el deporte. La Unión Soviética ya ocupa el primer lugar del mundo por lo que respecta al desarrollo de la instrucción pública y a la preparación de especialistas de muchas ramas del saber humano, y en primer término de ingenieros. En un futuro no lejano, todos los que lo deseen podrán obtener en nuestro país instrucción superior o media especializada.

El objetivo final del Partido es edificar el comunismo, crear

una sociedad que asegure las condiciones para la satisfacción de todas las demandas materiales y espirituales, una sociedad en la que impere la plena igualdad social y económica, la verdadera libertad y la dicha de los hombres. El Programa del PCUS expresa no sólo los objetivos del Partido, sino también los de todo el pueblo.

Con su abnegada lucha por la felicidad del pueblo, el Partido se ha granjeado el apoyo sin reservas de todos los soviéticos. El Partido Comunista, el Partido de la clase obrera, ha expresado desde su misma fundación los intereses vitales de todos los trabajadores. Pero para convertirse en el Partido de todo el pueblo era preciso que no sólo fuese la clase obrera, sino también todos los demás grupos de trabajadores los que hicieran suya su política y asimilasen su ideología. Y esto sólo podía conseguirse realizando radicales transformaciones económicas y sociales.

El PCUS ha pasado por tres etapas antes de convertirse en el Partido de todo el pueblo. En el momento de la Gran Revolución Socialista de Octubre había logrado atraerse, había conquistado a la *mayoría de la clase obrera* y a masas considerables de las otras capas trabajadoras. En el curso de la revolución socialista y de la guerra civil, y más tarde, sobre la base de las transformaciones sociales realizadas en el país, las masas fundamentales del campesinado y de la intelectualidad marcharon tras el Partido. Juntamente con la clase obrera, esas masas representaban a la *mayoría del pueblo.* Finalmente, como consecuencia del triunfo del socialismo en la URSS, de la liquidación de las clases explotadoras, del fortalecimiento de la unidad de la sociedad soviética —integrada por dos clases amigas, los obreros y los campesinos, y por la intelectualidad promovida de su seno— y del robustecimiento de la amistad entre los pueblos de la Unión Soviética, el Partido Comunista se ganó definitivamente a *todo el pueblo.* La ideología del Partido y sus objetivos se convirtieron en ideología y objetivos de todos los grupos sociales.

Al entrar en el período de la edificación del comunismo en todos los frentes, el Partido ha podido declarar con sólida base objetiva: «... El Partido Comunista de la clase obrera se ha convertido en la vanguardia del pueblo soviético, es hoy el Partido de todo el pueblo y ha extendido su influencia orientadora a todos los aspectos de la vida social.» Estas concisas palabras del nuevo Programa del PCUS expresan los enormes cambios operados en el país como resultado de la victoria

completa y definitiva del socialismo, cambios que, a su vez, han ampliado la base social del Partido, su papel y su significación en la vida de la sociedad soviética.

EN EL PARTIDO ESTA LA PARTE MAS AVANZADA DEL PUEBLO

La composición del PCUS refleja su carácter popular y corresponde a la estructura social que ha adquirido la sociedad soviética como consecuencia del triunfo total y definitivo del socialismo.

Al celebrarse el XXII Congreso, el Partido contaba en sus filas con cerca de diez millones de miembros y candidatos. El afán de ingresar en el Partido es extraordinario, lo que prueba su enorme prestigio y sus crecientes vínculos con las masas. Pero el Partido no tiende a ampliar excesivamente sus filas y se preocupa de la pureza del título de comunista. El camarada Jruschov señalaba: «Si dijésemos: "Entre en el Partido Comunista todo el que quiera", seguramente ahora contaría nuestro Partido con muchas decenas de millones de afiliados. Pero nosotros decimos: "Eso no nos hace falta". Para ser comunista no basta con comprender el comunismo, sino que hace falta además ser un activo soldado suyo. Y esto no es capaz de serlo cualquiera de los que apoyan las ideas del Partido Comunista.»

Al convertirse en el Partido de todo el pueblo, el PCUS sigue estando particularmente interesado en que entre los que ingresan en sus filas sigan predominando las personas ocupadas en la producción material, y sobre todo los obreros, los representantes de una clase que sigue desempeñando el papel de clase rectora de la sociedad soviética en el período de la edificación del comunismo en todos los frentes.

Entre los que ingresaron en el Partido en 1961, los obreros y campesinos representaban el 63,3%, o sea, casi las dos terceras partes. La proporción de los obreros ocupados directamente en la producción es en el Partido mayor que la de la clase obrera en el conjunto de la población del país.

En el PCUS ha aumentado considerablemente el número de intelectuales. Esto se explica por el hecho de haber cambiado el carácter de la intelectualidad y su papel en la sociedad soviética. Es una intelectualidad auténticamente popular, cuyos intereses son inseparables de los del pueblo. En la actualidad, cerca del 70 por ciento de los empleados que ingresan en el Partido son ingenieros, agrónomos, maestros, médicos y otros

especialistas. El número de comunistas con instrucción especializada superior y media aumenta sin cesar y en la actualidad pasa de los tres millones de personas. Esto significa que casi un comunista de cada tres es un especialista con instrucción media o superior.

El Partido concentra sus fuerzas en los sectores decisivos de la edificación del comunismo. Más del 70 por ciento de los comunistas están ocupados en la producción material, con la particularidad de que mientras en el período comprendido entre el XX y el XXII Congreso del PCUS (1956—1961) el número de comunistas en toda la industria había aumentado en un 32%, en las industrias de cabecera, como son la de construcciones mecánicas, de utillaje, electrotécnica, radiotécnica y química, el aumento osciló entre el 50 y el 80 por ciento. El número de comunistas ocupados en la agricultura aumentó desde 1953 en unas 600.000 personas.

De prestar oído a las patrañas de la prensa anticomunista acerca del papel que desempeñan los miembros del Partido en la Unión Soviética, podría creerse que cada comunista es obligatoriamente un jefe de mayor o menor categoría. En realidad, la aplastante mayoría de los comunistas son trabajadores de la base, siendo de notar que en los últimos años ha aumentado sin cesar el número de comunistas que trabajan en la producción. Mientras el 1° de enero de 1956, por cada 1.000 comunistas que trabajaban en la industria, la construcción y el transporte, 130 pertenecían al aparato de dirección, para el 1° de enero de 1961 dicha cifra se había reducido a 46, estando ocupados todos los demás directamente en las empresas.

En un país de tantas nacionalidades como la Unión Soviética, la composición nacional del Partido es un importante exponente de su carácter verdaderamente popular, de la amplitud de los vínculos que lo unen a todos los pueblos de la URSS. El PCUS agrupa en sus filas a representantes de más de cien nacionalidades y pueblos del país. Nuestro Partido es la encarnación de la gran unidad y la amistad fraternal de las naciones socialistas iguales en derechos.

La edad de los miembros del Partido demuestra también que en él están representadas todas las generaciones de los ciudadanos soviéticos, que el Partido recibe constantemente nuevos refuerzos procedentes de la joven generación. Hace diez años, las personas nacidas bajo el Poder soviético representaban aproximadamente el 45% de los militantes del Partido, mientras que ahora constituyen casi el 70%. Más de la mitad de los que han ingresado en el Partido en estos últimos cinco años proceden del Komsomol.

DEMOCRATIZACION DE LOS METODOS DE DIRECCION

El carácter popular del Partido se manifiesta también en su actividad y en los métodos de dirección, cada vez más democráticos y más ajustados a la nueva etapa de desarrollo de la sociedad soviética. «El comunismo —ha dicho Nikita Jruschov— se edifica con los métodos más democráticos, a través del perfeccionamiento y el desarrollo de las relaciones sociales, la extinción de las viejas formas de vida y el surgimiento de otras nuevas, que se entrelazan y se influyen recíprocamente.»

El perfeccionamiento de los métodos de dirección del Partido se manifiesta en todo, en lo grande y en lo pequeño, y abarca todos los aspectos de la vida de sus organizaciones. Si hacemos abstracción de lo particular y destacamos lo fundamental, veremos que lo fundamental reside en el desarrollo de la actividad de las amplias masas, en el estímulo de la iniciativa, de todo cuanto constituye la esencia misma del proceso de edificación del comunismo. En este sentido han desempeñado un enorme papel la resuelta condena del culto a la personalidad de Stalin y la extirpación de sus nocivas consecuencias.

La discusión por todo el pueblo de las medidas proyectadas en la edificación política, económica y cultural se ha convertido ya en sistema en la Unión Soviética. La participación de decenas de millones de personas en la elaboración de importantes documentos políticos no sólo permite reunir una enorme cantidad de valiosas opiniones y propuestas y recoger la experiencia de las masas, sino que además hace que los obreros, campesinos e intelectuales se sientan más dueños de su país y más responsables por el éxito de la empresa a realizar. Tan sólo en estos últimos años han sido discutidas por todo el pueblo las tesis del informe de Nikita Jruschov al XXI Congreso del PCUS sobre las cifras de control del plan septenal de fomento de la economía del país y medidas tan trascendentales como la reorganización de la dirección de la industria y la construcción, la transformación de las estaciones de máquinas y tractores, el fortalecimiento de los vínculos de la escuela con la vida. En realidad, todo el pueblo ha tomado

parte en la discusión del proyecto de nuevo Programa del PCUS.

Nuestras discusiones populares no tienen nada que ver con los referendums practicados en los países capitalistas, a los que se presenta como un dechado de libertad y democracia. El papel de los que participan en el referéndum se reduce a decir «sí» o «no»; con frecuencia la cuestión sometida al referéndum aparece formulada de tal modo, que el votante tiene que dar su aprobación a un acuerdo que sólo acepta en parte. Nuestras discusiones populares expresan el pensamiento creador de personas interesadas en la cuestión, es la crítica que ayuda a perfeccionar el trabajo.

Las discusiones con la participación de todo el pueblo se están convirtiendo también en método de actuación de las organizaciones locales. Muchos comités regionales del PCUS, antes de adoptar un acuerdo de importancia para la región, someten el proyecto al examen de los comités de distrito del Partido, de los koljoses y de las empresas. Ni un solo plan de producción de una empresa, koljós o sovjós es aprobado sin su previa discusión por la correspondiente colectividad de trabajadores. Asimismo, los planes de urbanización o de construcción de viviendas elaborados por los Soviets urbanos se discuten generalmente en la prensa y entre la población.

También ha cambiado en los últimos años el carácter de las reuniones celebradas por los comités del Partido. Ahora participa con frecuencia en ellas un amplio activo de comunistas y sin partido. Así, en las labores del Pleno de marzo pasado del CC del PCUS, juntamente con los miembros efectivos y suplentes del Comité Central y los miembros de la Comisión Revisora Central, tomaron parte numerosos cuadros de dirección de las repúblicas, territorios y regiones, dirigentes de institutos de investigación científica, periodistas y trabajadores de vanguardia de la agricultura. Los proyectos de acuerdos, preparados con la amplia participación de comunistas y sin partido, nada tienen que ver con las soluciones de gabinete, pues recogen la opinión y la experiencia de círculos muy vastos.

Se producen cambios muy significativos en esferas de la actividad social que hasta hace muy poco se referían exclusivamente a la vida interna del Partido. Antes, por ejemplo, en el sistema de capacitación política del Partido, en los círculos, seminarios y universidades de marxismo-leninismo, estudiaban en lo fundamental sólo los comunistas, pero este año el número de sin partido que estudian en dicho sistema es dos veces mayor que el de comunistas. De ahí que el propio término de «capacitación política del Partido» ya no responda exactamente a la realidad. En la prensa del Partido se aplica cada vez más ampliamente el principio del trabajo social; entre los corresponsales obreros y rurales y entre los redactores no retribuidos de los periódicos y emisoras de radio hay muchos sin partido.

El PCUS amplía y profundiza de un modo consecuente sus vínculos con el pueblo, dando puntual cumplimiento al importantísimo postulado de su Programa que dice: «El Partido considera que es su deber aconsejarse constantemente con los trabajadores en los problemas más importantes de la política interior y exterior, someter estos problemas a examen de todo el pueblo y atraer en más amplia escala a los sin partido a toda su labor.»

El Partido se preocupa de elevar el papel de los organismos representativos de los trabajadores y su responsabilidad ante las masas, así como de fortalecer el régimen jurídico soviético. La nueva Constitución de la Unión Soviética, que va a ser elaborada por acuerdo del Sóviet Supremo de la URSS, elevará aún más el nivel de la democracia socialista, creará garantías aún más sólidas para las libertades y los derechos democráticos de los trabajadores y para la rigurosa observancia de la legalidad socialista y preparará las condiciones para el paso a la autogestión social comunista.

Para el sucesivo mejoramiento de los métodos de dirección ha de tener una enorme importancia práctica y de principio el perfeccionamiento del sistema de control del Partido y el Estado, al que deberá dársele un amplio carácter público. Se trata de retornar, desarrollándolas, a las magníficas ideas sobre la inspección obrera y campesina expuestas por Lenin en los últimos años de su vida. Lenin consideraba de gran importancia para el perfeccionamiento del régimen soviético organizar el control de masas por arriba y por abajo, atrayendo al ejercicio del control a hombres «por los cuales se puede responder de que ni confiarán en palabras ni dirán una palabra contra su conciencia», que «no teman confesar cualquier dificultad ni teman lucha alguna para conseguir el fin que se han planteado seriamente». Estos consejos de Lenin fueron desvirtuados y, en el fondo, desatendidos durante el período del culto de la personalidad. Ahora, el Partido está buscando el modo de llevar a la práctica, concretamente, las

indicaciones de Lenin acerca del control sobre una base nueva y más amplia, considerando que la atracción de los trabajadores a esta actividad, a la lucha contra las manifestaciones negativas, es el medio más importante de incorporar a las masas a la gestión de los asuntos estatales y sociales.

El enorme desarrollo de la cultura en el País Soviético durante los pasados decenios ha creado nuevas posibilidades para el perfeccionamiento de todo el sistema administrativo con la participación activa de unas masas instruidas y cultas.

No cabe duda de que en el proceso de la edificación comunista habrán de surgir nuevas formas de intervención de las masas en la dirección y en el trabajo del Partido y nuevas manifestaciones de la actividad social. El Partido considera un deber suyo apoyar todo cuanto contribuye de verdad a desarrollar la actividad y la iniciativa de las masas y a la sucesiva democratización de la labor de dirección del Partido.

El Partido estima que la extensión de la democracia es uno de los medios más importantes para fomentar el despliegue de la iniciativa creadora y la actividad laboral de las masas. El nuevo impulso adquirido por la emulación socialista para llevar a efecto los grandes planes del Partido y para superar el programa del cuarto año del septenio, las recientes elecciones al Sóviet Supremo de la URSS, el Congreso del Komsomol, el Congreso de los compositores y otros importantes acontecimientos de la vida del país han mostrado que el XXII Congreso ha dado un nuevo y poderoso impulso al desarrollo de la democracia, de la actividad de las masas, y ha elevado su sentido de la responsabilidad por los destinos del país, por el cumplimiento del nuevo Programa del PCUS.

NUEVOS CUADROS

La orientación consecuentemente democrática del Partido es acogida con gran satisfacción por los comunistas y los sin partido. Cada paso hacia el desenvolvimiento de las normas leninistas de vida del Partido es apoyado activamente desde abajo y respaldado por nuevas propuestas. Pero sería un error creer que lo nuevo en la vida del Partido y del país se extiende lisa y llanamente, sin dificultades. Las viejas ideas se dejan sentir.

El culto de la personalidad deshabituaba a los funcionarios del ejercicio de la actividad independiente y de la iniciativa

y conducía al anquilosamiento en el pensar. Y aunque se ha asestado a todo esto golpes demoledores, los hábitos adquiridos en el transcurso de decenios no pueden desaparecer totalmente de la noche a la mañana. Aún nos encontramos con personas que no prestan atención a las propuestas de la base, que no saben trabajar colectivamente, que recurren a métodos autoritarios, etc. A veces se observan malas reacciones ante la aplicación práctica de la renovación sistemática obligatoria prevista por los nuevos Estatutos del PCUS para los funcionarios elegibles.

La actitud exigente de las organizaciones del Partido, los métodos democráticos —que comprenden la rendición de cuentas y la publicidad—, todo el ordenamiento de la vida soviética ayudan a los cuadros a adoptar el nuevo estilo de trabajo. Los que no son capaces de marchar al compás que marca la época, los que siguen aferrados a lo viejo tienen que ceder el puesto a funcionarios capaces, portadores de lo nuevo y avanzado.

Grandes cambios han tenido lugar estos últimos años en la composición de los cuadros del Partido.

El 70,5% de los primeros secretarios de los comités regionales y territoriales y de los comités centrales de los partidos comunistas de las repúblicas federadas llevan en el cargo menos de tres años y el 12,8%, más de cinco años. Entre los secretarios de los comités de distrito y de ciudad, el 78,8% ocupan el cargo desde hace tres años o menos. En los puestos más importantes de la dirección del Partido se encuentran actualmente personas que se han destacado por su profundo conocimiento de la vida, por su capacidad para aplicar con acierto la línea del Partido en el período de la edificación del comunismo en todos los frentes.

Los cambios operados en la composición de los cuadros del Partido se explican también por el hecho de que muchos viejos y expertos dirigentes, que han trabajado honestamente y bien durante mucho tiempo, pasan a disfrutar ahora de un retiro merecido por causas naturales bien explicables.

Las modificaciones introducidas en la preparación general y especializada de los cuadros del Partido revisten extraordinaria importancia. En 1956, entre los secretarios de los comités distritales y urbanos, un 25,7% tenía instrucción superior, porcentaje que ahora se ha elevado al 76,9%. Esto significa que en el trabajo del Partido predominan cuadros altamente instruidos, con una amplia y excelente preparación general

especializada, lo que constituye una garantía de competencia en la labor de dirección.

En la actualidad, la edad de los secretarios de los comités centrales de los partidos comunistas de las repúblicas federadas y de los comités territoriales y regionales oscila entre los 35 y los 50 años. La mayoría de los secretarios de los comités distritales y urbanos tienen de 30 a 40 años. Hombres jóvenes, llenos de iniciativa, están llegando a los puestos de dirección. El Partido abre amplio camino a los jóvenes, a la vez que cuida con solicitud de los viejos cuadros, respetando su experiencia, sus conocimientos y su capacidad como organizadores.

Muchas mujeres se han incorporado en estos últimos años a la labor de dirección del Partido. En los comités de distrito se cuenta un 21,4% de mujeres y en los comités regionales y territoriales y en los comités centrales de los partidos comunistas de las repúblicas federadas, un 18%. Entre los secretarios de los comités distritales y urbanos del Partido hay un 16,1% de mujeres, y un 22,4% entre los secretarios de las organizaciones de base.

Una de las características de los cuadros del Partido es el haber pasado por la escuela del trabajo en la base. Promovidos del seno de la clase obrera, del campesinado koljosiano y de la intelectualidad, están estrechamente vinculados al pueblo no sólo por el carácter de su actividad, sino además por su propia vida.

El Partido, que concede gran atención a sus cuadros y se preocupa de su selección, capacitación y educación, no considera que su composición sea algo cerrado y permanente. Al contrario, parte del principio de que la composición de los cuadros debe renovarse. «La "selección natural", producto de la completa publicidad, del carácter electivo y del control general —señalaba Lenin—, asegura que, al fin y al cabo, cada dirigente quede "en su sitio", se encargue de la labor que mejor concuerde con sus fuerzas y con sus aptitudes, experimente sobre sí mismo todas las consecuencias de sus errores y demuestre ante los ojos de todos su capacidad de reconocer sus faltas y de evitarlas.»

En el Programa y en los Estatutos del PCUS se han introducido planteamientos que garantizan la aplicación del principio de la renovación sistemática de todos los organismos del Partido y el mantenimiento de la continuidad en la dirección. Esto se ha hecho para asegurar un aflujo más amplio de fuerzas jóvenes y frescas a los órganos de dirección del Partido, para conjugar acertadamente los cuadros nuevos y viejos, así como para excluir la posibilidad de una excesiva concentración de poder en manos de unos cuantos funcionarios y de que éstos puedan eludir el control de la colectividad. El principio de la renovación sistemática de los cuadros y de la continuidad en la dirección ha merecido la aprobación general y figura, como ley del Partido, en el Programa y en los Estatutos del PCUS.

Es bien conocido el enorme papel que el aparato ha desempeñado y sigue desempeñando en la vida del Partido. Pero a medida que vayamos avanzado hacia el comunismo, el trabajo de Partido irá perdiendo cada vez más su carácter de profesión e irá adquiriendo el carácter de una actividad social.

El aparato de los comités regionales y territoriales y de los comités centrales de los partidos comunistas de las repúblicas federadas se ha reducido estos diez últimos años en más de un tercio. Y si tenemos en cuenta el considerable crecimiento numérico del PCUS durante ese mismo tiempo resultará que, en todo y por todo, el número de funcionarios retribuidos del Partido por cada mil comunistas ha disminuido casi a la mitad.

Paralelamente a la reducción del aparato remunerado se amplía el activo social. Más de 1.800.000 comunistas son miembros de los comités y burós de las organizaciones de base del Partido, secretarios, secretarios adjuntos y responsables de grupo. Más de 320.000 comunistas trabajan, sin retribución alguna, de instructores, conferenciantes y miembros de distintas comisiones del Partido. Millones de comunistas realizan en sus horas libres todo género de tareas sociales y de Partido.

Todo esto reanima extraordinariamente la vida del Partido, eleva el sentido de responsabilidad de los comunistas y contribuye al desarrollo de la democracia interna del Partido. Este desarrollo es considerado por el PCUS como una condición para activizar a todas sus fuerzas y para robustecer sus vínculos con las masas. La organización de la vida del Partido no sólo tiene una importancia interna. Como destacamento de vanguardia de un pueblo que está edificando el comunismo, el Partido está llamado a marchar también en cabeza en lo tocante a su propia organización, dando un ejemplo y mostrando cómo deben elaborarse las formas más perfectas de la autogestión social comunista.

AUMENTO DEL PAPEL DEL PARTIDO EN LA VIDA DE LA SOCIEDAD

El Programa del PCUS dice: «El período de la construcción del comunismo en todos los frentes se distingue por *la elevación incesante del papel y la importancia del Partido Comunista* como fuerza dirigente y orientadora de la sociedad soviética.» Este planteamiento desarrolla la concepción marxista-leninista del papel del Partido como dirigente y organizador de las masas populares.

Las formas y los métodos de trabajo del Partido cambian a medida que se va modificando la situación histórica. Pero su papel orientador y dirigente se eleva y se extiende cada vez más.

El marxismo-leninismo rechaza categóricamente las absurdas ideas revisionistas acerca de que el Partido debe seguir a las masas y no conducirlas, y que después del triunfo de la revolución socialista su papel debe reducirse al de una organización cultural y educativa, encargada de ilustrar a las masas, pero no de dirigirlas y organizarlas. Tales ideas seguidistas no tienen nada que ver con el espíritu revolucionario del marxismo-leninismo.

El triunfo de la revolución socialista no es más que el comienzo de una época de grandes transformaciones en la vida de la sociedad y de los propios hombres. Estas transformaciones reclaman un alto nivel de organización de las masas populares y una clara orientación en la actividad de las mismas. Lenin consideraba que el único sentido de la existencia y la actividad del Partido es dirigir la lucha por el triunfo del nuevo régimen. «... Sólo el partido político de la clase obrera, es decir, el Partido Comunista —escribe—, está en condiciones de agrupar, educar y organizar la vanguardia del proletariado y de toda la masa trabajadora, la única capaz de resistir a las inevitables vacilaciones pequeñoburguesas de esta masa, a las inevitables tradiciones y recaídas en la estrechez de miras gremial o en los prejuicios gremiales entre el proletariado y dirigir todo el conjunto de las actividades de todo el proletariado, esto es, dirigirlo políticamente y a través de él dirigir a todas las masas trabajadoras. Sin esto la dictadura del proletariado es irrealizable.»

El Estado de todo el pueblo es inconcebible sin la dirección del Partido. Desde que existe el Poder soviético, la propaganda burguesa no ha cesado de afirmar que la dictadura del proletariado ha sido sustituida en la URSS por la dictadura del

Partido. Después de la publicación del nuevo Programa del PCUS, en el que se hace constar el hecho de que la dictadura del proletariado ya ha cumplido su misión histórica en nuestro país y que el Estado soviético se ha convertido en Estado de todo el pueblo, los ataques se concentran fundamentalmente en la tesis relativa al creciente papel del Partido Comunista en el período de la edificación del comunismo. La propaganda burguesa trata incluso de hallar cierta contradicción entre dicha tesis y el planteamiento del Programa que se refiere al desarrollo de la democracia socialista, a la transformación del régimen estatal socialista en autogestión social comunista.

Esta contradicción es, naturalmente, un producto de la fantasía. Para los ideólogos burgueses y reformistas, el incremento del papel del Partido, como parte del pueblo, sólo puede producirse a expensas del papel de otras partes del pueblo o del pueblo entero. Así tiene que ser, en efecto, en la sociedad burguesa, donde la relación entre dominadores y dominados es la determinante de todas la relaciones sociales.

El incremento del papel del PCUS no significa en modo alguno que éste adquiera mayores derechos con respecto a las demás organizaciones de los trabajadores. Al contrario, significa mayores *deberes,* mayor actividad, mayor importancia de su labor de dirección ideológica y política.

El papel del Partido no aumenta a expensas del papel de otras organizaciones sociales ni a expensas de una menor actividad del pueblo. Al contrario, cuanto mejor desempeña el Partido su función dirigente, mayor es la actividad social de los trabajadores y más profundidad adquiere el proceso de democratización de todos los aspectos de la vida social. Dicho en otros términos, el incremento del papel del Partido y la sucesiva democratización de toda la vida social del país son fenómenos que se condicionan mutuamente y que se conjugan de un modo armónico. Toda la realidad soviética viene a confirmarlo.

Tomemos, por ejemplo, una organización de masas como los sindicatos, que agrupan a más de 60 millones de obreros y empleados. En estos últimos tiempos, la actividad de los sindicatos se ha hecho más polifacética y más rica de contenido. Los derechos de los sindicatos se han ampliado considerablemente. Estos han asumido algunas funciones que antes competían al Estado. Los sindicatos soviéticos son en realidad para decenas de millones de personas una escuela de dirección, una escuela de administración, una escuela de comunis-

mo. En las asambleas permanentes de producción, que constituyen un importante eslabón de la dirección de las empresas industriales, participan más de cuatro millones y medio de obreros y empleados. Seis millones de activistas sindicales toman parte en el control obrero del cumplimiento de los planes de edificación de viviendas, de la distribución de las mismas, del funcionamiento del comercio y de la alimentación pública.

Los Soviets de diputados de los trabajadores, que son entidades con rasgos a la vez de organización estatal y social, incorporan a amplias masas de trabajadores a la gestión directa de los asuntos de la sociedad. Los Soviets suman en total cerca de dos millones de diputados. En la labor de las distintas comisiones permanentes de los Soviets locales toman parte (además de los diputados) más de dos millones de trabajadores. El activo de todos los Soviets lo forman unos 20 millones de personas.

Ha crecido extraordinariamente la importancia del trabajo realizado por el Komsomol, la organización de la juventud soviética, así como de las asociaciones de los intelectuales y de otras organizaciones sociales. El Partido condena resueltamente los intentos de imponer métodos autoritarios de ordeno y mando en las relaciones con las organizaciones sociales. Dedica especial solicitud a las personas consagradas a un trabajo creador y exige que se tenga en cuenta el carácter específico de su trabajo y se respete la individualidad en la creación artística.

El Partido, como es natural, orienta la actividad de las organizaciones sociales y de las asociaciones de creación. Pero esta labor se basa exclusivamente en la persuasión, en la influencia ideológica, y descansa en la autoridad moral del Partido, en la absoluta confianza que los trabajadores depositan en su política, en el hecho de que el pueblo reconoce en el Partido a su dirigente y organizador.

«Las organizaciones del Partido —dicen los Estatutos del PCUS— no suplantan a los Soviets, los sindicatos, las cooperativas y otras organizaciones sociales de los trabajadores y no consienten que se mezclen las funciones de los organismos del Partido con las de otros, no consienten un paralelismo innecesario en el trabajo.»

Este planteamiento, que figura por vez primera en los Estatutos del PCUS, refleja el aumento de la iniciativa de las organizaciones sociales. Cuanto más amplia es la democracia,

cuanto más diversas son las manifestaciones de la iniciativa social, más importancia adquiere el papel de la fuerza capaz de unir todas estas manifestaciones y de orientarlas en la dirección más favorable a los intereses de toda la sociedad. Esa fuerza es el Partido Comunista.

Algunos preguntan: puesto que el pueblo soviético acepta el programa del Partido como el programa de su propia vida y ya que el nivel de conciencia de las masas es incomparablemente más alto que antes, ¿no se deduce de esto que el papel dirigente del Partido debe ir disminuyendo gradualmente? La teoría marxista-leninista y la práctica de la edificación comunista dan a esta pregunta una respuesta negativa. La edificación del comunismo no es un proceso espontáneo de desarrollo, sino una actividad consciente de las masas populares orientada a un fin concreto. Y sólo el Partido, que conoce las leyes del desarrollo social, que agrupa en sus filas a los representantes de vanguardia del pueblo, que está estrechamente unido al pueblo y goza de su plena confianza, puede asegurar una dirección acertada de la edificación comunista y darle un carácter organizado y armónico, con una base científica.

El Partido capta con gran sensibilidad y atención todo lo nuevo creado por la actividad de las masas, comprueba en todos sus aspectos la vitalidad y el carácter comunista de lo nuevo, determina qué parte de eso nuevo tiene perspectivas de desarrollo y qué es lo que puede desviarnos de la senda general del comunismo.

¿Cómo se expresa el creciente papel del Partido en el período de la edificación del comunismo en todos los frentes?

Ante todo, en la solución de los problemas, cada vez más vastos, de la edificación económica. La creación en el transcurso de veinte años de la base material y técnica del comunismo —lo que significa aumentar la producción industrial por lo menos en seis veces y la agropecuaria en unas tres veces y media—, exige que la dirección por el Partido de todos los aspectos de la vida económica se eleve a un nivel incomparablemente más alto. Sólo sobre una base material que encarne los últimos adelantos de la ciencia y la técnica y asegure un poderoso incremento de la productividad del trabajo se podrá conseguir la abundancia de artículos de uso y consumo y poner en práctica el principio comunista «de cada cual, según su capacidad; a cada cual, según sus necesidades». La actividad de todas las organizaciones del Partido y de

éste en su conjunto tiende, en primer término, a asegurar el cumplimiento y la superación de los planes del Estado, a poner de manifiesto y aprovechar nuevas reservas en la industria y la agricultura, en la construcción y en los transportes, a impulsar por todos los medios el proceso técnico.

Tomemos, por ejemplo, la reorganización del sistema de dirección de la agricultura. Hasta estos últimos tiempos no existían organismos estatales suficientemente fuertes para dirigir esta rama de la producción, tan compleja y de tan vital importancia. Esto, además de dificultar la dirección de los koljoses y sovjoses, fue una de las causas de que no se hubiesen logrado determinados índices de los programas agropecuarios de los tres primeros años del plan septenal. Pese al considerable aumento de la producción agropecuaria del país durante estos últimos años, los ritmos de desarrollo han sido insuficientes.

El Pleno de marzo del CC del PCUS examinó con todo detalle las causas del retraso de la agricultura y trazó una serie de medidas para asegurar el cumplimiento de los planes de producción y de acopio de productos agropecuarios. Una de las medidas más importantes ha sido la creación de organismos operativos de dirección estatal de la producción agropecuaria. Las nuevas direcciones territoriales de producción tienen una serie de rasgos característicos. Están encargadas de organizar la producción en las haciendas del Estado (sovjoses) y en las haciendas cooperativas (koljoses). Estas direcciones funcionan sobre bases ampliamente democráticas. Adjuntos a ellas existen consejos integrados por presidentes de koljoses, directores de sovjoses y representantes de las organizaciones del Partido y del Komsomol. Se trata de un nuevo fenómeno en el desarrollo del aparato estatal, que demuestra el sucesivo acercamiento de los elementos estatal, partidario y social en la dirección de la economía.

Los serios problemas que surgen en el curso de la transformación del régimen estatal socialista en autogestión social comunista, la importancia de la tarea de educar a un hombre nuevo sobre la base del código moral de los constructores del comunismo, la contracción de la esfera de la regulación administrativo-jurídica de las relaciones sociales y la creciente importancia de los métodos de persuación y educación son otros tantos factores que determinan la elevación del papel del Partido Comunista como *organización social de tipo superior.*

El sucesivo perfeccionamiento de la democracia socialista,

la elevación del papel de las organizaciones sociales y la ampliación de los derechos de las repúblicas federadas y de las organizaciones locales contribuyen al desarrollo de la iniciativa de la base y ayudan a encontrar nuevas reservas para acelerar el ritmo de la edificación económica y cultural. Todo esto exige, al mismo tiempo, una dirección centralizada y planificada, para que la iniciativa local no pueda degenerar en política localista, para que la actividad de las distintas organizaciones sociales no se convierta en estrechez departamental y para que los esfuerzos del pueblo y de todas sus organizaciones se concentren en un objetivo único. En todo esto, la fuerza que actúa de aglutinante y guía es el Partido, que no está vinculado a ningún interés localista o departamental.

En el período de la construcción del comunismo se acrecienta en extraordinarias proporciones la necesidad de dar una acertada explicación teórica de los procesos sociales que se están produciendo, así como de intensificar la ofensiva contra las supervivencias del pasado, que son un freno para nuestro movimiento de avance. En el transcurso de toda su historia, el PCUS ha sostenido una lucha intransigente por la pureza de la teoría marxista-leninista, contra todos los intentos de revisar o desvirtuar dicha teoría. Al mismo tiempo se ha atenido rigurosamente a las tradiciones leninistas de lucha contra el anquilosamiento dogmático de la teoría, contra la tendencia a rumiar fórmulas aprendidas de memoria, en lugar de estudiar las nuevas peculiaridades de la realidad viva. El desarrollo creador de la teoría del comunismo científico es un deber de los partidos marxistas-leninistas. Esto se refiere de un modo muy particular a nuestro Partido, encargado de dirigir en la práctica la edificación del comunismo.

«Una de las peculiaridades de la época de la construcción de la sociedad comunista en todos los frentes —dice el camarada Jruschov— consiste en que ante nosotros surgen en número creciente problemas teóricos, cuya solución no debe buscarse sólo en los libros, sino, ante todo, en la práctica vivificante de la edificación comunista. Haríamos traición al espíritu de nuestra doctrina si no supiéramos aplicar y desarrollar creadoramente el marxismo-leninismo en las nuevas condiciones, si no lo enriqueciéramos con nuevas tesis y conclusiones teóricas, si nos faltara la audacia de precisar las fórmulas y planteamientos que han dejado de responder a la nueva experiencia histórica.»

El Programa del PCUS nos ofrece un ejemplo de desarrollo

de la teoría con un sentido creador. Su espíritu y su contenido expresan la unidad e indivisibilidad de la teoría marxista-leninista y la práctica de la edificación comunista. La vida y la experiencia práctica habrán de plantearnos, naturalmente, numerosos problemas teóricos. La solución de estos problemas es un deber del Partido y la expresión de su papel dirigente en el desarrollo de la sociedad.

•

La construcción del comunismo anima al pueblo soviético por la nobleza de sus objetivos y por los beneficios directos que proporciona a los trabajadores en el proceso de creación de la nueva sociedad. A la vez, los soviéticos conciben la edificación del comunismo como el cumplimiento de su gran deber internacional.

Los éxitos de la URSS en la construcción económica y política revisten enorme alcance internacional. Lenin tenía profunda razón cuando decía que como más influye el socialismo triunfante en los destinos de la historia es con la fuerza de su ejemplo, con su política económica, y que si vencemos en esta esfera habremos triunfado total y definitivamente en escala internacional.

Nuestras victorias en la edificación del comunismo, así como las victorias obtenidas en la edificación del socialismo por los partidos hermanos y los pueblos de los países socialistas muestran a todos los trabajadores de los países capitalistas y a todos los pueblos que luchan por su independencia que sólo el socialismo y el comunismo aseguran a las masas populares el bienestar material y la verdadera libertad. «Con su ejemplo —señala el Programa del PCUS—, el socialismo triunfante revoluciona las mentes de los trabajadores del mundo capitalista, los anima a luchar contra el imperialismo y, en enorme medida, facilita las condiciones de esa lucha.»

Cuanto más fuerte y más rica es la sociedad soviética, más fuerte es el sistema socialista mundial, mayor la fuerza de atracción que ejercen las ideas comunistas y más eficaz la ayuda moral y material que pueden recibir de la Unión Soviética y de la comunidad socialista todos los pueblos que luchan por la paz, la democracia, la independencia nacional y el progreso social.

Al mismo tiempo, el Partido Comunista de la Unión Soviética y los pueblos de la URSS reciben el aliento del enorme apoyo que le prestan el movimiento comunista internacional y todos los movimientos de liberación.

Los marxistas-leninistas ven en su fecunda colaboración, en el estudio de la experiencia de los partidos hermanos, en el apoyo mutuo y en el aprendizaje recíproco otras tantas manifestaciones trascendentales del internacionalismo proletario que los une. Los principios del internacionalismo proletario han sido formulados a tenor con las exigencias de la etapa actual de desarrollo del movimiento comunista internacional en los documentos de las conferencias internacionales de los partidos comunistas y obreros de 1957 y 1960. Las ideas y los planteamientos de estas dos declaraciones elaboradas conjuntamente sirven de guía a nuestro Partido en toda su actividad y constituyen la base de su lucha por una cohesión aún mayor de las filas del frente comunista internacional.

El movimiento comunista internacional lo forman partidos que actúan en las más diversas condiciones. Muchos de ellos todavía tienen que recorrer un largo camino en la lucha por el derrocamiento de las clases explotadoras y la implantación del Poder del pueblo, de la dictadura del proletariado. Los partidos fraternos de los países socialistas han obtenido grandes éxitos en la edificación del socialismo, después de lo cual emprenderán la construcción del comunismo. Los comunistas de la Unión Soviética, a quienes ha cabido el gran honor de ser los primeros constructores del comunismo, confían en que la experiencia histórica de su Partido servirá de estímulo y ayuda a todo el movimiento comunista internacional.

(Publicado en el núm. 6 de 1962 de REVISTA INTERNACIONAL)

EL XXII CONGRESO DEL PCUS Y EL DESARROLLO DEL SISTEMA SOCIALISTA MUNDIAL

JIRI HENDRYCH

Secretario del CC del Partido Comunista de Checoslovaquia

Un rasgo importante que determina hoy en día las perspectivas de desarrollo de toda la sociedad humana es el hecho, de alcance histórico universal, de que el comunismo científico se esté convirtiendo paulatinamente en la Unión Soviética de teoría en realidad viva y concreta.

El pueblo soviético, que bajo la dirección del Partido Comunista leninista ha sido el primer pueblo verdaderamente libre y que merced a su abnegado trabajo ha creado la sociedad socialista en la URSS, se ha puesto con todo derecho a la cabeza del progreso mundial y desempeña actualmente el gran papel de fuerza de vanguardia, de explorador y primer descubridor de las vías concretas del futuro comunista. Toda la historia de la Unión Soviética, y en particular su último período, en el que han madurado las condiciones para la aprobación del nuevo Programa del PCUS, muestra convincentemente que las ideas marxistas-leninistas despiertan un inmenso entusiasmo creador cuando, como fruto de la gran labor ideológica y organizativa del Partido Comunista, arraigan en la conciencia de las masas populares e impulsan toda su acción constructiva.

El programa de la edificación del comunismo aprobado por el XXII Congreso, los informes del camarada Jruschov y los demás documentos del Congreso sintetizan la experiencia de la Unión Soviética y, también, las enseñanzas de la lucha internacional por el socialismo e impulsan la doctrina marxista-leninista sobre las vías de la construcción de la sociedad comunista. Por tanto, el XXII Congreso ha confirmado una vez más que el Partido Comunista de la Unión Soviética sigue siendo el centro de desarrollo creador del marxismo-leninismo.

En el Programa del PCUS no sólo se da solución teórica a los problemas cardinales del paso al comunismo, sino que también aparecen trazadas las vías prácticas de la edificación comunista. La concretización de las vías y de los métodos para construir el comunismo y la solución dada a toda una serie de complejos problemas relacionados con el perfeccionamiento de las relaciones sociales y con el desarrollo de la base técnico-material de la sociedad, son cuestiones que revisten asimismo la más palpitante actualidad para los restantes países socialistas. En los documentos del XXII Congreso del PCUS ven los partidos comunistas y obreros de los países socialistas una poderosa arma teórica que les ayudará a dar cima a la construcción del socialismo y a emprender la edificación de la sociedad comunista.

Expresando la voluntad de todo el Partido Comunista y de los trabajadores de la República Socialista Checoslovaca, el camarada A. Novotny, en su intervención ante al XXII Congreso del PCUS, subrayó que nosotros consideramos como propio el Programa del Partido Comunista de la Unión Soviética y que, teniendo en cuenta las condiciones concretas de nuestro país y de la actividad de nuestro Partido, nos regiremos consecuentemente por él en nuestra labor, ya que contiene también los rasgos fundamentales de nuestro futuro.

Ahora, en la mayoría de los países de democracia popular se han cumplido o se está dando remate a las tareas del período de transición del capitalismo al socialismo. En estos países se ha realizado prácticamente la socialización completa de los medios de producción en la industria, rama básica de la economía nacional. En casi todas las democracias populares, el 99—100% de la producción industrial se obtiene en las empresas socialistas. Las relaciones socialistas de producción también se fortalecen paulatinamente en la agricultura. En la mayoría de los países socialistas ha desaparecido en lo fundamental, también en este sector, la propiedad privada capitalista sobre los medios de producción y se ha realizado la transformación socialista de pequeña economía mercantil. Aunque el peso específico del sector socialista en la agricultura no es igual en todos los países, en general abarca ya las $^{9}/_{10}$ partes de la superficie agrícola del campo socialista.

En los países socialistas se está formando una estructura de clases completamente nueva. La sociedad está integrada por dos clases trabajadoras —los obreros y los campesinos—

y por la intelectualidad popular, estrechamente vinculada a ellas. Sobre esta base cobra vigor la unidad político-social e ideológica del pueblo. Hoy, en Checoslovaquia, los obreros y empleados, así como los campesinos miembros de las cooperativas de producción, constituyen, en unión de sus familias, más del 96% de la población; los pequeños productores, principalmente en la agricultura, algo menos del 4%. En todas las esferas de la vida del país aumenta la influencia de la clase obrera. La sociedad checoslovaca se ha transformado por entero en una sociedad de trabajadores.

La etapa actual de desarrollo de los países de democracia popular se caracteriza por los éxitos decisivos que están alcanzando estos países en la creación de la base técnico-material del socialismo. El triunfo de las relaciones socialistas de producción ha abierto ancho campo para el incremento de las fuerzas productivas. Debe señalarse que la ley sociológica general sobre la correspondencia de las relaciones de producción con el carácter de las fuerzas productivas se manifiesta de distinto modo según difieran las condiciones. En la situación actual cuando el sistema capitalista mundial ha madurado en su conjunto para la revolución social del proletariado, el cambio de las relaciones de producción capitalistas por las socialistas se ha convertido ya en una necesidad objetiva para toda la humanidad. Esta es la tendencia general que actúa en la escala de todo el sistema capitalista mundial; este cambio lo exige el progreso ulterior de toda la sociedad humana.

En fuerza de que esta tendencia tiene carácter general, la revolución socialista triunfa también en los países considerablemente rezagados, por el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, de los países capitalistas industriales más prósperos. La experiencia muestra que en las condiciones históricas actuales el atraso económico no puede ser un obstáculo insuperable para llevar a cabo la transformación socialista de la economía nacional. Como resultado de esta transformación, se forman y triunfan las relaciones socialistas de producción, que en nivel de desarrollo llevan la delantera a las fuerzas productivas. Al mismo tiempo, la victoria de las nuevas relaciones de producción da acelerado impulso a las fuerzas productivas, elevándolas al nivel que responde a las exigencias del modo de producción socialista. Se crea y fortalece una base material y técnica del aparato productivo adecuada a las nuevas relaciones de producción, las relaciones socialistas. El rápido ascenso de las fuerzas productivas determina la elevación incesante del bienestar de los trabajadores.

De ahí, pues, que, junto a la similitud de los rasgos esenciales del desarrollo de todos los países socialistas, haya en cada uno de ellos problemas concretos en este o aquel período que no pueden coincidir ni coinciden enteramente.

La diferencia entre las tareas inmediatas de la construcción socialista que afrontan los distintos países del campo socialista, proviene primero que nada de la desigualdad del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas que les dejó en herencia el capitalismo. Así como en Checoslovaquia la victoria de las relaciones socialistas de producción en todas las ramas de la economía, alcanzada al cumplirse el segundo plan quinquenal, coincidió aproximadamente con el período de creación, en lo fundamental, de la base técnico-material del socialismo, en los países de democracia popular menos desarrollados económicamente el proceso de formación de esta base adquiere su mayor intensidad ya cuando han triunfado las relaciones socialistas de producción.

El proceso de la industrialización socialista también presenta diferencias considerables en los distintos países de democracia popular. Para unos, la industrialización significa crear la industria nacional, transformar la atrasada economía agraria en una pujante economía industrial agraria; para otros, reformar radicalmente la estructura de la industria, elevando en gran medida el papel de las principales ramas de la industria pesada y poniendo fin al desequilibrio de la distribución territorial de las fuerzas productivas.

Asimismo, en los distintos países de democracia popular ofrece características diferentes el proceso de elevación del nivel de la socialización de los medios de producción en la agricultura. Mas en casi todas partes se observa el paso de las cooperativas agrícolas de tipo inferior a las de tipo superior. En algunos países hay que dar cima todavía a la agrupación voluntaria de los campesinos en cooperativas de producción.

En Checoslovaquia, el sector socialista —las cooperativas agrícolas y las haciendas del Estado— abarca más del 90% de toda la superficie de cultivo. Adquiere una importancia cada vez mayor el problema de la concentración gradual de la producción agropecuaria y de su especialización más conveniente, de acuerdo con las condiciones del país. Dadas estas condiciones, las haciendas de mayor rendimiento económico

han sido las que abarcaban una superficie de 700 a 1.200 hectáreas de tierras laborables, pues en ellas, a base de una determinada especialización, se puede utilizar con el mayor provecho las máquinas y los métodos agrotécnicos más modernos. En este sentido, la experiencia del Partido Comunista de Checoslovaquia confirma en absoluto los principios expuestos en el Programa del PCUS y en los informes presentados por el camarada Jruschov al XXII Congreso. En la agricultura, el desarrollo debe ser consecutivo, cualquier tentativa de quemar etapas alteraría su curso normal y provocaría serias dificultades. Medidas irreflexivas, orientadas a imponer desde fuera un rápido desarrollo, se convertirían muy pronto en un freno del ascenso armónico de la agricultura socialista.

Por supuesto, en la lucha por la victoria de la clase obrera, por la construcción del socialismo y del comunismo, no se puede exagerar las diferencias nacionales o contraponerlas a las leyes comunes de desarrollo. La experiencia histórica nos enseña que la excesiva valoración de los rasgos específicos nacionales, que va acompañada de la subestimación de los principios fundamentales de la revolución socialista y de la construcción del socialismo, acarrea perniciosas consecuencias. Es innegable que el desarrollo de cada Estado socialista se distingue por rasgos específicos esenciales, en particular por sus tradiciones nacionales y sus usos y costumbres genuinos. No obstante, la tendencia fundamental del desarrollo está orientada no hacia el agudizamiento de estas diferencias, sino hacia su paulatina superación. El nivel de los países socialistas va igualándose con creciente intensidad tanto en la esfera de las relaciones de producción como en la del desarrollo de las fuerzas productivas. En el proceso de coronamiento de la construcción del socialismo, en los países de democracia popular se forma una sociedad socialista ampliamente desarrollada y se van creando las condiciones para emprender la edificación del comunismo.

Hoy, en todos los países socialistas han sido liquidadas las posibilidades económico-sociales de restauración del capitalismo. En la situación actual, cuando existe el poderoso campo socialista, está asegurada la plena victoria del socialismo y del comunismo en la escala de todo el sistema socialista mundial.

La etapa de la construcción del comunismo en todos los frentes, en la que se halla ahora la Unión Soviética, será la

fase inmediata de desarrollo de los demás países del campo socialista. Con la particularidad de que muchas medidas que se aplican actualmente en las condiciones de la sociedad socialista, contienen a la vez elementos de comunismo. Esto se pone de manifiesto más visiblemente en la esfera del consumo público, en la preocupación por los niños y los jóvenes, en la sanidad pública, etc. Sin embargo, el principio del interés material sigue siendo lo fundamental, lo determinante, tanto en el período de la construcción socialista como en el de la edificación del comunismo en toda la línea.

Los éxitos del pueblo soviético en la construcción del comunismo traen a nuestra memoria una vez más las proféticas palabras de Lenin, cuando decía que «en este momento histórico se trata precisamente de que el ejemplo ruso muestra *a todos* los países algo, y algo muy sustancial, de su futuro próximo e inevitable».

Estas palabras de Lenin han encontrado plena confirmación en la experiencia de las etapas recorridas por los países de democracia popular, donde las principales leyes generales de la construcción del socialismo, manifestadas por primera vez en la URSS, determinaron también el curso de todo el desarrollo social de dichos países. Y ahora, los principios de la edificación del comunismo, que son elaborados y puestos en práctica en la Unión Soviética, nos trazan asimismo el camino que hemos de seguir. Las tesis del Programa del PCUS, en el que también se tiene en cuenta la experiencia de los demás países socialistas, no sólo serán aplicadas en la URSS, sino, igualmente, en todos los demás países de la comunidad socialista.

La experiencia de la Unión Soviética es una brújula indispensable para los demás países. Claro que esta experiencia debe ser aprovechada en consonancia con la situación y las tradiciones de cada país, pero en ningún caso puede ser ignorada, pues ello pondría en peligro la revolución socialista y la edificación de la nueva sociedad. Lo mismo hay que decir respecto al Programa del PCUS y a los resultados del XXII Congreso, convertidos ya en patrimonio del movimiento obrero revolucionario internacional.

La ingente labor de sintetización teórica y de desarrollo de la experiencia de la construcción del comunismo, realizada por el XXII Congreso del PCUS, muestra que los elementos más importantes de la edificación comunista son la creación de la base técnico-material del comunismo, la creación gra-

dual de las condiciones para la futura distribución comunista con arreglo a las necesidades, la transformación de las relaciones socialistas de producción en relaciones comunistas y la liquidación de la diferencia esencial existente entre la ciudad y el campo y entre el trabajo intelectual y manual. El esfuerzo de los partidos comunistas y obreros de los países socialistas está ahora orientado ante todo a crear las condiciones que permitan dar feliz solución a estas tareas.

Para los partidos comunistas de los Estados socialistas, que aprovechan con espíritu creador la experiencia teórica y práctica adquirida por el PCUS en las anteriores etapas de la construcción socialista en la URSS, tiene también un valor extraordinario su experiencia actual de dirección de la edificación del comunismo en todos los frentes. Por supuesto, la construcción del socialismo y el paso al comunismo comprende una serie de etapas consecutivas que no se pueden saltar. El paso a cada etapa siguiente exige determinadas condiciones materiales, e ignorarlas sólo puede desacreditar la edificación comunista y causarle grave daño. Idénticamente nocivos son el estancamiento, el no dar solución a los problemas candentes, el conservadurismo y la timidez para seguir avanzando.

Ya en la etapa actual los países socialistas sacan mucho provecho de la experiencia acumulada por la Unión Soviética en un grado superior de desarrollo social. Naturalmente, sería un error copiar rasgos de la etapa de edificación del comunismo en todos los frentes que por ahora no pueden ser realidad en una situación diferente, debido a la inexistencia de los factores económicos y políticos necesarios. Mas a la vez, como se ha comprobado en la práctica, es inmenso el efecto que produce la utilización, con sentido creador, de toda una serie de métodos y formas elaborados en las condiciones de la edificación del comunismo en la URSS. Como ejemplo, podríamos citar las formas y los métodos de perfeccionamiento de la dirección de la economía nacional, la aplicación de los principios del centralismo democrático, el desarrollo de la emulación socialista y el vasto movimiento de las brigadas de trabajo comunista, así como el aprovechamiento de la experiencia conducente a elevar la actividad social y laboral y la iniciativa de las masas.

Debe subrayarse en particular que la clara comprensión de las perspectivas del desarrollo social y el conocimiento de las vías concretas de la construcción del comunismo ela-

boradas y comprobadas prácticamente en la URSS tendrán creciente significación para los países socialistas y desempeñarán un papel cada vez mayor. Esto obedece, entre otras cosas, a que, a medida que se da cima a la construcción del socialismo, irán aproximándose más y más en los distintos países las manifestaciones concretas de las leyes generales de desarrollo de la sociedad socialista en su marcha hacia el comunismo. Las diferencias nacionales específicas tendrán un peso considerablemente menor en las formas y los métodos del paso al comunismo que en las formas y los métodos del período de transición del capitalismo al socialismo. Ello es comprensible, pues las causas determinantes de estas diferencias no residen en estos o aquellos factores naturales o peculiaridades de la cultura nacional, sino en factores económicos y de clase. Y mientras que para el período de transición es característica la pluralidad de formaciones sociales, con distinto peso específico de los diversos sectores y con diferentes clases y grupos sociales, después de la victoria del socialismo todos los países del campo socialista poseen una base económico-social común y una estructura de clases similar. También desempeña un papel esencial la creciente nivelación del grado de desarrollo de las fuerzas productivas en los distintos países socialistas. Por eso, el intercambio de experiencias y la colaboración de los países socialistas en la construcción del socialismo y del comunismo son cada vez más intensos y estrechos, se superan las perniciosas tendencias autárquicas y se desarrolla continuamente la más amplia división internacional del trabajo. Además, aumenta rápidamente la importancia práctica internacional de la experiencia de la edificación del comunismo en la URSS.

Basándose en el análisis de las vías de desarrollo del sistema socialista mundial expuesto en la Declaración de la Conferencia de Moscú de representantes de los partidos comunistas y obreros y en las resoluciones del XXII Congreso del PCUS, cada país del campo socialista marca la dirección y el ritmo de su sucesivo desarrollo como parte integrante del sistema socialista mundial.

En Checoslovaquia, durante el período del tercer plan quinquenal (1961—1965) se pondrá término a la construcción de la base técnico-material del socialismo. En el transcurso de estos cinco años, la producción industrial se elevará en más del 50% y serán adoptadas enérgicas medidas para que la agricultura alcance en 1970 el nivel de la industria. Nuestra

República socialista irá acrecentando sus fuerzas gradualmente hasta crear las condiciones necesarias para emprender la edificación del comunismo.

En la actualidad se elabora la perspectiva general de desarrollo de la economía nacional de la República Socialista Checoslovaca por un período que alcanza hasta 1980. En los veinte años próximos, el producto social global se cuadruplicará, aproximadamente. En la producción habrá grandes cambios cuantitativos; se introducirán en vasta escala la mecanización completa y la antomatización. A la par del extenso y rápido desarrollo de su economía sobre la base del progreso científico y técnico, en Checoslovaquia se acentuará con creciente intensidad el proceso de ampliación y perfeccionamiento de la democracia socialista, de auge de la cultura y de inculcación de los rasgos socialistas y comunistas en todos los miembros de la sociedad. Con ello se echarán sólidos cimientos en nuestros país para el futuro comunista.

Al trazar estas perspectivas comprendemos que su puesta en práctica no puede ser únicamente obra nacional nuestra; será resultado no sólo de nuestros esfuerzos, sino también de la colaboración con los demás países socialistas, en primer término con la Unión Soviética.

Bajo la dirección del Partido Comunista, todos los trabajadores de Checoslovaquia, estimulados por la feliz edificación del comunismo en la URSS, no escatiman esfuerzos para convertir en realidad los ideales comunistas ya en vida de la presente generación. Como dijo el camarada Novotny en su intervención ante el XXII Congreso del PCUS, estamos profundamente convencidos de que también en Checoslovaquia la presente generación vivirá en el comunismo.

El carácter común de los fundamentos económico-sociales de los países del campo socialista determina el rápido desarrollo y fortalecimiento del sistema económico socialista mundial. En el mundo capitalista también existe un tipo único de relaciones de producción. Sin embargo, las relaciones económicas y los demás vínculos entre los países capitalistas descansan en la lucha competitiva y lejos de conducir a eliminar las contradicciones entre ellos, las agudizan. Por tanto, la exigencia de un tipo único de formas económicas no lleva por sí sola en ningún caso a la colaboración y ayuda mutua recíprocamente ventajosas y en pie de igualdad entre los diversos países. Tan sólo como resultado de la instauración de las relaciones socialistas de producción en diversos países de

Europa y Asia se han establecido y se desarrollan entre ellos unos lazos económicos impregnados del espíritu del internacionalismo proletario y de la fraternal ayuda mutua.

El sistema económico socialista mundial no es un simple conjunto de economías nacionales en las que predominan relaciones de producción del mismo tipo. Es un conjunto de economías nacionales, entre las que se han formando y se afianzan cada vez más estrechos vínculos económicos, supeditados al objetivo de acelerar el desarrollo de la economía de cada país socialista, asegurar un rápido auge general y fortalecer al máximo la base económica del socialismo mundial.

En el sistema económico socialista mundial han surgido y rigen leyes completamente nuevas, que se diferencian radicalmente de las leyes del sistema económico capitalista mundial. Se trata, ante todo, de la ley objetiva que fundamenta la consolidación económica cada vez mayor de los países del campo socialista, sobre la base del constante robustecimiento de su colaboración económica. Naturalmente, el desarrollo de las economías nacionales se logra en primer término mediante el aprovechamiento de los recursos interiores de cada país. Pero esto no significa de ninguna manera que se tienda hacia el aislamiento económico, sino que presupone que cada país considera su economía nacional como parte integrante de la economía del sistema socialista mundial y tiene en cuenta los intereses de todo el campo socialista para acelerar el avance general hacia el comunismo.

La consolidación económica de los países socialistas no es consecuencia de ninguna concepción política subjetiva que les haya sido impuesta desde fuera. Esta consolidación es una necesidad objetiva, dictada por las exigencias del desarrollo de las fuerzas productivas en presencia y del sucesivo progreso científico y técnico en el sistema económico socialista mundial.

En nuestra época, el desarrollo de la producción adquiere un creciente carácter internacional y exige el empleo mancomunado de las fuerzas y recursos de los distintos países. No obstante, esta tendencia se abre camino a duras penas en la economía capitalista mundial, desgarrada por las contradicciones y en la que los grupos monopolistas del puñado de Estados más desarrollados aprovecha con mezquinos fines de lucro la tendencia objetiva hacia la agrupación de los recursos de los diversos países, en perjuicio de los pueblos que

constituyen la inmensa mayoría de la población del mundo capitalista. Sólo en el sistema socialista mundial la consolidación económica responde a los intereses de todos los pueblos y conduce al florecimiento de la economía de todos los países.

La diferencia de principio del carácter de los vínculos económicos internacionales en los dos sistemas sociales mundiales se pone de manifiesto, por ejemplo, al confrontar la división internacional del trabajo socialista y capitalista. En el sistema económico socialista mundial no cabe una división del trabajo en la que unos países desempeñen el papel de apéndices agrarios y bases de materias primas de otros países. En el proceso del desarrollo de la división internacional socialista del trabajo, en todos los países socialistas se crea una economía muy ramificada, se forma un complejo económico nacional racionalmente estructurado, que comprende tanto a la agricultura como a la industria, con un peso específico de esta última que aumenta sin cesar, y progresan paralelamente las ramas industriales extractivas y de transformación.

Un rasgo determinante de la división internacional del trabajo en el sistema económico capitalista mundial es la especialización de los países subdesarrollados en una o dos ramas de la agricultura o de la industria extractiva. Siendo de advertir que, pese a las manifestaciones de muchos economistas burgueses, el monocultivo, lejos de facilitar el aprovechamiento racional de los recursos naturales de dichos países y de reportarles algún beneficio, es la causa principal de su atraso, del nivel sumamente bajo de la productividad del trabajo y de las ínfimas proporciones de la renta nacional por habitante.

La intensificación de las relaciones económicas entre los países socialistas reporta una mayor productividad del trabajo en cada uno de ellos, fortalece su economía y coadyuva a la victoria del socialismo en la emulación económica pacífica con el capitalismo. A medida que progresan la ciencia y la técnica y que se eleva el nivel de las fuerzas productivas, en cada país socialista mejora la estructura ramificada de la economía. La especialización y la cooperación internacional, que son recíprocamente ventajosas y acrecientan la eficiencia económica de la producción, desempeñarán el papel principal en el ahorro de trabajo social en la escala de todo el campo socialista.

Mas entiéndase que los vínculos mutuos entre los países

del sistema socialista mundial no se reducen ni mucho menos a la colaboración mutuamente ventajosa y en pie de igualdad. Su rasgo característico es la interayuda fraternal, en particular el múltiple apoyo que se presta por los países más desarrollados en el sentido económico a los que todavía no han superado el atraso que les legó el capitalismo.

Al éxito de la construcción del socialismo en los países de democracia popular contribuyen en enorme medida la desinteresada ayuda material de la Unión Soviética y el aprovechamiento de sus grandiosas realizaciones científicas y técnicas, que han sido posibles dado el alto nivel de desarrollo de las fuerzas productivas de la URSS.

La construcción de la base técnico-material del comunismo en la URSS coadyuvará en alto grado a acelerar el ritmo de aumento de la base económica del socialismo mundial. En los próximos veinte años, la Unión Soviética hará inversiones por una suma aproximada de dos trillones de rublos nuevos y conseguirá un incremento de la producción industrial en seis veces, por lo menos, y de la producción agropecuaria, en unas tres veces y media. En el Programa del PCUS se señala con pleno fundamento que «la construcción del comunismo en la URSS responde a los intereses de cada país de la comunidad socialista, pues multiplica el poderío económico y la capacidad de defensa del campo socialista mundial, y crea posibilidades cada vez mayores de incrementar la cooperación económica y cultural de la URSS con los demás países socialistas y de prestar ayuda y apoyo a estos países».

El Programa del PCUS parte de que la edificación del comunismo en la URSS no sólo es una tarea nacional, sino también un deber internacional del pueblo soviético. Esta grandiosa tarea histórica es inseparable de la lucha de todos los pueblos del campo socialista por el socialismo y el comunismo. A despecho de todos los ataques calumniosos de los ideólogos del imperialismo, así como de todo género de renegados del marxismo-leninismo, toda la actividad del PCUS y del pueblo soviético está movida por el afán de que las victorias de la URSS en la edificación comunista faciliten y aceleren el avance de los demás países socialistas.

Este apoyo será la consecuente prolongación de la ayuda moral, política y material que la URSS ha prestado y presta a los países hermanos, limitando en cierto grado sus propios recursos. Basta citar como ejemplo que la Unión Soviética ha concedido a los países de democracia popular, en con-

diciones sumamente favorables, créditos y empréstitos cifrados en 7.800 millones de rublos. A expensas de los créditos soviéticos, en varios países socialistas se ha financiado una parte considerable de sus inversiones, sin hablar ya de otras formas de ayuda que han recibido de la URSS, como, por ejemplo, en el dominio de la ciencia y de la técnica.

Los países socialistas deben afanarse por aprovechar con el máximo efecto las posibilidades de desarrollo acelerado de la economía nacional que dimanan de la existencia del sistema socialista mundial y de las ventajas de la división internacional socialista del trabajo. La cooperación cada vez más amplia con los países socialistas es una de las premisas fundamentales del feliz desarrollo de la economía checoslovaca. El primer lugar en esta cooperación lo ocupa la Unión Soviética, que, entre otras cosas, cubre en gran parte nuestras necesidades de materias primas, tales como minerales, petróleo y otras. Al fortalecerse el sistema socialista mundial, los países que lo integran han empezado a adoptar formas más elevadas de cooperación, como, por ejemplo, el desarrollo conjunto de la industria extractiva.

Merced a la cooperación multilateral entre los países socialistas se aprovechan más plenamente los recursos internos de cada uno de ellos, aumenta la efectividad de las inversiones, se eleva la productividad del trabajo y se alcanza un alto y persistente ritmo de incremento del producto social.

Por eso, todo acto que dificulte el robustecimiento de la cooperación económica de los países socialistas y cualquier tentativa de desarrollo económico aislado causarán daño a la construcción socialista del país en cuestión y al fortalecimiento de la base económica mundial del socialismo. Tales tentativas están en pugna con las leyes de desarrollo de la producción socialista, privan a ese país de las ventajas que le reporta su pertenencia al sistema económico socialista mundial y quebrantan su independencia económica y técnica respecto al sistema capitalista.

Sólo la fiel observancia del principio del internacionalismo socialista en la esfera de las relaciones económicas exteriores permite a los países socialistas acelerar la solución de las tareas cardinales de la edificación económica. En el sistema socialista mundial es característico para todos los países, incluso para los que antes eran atrasados en el sentido económico, un rápido y armónico desarrollo de la economía nacional. Asistimos a una elevación de los países antes atrasados hasta el nivel de los avanzados y a una igualación de la línea general de desarrollo de todos los países del campo socialista. Esta nivelación constituye uno de los rasgos más distintivos del proceso de reforzamiento de la base económica del socialismo mundial. Crea las condiciones materiales para el paso más o menos simultáneo, dentro de una misma época histórica, de los países del sistema socialista mundial al comunismo.

A este propósito es necesario analizar profundamente todos los factores que permiten reducir los plazos de la construcción del socialismo. Apoyándose en las leyes fundamentales de los procesos que se operan en el sistema socialista mundial, leyes que analiza el Programa del PCUS, es preciso determinar el ritmo máximo y las proporciones del desarrollo de la economía, estudiar las vías de formación de la economía comunista mundial, las perspectivas de desenvolvimiento de las relaciones políticas entre los países socialistas, de los vínculos entre las naciones, etc. Esto permitirá aumentar el aporte de cada país a la causa común de la construcción del socialismo y del comunismo, elevar la eficiencia de la cooperación económica de los países socialistas y reforzar más aún la cohesión de todo el campo socialista.

Un factor decisivo del victorioso avance de los países del sistema socialista mundial por la senda del comunismo es su creciente unidad.

«¡Proletarios de todos los países, uníos!»: este lema de combate de la clase obrera internacional ha cobrado en nuestros días mayor actualidad aún de la que tuvo hace más de un siglo, cuando lo lanzaron Marx y Engels. Es incuestionable la necesidad de seguir fortaleciendo la solidaridad y la unidad internacionales con vistas a la edificación del socialismo y del comunismo y al desarrollo del sistema socialista mundial. «La cohesión de los partidos comunistas y obreros y de los pueblos de los países socialistas y su unidad y fidelidad a la doctrina marxista-leninista son la cantera principal de la fuerza y la invencibilidad de cada país socialista y del campo socialista en su conjunto», se dice en la Declaración de la Conferencia de Moscú de los representantes de 81 partidos comunistas y obreros.

La propia vida, la situación internacional, exigen imperiosamente una conjugación todavía más estrecha de los esfuerzos de los países socialistas. Tan sólo las fuerzas conjuntas del campo socialista pueden garantizar firmemente a cada país socialista contra todo ataque de la reacción imperialista.

Las relaciones entre los países de la comunidad socialista descansan en el principio del internacionalismo proletario. Este principio cimenta la unidad de los países socialistas y la hace inquebrantable. La cohesión de los países socialistas y su unidad cada vez más vigorosa aseguran el triunfo completo del socialismo en todos los países del campo socialista y su paso a la edificación del comunismo.

Esta cohesión de los países que recorren el camino de la construcción del socialismo y del comunismo no es producto de cualquier consideración circunstancial, de coyuntura. Es una ley objetiva, que dimana de la naturaleza común de las bases sociales, económicas y políticas de los países socialistas, de la comunidad de su ideología, de sus intereses y objetivos. Esta cohesión se asienta sobre la cooperación mutua en el avance hacia la meta común: el comunismo.

Los fundadores del marxismo-leninismo entendían que el paso del capitalismo al socialismo no era un limitado proceso nacional, sino un proceso lógico universal. A lo largo de todo este proceso —hoy y mañana— cada país socialista, grande o pequeño, tiene necesidad de la ayuda de los demás países socialistas, de todo el campo socialista. Y hoy resuena con renovado vigor la advertencia de Marx acerca de que «el olvido de los lazos fraternales que deben existir entre los trabajadores de los diferentes países y que deben incitarles a sostenerse unos a otros en todas sus luchas por la emancipación, es castigado con la derrota común de sus esfuerzos aislados».

La necesidad de la alianza más sólida entre los países del sistema socialista mundial y de la mancomunidad de sus esfuerzos en la construcción del socialismo y del comunismo se ve confirmada por toda la experiencia internacional, que ha encontrado su profunda expresión en el nuevo Programa del PCUS. Esta experiencia proclama que en el curso del desarrollo del sistema socialista mundial y de sus fuerzas productivas se produce un acercamiento constante de las diferentes economías nacionales. Con la circunstancia, como advirtió Lenin sobre la base de un profundo análisis de las leyes del desarrollo social, de que se manifiesta la tendencia hacia la futura creación de una economía comunista mundial, regulada por los trabajadores conforme a un plan único.

Tal es la línea principal de desarrollo de las relaciones entre los países socialistas. Está en consonancia con los intereses vitales de los pueblos de estos países, ya que acelera el desarrollo de sus economías y la elevación del bienestar

material de los trabajadores. Por el contrario, la línea tendiente a aislarse, a construir el socialismo al margen de la comunidad mundial de países socialistas, perjudica, como muestra el ejemplo de Yugoslavia, los intereses generales de la comunidad socialista y, en primer lugar, de todo el pueblo del país que se aisla del sistema socialista. El nacionalismo es una de las causas esenciales de toda tendencia al aislamiento. Por eso, la lucha intransigente contra las supervivencias de nacionalismo y de estrechez nacional es una de las condiciones más importantes para la consolidación de la unidad del campo socialista, factor decisivo del feliz desarrollo del sistema socialista mundial. Tan sólo el país socialista que marche unido en frente único con los demás países socialistas podrá resolver completamente todas sus tareas económicas y políticas y contribuir a la victoria en la emulación económica pacífica entre el socialismo y el capitalismo.

Mas la lucha por el fortalecimiento de la unidad y por la cohesión de la comunidad socialista no puede quedar circunscrita al marco económico. Esta unidad abarca otros aspectos no menos importantes, entre ellos el de la política exterior. El problema de la paz y de la guerra es el más apremiante de nuestra época. A nosotros, los comunistas, y a la clase obrera internacional la historia nos ha hecho depositarios de una gran misión: cerrar el paso a la guerra, poner a la humanidad a salvo de la catástrofe termonuclear que le amenaza. A este propósito, ¿cuál debe ser la línea general de la política exterior de los Estados socialistas?

Las conferencias de representantes de los partidos comunistas y obreros celebradas en Moscú en 1957 y en 1960 —que fueron las asambleas internacionales más representativas y amplias de toda la historia del movimiento comunista mundial— se pronunciaron unánimemente por la coexistencia pacífica de todos los Estados, cualquiera que sea su sistema político y social. «Estando el mundo, como está, dividido en dos sistemas —se decía en la Declaración de la Conferencia de 1960—, el único principio justo y racional en las relaciones internacionales es el de la coexistencia pacífica de los Estados con distinto régimen social, planteado por V. I. Lenin y desarrollado en la Declaración de Moscú y en el Manifiesto de la Paz de 1957, así como en las resoluciones de los congresos XX y XXI del PCUS y en los documentos de otros partidos comunistas y obreros.» La misma actitud adoptó el XXII Congreso del PCUS, donde la política exterior leninista

de la Unión Soviética obtuvo el pleno apoyo de todos los partidos hermanos que defienden las posiciones del marxismo creador.

Oponerse a la línea general de la política exterior de los países de la comunidad socialista significa, en esencia, quebrantar la unidad de los países socialistas y, más aún, quebrantar la unidad de todo el movimiento comunista internacional. Esta es precisamente la actitud errónea adoptada por la dirección del Partido Albanés del Trabajo, que lucha contra el movimiento comunista internacional y, ante todo, contra el Partido Comunista de la Unión Soviética, vanguardia probada y reconocida de este movimiento. Enver Hoxha ha llegado a acusar calumniosamente al Partido Comunista y al Gobierno de la Unión Soviética de que «temen al imperialismo» y que de ese temor provienen las dilaciones en el arreglo del problema alemán. Les ha acusado de oportunismo, que, según él, se expresa en el hecho de que los dirigentes soviéticos consideren la coexistencia pacífica como la línea general de la política exterior de los países socialistas.

Otro blanco de los ataques de los dirigentes albaneses contra el PCUS y el movimiento comunista internacional, solidarizado totalmente con él, es la enérgica acción emprendida por el PCUS para liquidar todas las consecuencias del culto a la personalidad de Stalin. No cabe duda de que la crítica abierta e intransigente del culto a la personalidad de Stalin y la lucha por el restablecimiento de las normas leninistas en la vida del Partido y del Estado después del XX Congreso del PCUS han ejercido una influencia favorable en toda la vida de los países socialistas y, en particular, de los partidos comunistas y obreros de estos países, entre ellos nuestro país y el Partido Comunista de Checoslovaquia. El movimiento obrero internacional aprecia altamente la gran labor realizada por el PCUS en sus XX y XXII congresos para poner al desnudo el culto a la personalidad y sus consecuencias. Por ello, los partidos hermanos han aprobado por entero las medidas del PCUS sobre este problema. La crítica a que fue sometido el culto de la personalidad hace seis años, en el XX Congreso del PCUS, y continuada en el XXII, la acogieron como una manifestación del profundo sentido de responsabilidad del PCUS por los destinos del movimiento comunista internacional. Se ha fortalecido más aún el prestigio del PCUS entre los demás partidos comunistas y obreros.

Ante esto reaccionaron de otro modo los dirigentes del Partido Albanés del Trabajo. Emprendieron la lucha contra la línea orientada a superar las perniciosas consecuencias del culto de la personalidad. Por tanto, los dirigentes albaneses han violado en esta cuestión las decisiones de las conferencias de los partidos hermanos celebradas en 1957 y 1960, que, como es sabido, aprobaron enteramente esa línea. Los dirigentes del Partido Albanés del Trabajo han asestado un golpe a la unidad del campo socialista y de todo el movimiento comunista internacional, se han apartado de la vía de la unidad. Los partidos comunistas y obreros ven en esta conducta de los dirigentes albaneses el intento de defenderse ante todo a sí mismos, pues es sabido que en Albania se persigue a los comunistas honrados que se atreven a criticar a Hoxha y a Shehu. La brutal represión es lo único que impide a las fuerzas sanas del Partido Albanés del Trabajo y del pueblo albanés apartar a los dirigentes que se han lanzado a escindir el movimiento comunista mundial.

El PCUS y otros partidos hermanos han hecho todo cuanto estaba a su alcance para que la dirección del Partido Albanés del Trabajo se reintegrara al buen camino. También nuestro Partido, en diferentes cartas y declaraciones, puso en guardia contra las graves consecuencias de la errónea y nociva actividad de los dirigentes albaneses y señaló a éstos su responsabilidad ante el campo socialista y el movimiento comunista mundial. Por desgracia, estos esfuerzos no dieron ningún resultado. Es más, los dirigentes albaneses adoptaron en el IV Congreso del Partido Albanés del Trabajo una línea abiertamente antisoviética.

He ahí hasta dónde lleva el nacionalismo, la estrechez nacional. Esta lamentable experiencia de los últimos tiempos muestra una vez más la necesidad de sostener una lucha implacable contra todas las manifestaciones de nacionalismo, pues no es obligatorio en modo alguno que el nacionalismo se manifieste únicamente como revisionismo; puede adquirir también un aspecto exterior diametralmente opuesto, al parecer, y puede ser dogmatismo osificado y rutinario, que mata todo brote de vida y de progreso social.

El Comité Central del PCCh decidió hace varios meses modificar el carácter de las relaciones económicas entre la República Socialista Checoslovaca y Albania, cuyo rasgo distintivo era la ayuda unilateral por parte nuestra, para basarlas en adelante exclusivamente en la conveniencia comercial recíproca. En diciembre de 1961, y en vista de que las autoridades

albanesas habían tomado una serie de medidas encaminadas a impedir la actividad normal del embajador checoslovaco en Tirana, el Gobierno checoslovaco decidió que éste regresara a su país, declarando a su vez indeseable la presencia ulterior en Checoslovaquia del embajador albanés, que había utilizado la representación albanesa en Praga y su aparato en perjuicio de los intereses del campo socialista.

Después del XXII Congreso del PCUS, en numerosos partidos se han celebrado plenos de los comités centrales, que han expresado su completo acuerdo con las decisiones del Congreso sobre política interior e internacional, así como sobre la organización y la vida interna del Partido. Ha sido aprobada la orientación hacia la lucha resuelta desde posiciones leninistas contra el culto de la personalidad y sus consecuencias, contra el revisionismo y el dogmatismo. Estos plenos, lo mismo que el propio Congreso, han evidenciado que en las filas de la comunidad socialista de naciones y de todo el movimiento comunista se acentúa la tendencia al fortalecimiento ulterior de la unidad y de la solidaridad internacional.

Las labores del XXII Congreso del PCUS, como ha señalado el camarada Novotny en su informe al Pleno del Comité Central del PCCh, han venido a probar en forma aún más categórica que los congresos del PCUS constituyen una tribuna cada vez más importante del movimiento comunista internacional y que todos los destacamentos de este movimiento pueden obtener en ellos nuevas experiencias de lucha.

El Pleno del CC del PCCh ha hecho constar en su resolución que «el XXII Congreso del PCUS representa un importante hito histórico no sólo en la vida del PCUS, sino también en el desarrollo y la vigorización del movimiento comunista internacional y de la unidad de los países socialistas en la lucha por el triunfo de la paz, la democracia y el socialismo en el mundo entero».

(Publicado en el núm. 1 de 1962 de REVISTA INTERNACIONAL)

EL PROGRAMA DEL PCUS Y LAS PERSPECTIVAS DEL CAPITALISMO EN INGLATERRA

JOHN GOLLAN

Secretario General del Comité Ejecutivo del Partido Comunista de Gran Bretaña

La enorme importancia que el Programa del PCUS reviste para el movimiento comunista mundial reside no sólo en que ha trazado el camino de la edificación del comunismo, sino también en que contiene un análisis de la etapa presente de la crisis general del capitalismo. La situación en los países capitalistas se caracteriza, como señala el Programa, por una exacerbación de las contradicciones del capitalismo monopolista, por la descomposición de su sistema económico y político, por la degradación de su política y de su ideología. Por otra parte, subraya el Programa, prosigue el crecimiento de las fuerzas de la democracia y el socialismo. El análisis de las tendencias actuales del capitalismo inglés y del desarrollo del movimiento obrero en nuestro país confirman plenamente estas conclusiones.

Inglaterra —el más viejo país imperialista— es uno de los lugares donde se entrelazan las contradicciones que caracterizan al capitalismo en la época de su crisis general. El ocaso del imperialismo, al que hace referencia el Programa, resalta con particular evidencia en el ejemplo de Inglaterra. Después de la primera guerra mundial, dejó de ser el país que iba a la cabeza del mundo. Ahora, transcurridos 16 años de la terminación de la segunda conflagración universal, y arrastrada a la «alianza de la guerra fría» (la OTAN), en la que dominan los Estados Unidos, Inglaterra se enfrenta con gravísimos problemas.

En realidad, el principal objetivo estratégico del capital monopolista inglés consiste en tratar de recobrar las posiciones perdidas en el sistema del imperialismo mundial, pero se ve

obligado a hacerlo cuando las condiciones históricas para ello han pasado hace tiempo.

De aquí se desprenden cuatro consecuencias contradictorias fundamentales:

1) Los intentos de la oligarquía financiera inglesa de conservar Londres como centro financiero del imperialismo, en oposición a los centros norteamericano y germanooccidental, conducen de hecho a agravar su aplicación política y militar ante sus competidores. Pese a que los imperialistas se han unido contra el mundo socialista, la profundas contradicciones interimperialistas, como indica el Programa, no se debilitan, sino que, por el contrario, se hacen cada vez mayores. La incorporación de Inglaterra al Mercado Común habrá de introducir cambios cardinales en el sistema tradicional del bloque de la libra esterlina y en el sistema de preferencias de los países de la Commonwealth (Comunidad Británica de Naciones) o bien habrá de llevar al desmoronamiento completo de tales sistemas.

2) La acción de estos factores y la creciente carga de los gastos militares vinculados a la estrategia nuclear de la OTAN y al mantenimiento de tropas en las colonias, conducen en fin de cuentas a un estancamiento económico. Pese a ciertos progresos alcanzados en determinadas esferas, el capitalismo monopolista —como señala con toda razón el Programa— ha condenado en definitiva a la sociedad burguesa a un ritmo lento de desarrollo de la producción.

3) La concentración del capital monopolista está adquiriendo ahora en Inglaterra formas extremas; el capitalismo monopolista de Estado, como indica el Programa, se está desarrollando en amplia escala.

4) El ataque integral de los monopolios contra los salarios y el nivel de vida de los trabajadores ha provocado una tal agravación de la lucha de clases que se está creando una nueva situación política, entre cuyos elementos figura una crisis de la socialdemocracia que habrá de tener consecuencias de largo alcance.

LA SITUACION ECONOMICA EN INGLATERRA

La particular agudeza de los actuales problemas económicos refleja el relativo debilitamiento del papel internacional de Inglaterra en comparación con los Estados Unidos y Alemania Occidental. A mediados del año pasado, el *Times* londinense escribía en un editorial: «Durante más de un siglo, Inglaterra tuvo la posibilidad de hacer amplio uso de la exportación "invisible" para equilibrar su comercio exterior. En diez de los últimos quince años, este ingreso invisible —formado por los fletes que pagaban los usuarios extranjeros de barcos ingleses, los gastos que realizaban en Inglaterra los turistas, los intereses, beneficios y dividendos proporcionados por nuestras inversiones de ultramar y las ganancias obtenidas de los innumerables servicios financieros de la City de Londres— bastó para convertir en saldo activo el déficit del comercio visible... El ingreso neto que esto proporcionó hace diez años rebasó los 400 millones de libras esterlinas. En 1960 descendió a 22 millones, la cifra más baja desde 1947. Ahora se encuentra en peligro de desvanecerse.» Este artículo, significativamente titulado «¿Qué es lo que ha andado mal?», podría servir de epitafio a toda la política de posguerra del imperialismo británico.

Los gastos militares en el extranjero a consecuencia de la guerra fría se han duplicado en diez años, alcanzando en 1961 la cifra de 215 millones de libras esterlinas. Inglaterra, que en tiempos fuera la primera potencia marítima, gasta en la navegación más de lo que gana con ella. El pago de intereses y beneficios a los capitales extranjeros invertidos en Inglaterra y la deuda exterior absorben gran parte de los ingresos que la expoliación imperialista importa del extranjero. Los beneficios proporcionados por los servicios financieros de la City de Londres, pese a figurar todavía en el haber de la balanza de pagos, han dejado de incrementarse. Todo esto ha dado lugar a un brusco viraje en la política inglesa, cuya expresión es el acuerdo de entablar negociaciones con vistas al ingreso de Inglaterra en el Mercado Común.

Con el fin de recuperar su antigua posición en el sistema del capitalismo mundial, el capital financiero inglés ha tomado después de la segunda contienda universal una serie de medidas. La exportación de mercancías adquirió enormes proporciones; se reanudó en gran escala la exportación de capitales; fue creada el arma nuclear inglesa «independiente»; se iniciaron guerras coloniales destinadas a mantener el dominio en las colonias. Como la alianza anglo-norteamericana agrupa a dos potencias que compiten entre sí, las medidas inglesas han estado enfiladas ante todo contra el imperialismo norteamericano. En el centro de esta estrategia figuraban los esfuerzos para impedir la devaluación de la libra, y pese a la devalua-

ción sufrida en 1949, se persistió en esta política. Pero desde entonces han menudeado las crisis de la balanza de pagos. De 1952 a 1960, el saldo activo total de las llamadas «cuentas corrientes» de la balanza de pagos rebasó apenas los 1.000 millones de libras esterlinas, mientras que las exportaciones de capital a largo plazo pasaron de los 2.000 millones. El déficit fue cubierto a expensas de las reservas y de los empréstitos a corto plazo.

Cuando los Estados Unidos presionaron a Inglaterra para que ingresara en el Mercado Común, tropezaron con una encarnizada oposición. La contramedida inglesa consistió en formar la Zona Europea de Libre Cambio (ZELC), en oposición al Mercado Común.

El 7 de abril de 1961, MacMillan, al hablar en el Instituto Tecnológico de Massachusetts (EE.UU.), utilizó los antagonismos intercapitalistas para intimidar a los Estados Unidos. El problema consiste, dijo, «en cómo vamos a financiar el siempre creciente volumen del comercio y de la ayuda. Si nuestros acuerdos monetarios son malos o han quedado anticuados, no podremos conseguir lo que nos proponemos. Nos estancaremos en lugar de avanzar. Y el capitalismo tiene que avanzar o perecer... Las consecuencias de la división económica de Europa Occidental (entre los Seis y los Siete. — *J. G.*) apenas empiezan a dejarse sentir en la esfera política. Pero si esta división persiste, la grieta política se hará inevitablemente más ancha y más profunda, lo que, tarde o temprano, terminará por afectar a nuestra alianza militar y a su potencia. La grieta se convertirá en una llaga que acabará por corroer el corazón mismo de la alianza occidental.» La amenaza oculta aparece aquí con toda claridad. Sin embargo, unos meses más tarde la clase gobernante inglesa tomó la decisión de liquidar virtualmente la ZELC e iniciar las negociaciones con el Mercado Común. La causa de este cambio fue el brusco empeoramiento de la situación económica de Inglaterra en el ámbito internacional como consecuencia de aquella misma política que estaba llamada a restablecer las antiguas posiciones de la City londinense.

El colapso que estuvo a punto de sufrir Inglaterra en 1961 se perfiló desde 1960. Entonces ya se produjo un enorme déficit de la balanza de pagos, agravado por la exportación de capital inglés a largo plazo. El déficit global se elevó por aquella época a 535 millones de libras esterlinas. Se encontró una salida temporal de la situación mediante una considerable importación de capitales extranjeros a corto plazo, a los que se atrajo con una alta cuota de interés bancario.

Pero a fines de 1960 comenzó un movimiento de reflujo de estos capitales que puso en peligro las bases de la libra esterlina. Siguió a continuación lo que la revista *The Economist* describió como «el mayor drenaje especulativo sufrido por la libra esterlina o por cualquier otra divisa». El colapso total fue evitado mediante empréstitos a corto plazo por valor de unos 325 millones de libras, proporcionados por los bancos centrales europeos, y un crédito del Fondo Monetario Internacional de 1.500 millones de dólares (536 millones de libras esterlinas). Esto ayudó a resolver los problemas inmediatos, y en el verano de 1961 el Gobierno conservador adoptó nuevas medidas con el fin de hallar una solución más estable.

En primer lugar, el Gobierno ha tomado la iniciativa en la aplicación de la política llamada de la «pausa salarial», negándose a elevar los salarios de todos los trabajadores pagados con fondos públicos y exhortando a los patronos a no dar satisfacción a las reivindicaciones de los obreros. La congelación de los salarios es aplicada no sólo a los trabajadores manuales, sino también a los maestros, funcionarios públicos y otros trabajadores intelectuales. Esto prueba la decisión de los monopolistas de defender sus propios intereses a costa de amplios sectores de la población con cuyo apoyo político habían contado en otros tiempos.

En segundo lugar, se ha elevado el tipo del descuento bancario, se ha restringido el crédito y se han establecido nuevos impuestos indirectos, lo que ha conducido al encarecimiento de la vida y al descenso del salario real. De este modo, la «pausa salarial» hará aumentar en forma directa los beneficios de los monopolios.

En tercer lugar, se ha hecho una serie de «economías» en los servicios sociales, suprimiendo, en particular, los subsidios que se concedían a ciertos productos especialmente necesarios para la alimentación de los niños.

En cuarto lugar, el Gobierno ha anunciado su decisión de solicitar el ingreso en el Mercado Común, lo que equivale a reconocer la derrota total de la política de «los Siete de fuera», a supeditar los intereses nacionales de Inglaterra al grupo de países encabezados por la Alemania de Adenauer y la Francia de De Gaulle, a sacrificar los intereses de los países de la Commonwealth y a poner en peligro la situación de los granjeros ingleses.

Finalmente, el Gobierno ha anunciado su intención de crear el llamado Consejo Nacional de Desarrollo Económico, integrado por representantes de los monopolios y de los sindicatos y cuya misión será recoger informaciones sobre la situación económica, «planificar» la economía y fijar cada año un tope para la elevación de los salarios.

Estas medidas drásticas testimonian *la debilidad del imperialismo británico* y sus desesperados intentos para fortalecer sus posiciones interiores y exteriores, a fin de poder seguir aplicando la desastrosa política que ha llevado al estancamiento de la economía inglesa y a la crisis crónica de la balanza de pagos. Evidentemente, el imperialismo británico ya no es capaz de recobrar sus antiguas posiciones. En realidad, las medidas tomadas han llevado a resultados opuestos, concretamente a las negociaciones para ingresar en el Mercado Común.

El Gobierno conservador plantea como condición en estas negociaciones la necesidad de un acuerdo sobre las relaciones especiales que dentro de la estructura del Mercado Común habrían de mantenerse entre Inglaterra y los países de la Commonwealth. En la actualidad, el 40% del comercio exterior inglés corresponde a los países de la Commonwealth, cuyos primeros ministros se oponen a que los intereses específicos de sus países sean sacrificados para resolver los problemas de los monopolios ingleses. El carácter especial de la producción de estos países (productos agropecuarios y materias primas) excluye casi toda posibilidad de que puedan encontrar salida a sus productos en los países del Mercado Común. Si el actual sistema de preferencias se ve sustancialmente alterado a consecuencias de las negociaciones con el Mercado Común, los países de la Commonwealth no se sentirán obligados por los acuerdos concertados. Al mismo tiempo, es dudoso que el Mercado Común acepte el mantenimiento del sistema de preferencias de la Commonwealth. Las contradicciones son, pues, evidentes y, por ahora, insolubles.

Tras el fracaso de los intentos realizados para mantener el grupo económico de los Siete como rival frente al Mercado Común, se produjo una nueva *capitulación política* ante los Estados Unidos y Alemania Occidental. A cambio de la «ayuda» norteamericana, Inglaterra aceptó el estacionamiento en sus bases de submarinos atómicos equipados con cohetes «Polaris». Desde el momento en que los cohetes intercontinentales y los otros medios de conquistar el espacio se han convertido en los factores dominantes de la estrategia nuclear, la llamada arma nuclear inglesa «independiente» ha perdido toda significación. Los altos gastos que reclama la conquista del espacio rebasan las posibilidades de Inglaterra. Esto explica la decisión de poner la isla de Christmas a disposición de los Estados Unidos para las nuevas pruebas nucleares, la completa dependencia respecto del programa norteamericano de lanzamiento de satélites, así como también los intentos de elaborar un programa subsidiario «europeo» de investigaciones espaciales.

Pero aún es más amenazadora la creciente capitulación de Inglaterra ante el militarismo germanooccidental a cambio del «apoyo» de Adenauer al ingreso de Inglaterra en el Mercado Común. Esta capitulación ha sido anunciada por la designación de Lord Home, conocido muniquista, para el puesto de ministro de Relaciones Exteriores; por el apoyo de Inglaterra a la línea «dura» en la cuestión de Berlín, por el acuerdo para el entrenamiento de tropas germanooccidentales en territorio inglés y por el estrechamiento de la cooperación militar anglo-germanooccidental.

El problema del Mercado Común aún no ha sido resuelto. El Gobierno conservador insiste en obtener una situación especial para el imperialismo inglés. En la clase gobernante han surgido discrepancias a este respecto. La oposición popular al Mercado Común es cada vez mayor.

Una de las consecuencias de la política de las clases gobernantes inglesas ha sido el ritmo extraordinariamente bajo del conjunto de la economía del país, pese al progreso técnico en unos u otros sectores. De 1955 a 1958, la producción industrial ha permanecido estancada. Luego aumentó un 10 por ciento en la primavera de 1960, para volver a estancarse entre abril de 1960 y marzo de 1961. De abril a julio de 1961, el índice oficial de la producción industrial pasó de 121 a 125 puntos, para retroceder en octubre a 120. En diciembre del pasado año, en el *Bulletin for Industry,* publicación oficial del Gobierno, leemos: «Se observa un fenómeno bastante general de descenso de la actividad, del que quedan exceptuadas la producción de bienes de equipo para las construcciones mecánicas, la industria de la construcción y las industrias asociadas a ésta.»

La industria del automóvil permanece estancada desde 1960; la de construcciones navales ha disminuido considerablemente su actividad desde 1959; la fundición de acero en 1961 fue de 22 millones de toneladas, o sea unos 4 millones de tonela-

das menos que la capacidad de producción. La extracción de carbón sigue bajando, en parte a consecuencia del descenso de la producción de acero y en parte por el aumento del consumo de petróleo. La exportación inglesa sufrió un ligero descenso el año pasado, y continúa bajando la parte correspondiente a Inglaterra en el comercio capitalista mundial. El número de desocupados ascendió el invierno pasado a medio millón de personas.

Pero en aquellas ramas de la industria cuya producción sigue aumentando, los beneficios son mayores que nunca. Un resumen publicado por la revista *Financial Times* muestra que se incrementan cada año; en 1961, los beneficios de las principales compañías superaron las cifras del año anterior en 200 millones de libras esterlinas.

La *concentración del capital* ha alcanzado un nivel nunca visto en Inglaterra. En 1960 se fusionaron voluntariamente o fueron obligadas a hacerlo firmas con un activo total de 560 millones de libras esterlinas. En 1961, los activos globales de las firmas fusionadas representaron 866 millones de libras. Gigantescos monopolios luchan entre sí por engullirse unos a otros. Si el gran trust de la industria química Imperial Chemical Industries consigue absorber al Cortaulds, se formará un supertrust con un capital de 1.000 millones de libras. Se trata de una *nueva fase* de la concentración monopolista.

El proceso de concentración no se limita a la producción: las grandes compañías comerciales están absorbiendo a las más pequeñas y a los comercios aislados; están fusionándose las compañías inmobiliarias (de compra-venta de tierras y casas). La «absorción» y fusión de periódicos y revistas ha dado origen a la formación de poderosos «imperios» de la prensa, que están extendiendo sus tentáculos hacia nuevos Estados independientes, como Ghana y Nigeria. También se han producido importantes fusiones entre las editoriales y las compañías cinematográficas.

Así, mientras que la situación económica general se mantiene más o menos estancada, sigue acentuándose la concentración de la propiedad en la industria, el comercio y los medios de influenciar la opinión. Los monopolios tienden a eliminar la competencia, a concentrar la producción y a modernizar el equipo, con el fin de fortalecer sus posiciones en la lucha presente y futura por la conquista de los mercados. Es una especie de preparación para el ingreso de Inglaterra en el Mercado Común.

La tarea principal que los monopolios imponen al Estado sometido a ellos es la de *fortalecer sus posiciones con respecto a la clase obrera* mediante la congelación de los salarios en aras de los «intereses nacionales», mientras sube el coste de la vida y se hacen «economías» en los servicios sociales.

El Partido Conservador es el partido tradicional del capitalismo monopolista inglés. Y no sólo porque sus líderes más conspicuos sean propietarios de acciones de los grandes consorcios, sino porque el aparato del Estado es cada vez menos un instrumento del conjunto de la clase capitalista y cada vez más un instrumento de los grupos financieros dominantes. Lo corriente ahora es que los altos funcionarios del Estado se conviertan, al jubilarse, en miembros de los consejos de administración de los monopolios. Representantes directos de los monopolios forman también parte del Consejo Nacional de Desarrollo Económico, en el que, además de seis representantes de los sindicatos, figuran tres ministros, seis directores y gerentes de grandes consorcios, el presidente de la Comisión Británica del Transporte (ex director de Imperial Chemical Industries), el presidente de la Dirección Nacional de la Industria del Carbón, dos expertos en cuestiones económicas, uno de los cuales fue presidente de un gran Banco, y un alto funcionario público.

En vísperas de su designación, el Gobierno hizo pública una nueva declaración en la que de hecho reclamaba un descenso del salario real, señalando de un modo muy particular que los argumentos habituales para justificar las demandas salariales (aumento del coste de la vida, elevación de los beneficios o incremento de la productividad del trabajo) ya no serían aceptados. Y si en alguna rama de la industria se conceden mejoras salariales, éstas no podrán exceder del 2,5%. Sin embargo, el índice oficial del coste de la vida acusó en 1961 un aumento del 5%.

Así, pues, la perspectiva que la clase gobernante ofrece a todos los sectores de las clases trabajadoras es la siguiente: estancamiento o depresión en la economía, concentración monopolista de la producción, cierre o ruina de las empresas pequeñas tanto en la producción como en la distribución, aumento de la desocupación y empeoramiento general de las condiciones de vida de las masas. Y paralelamente a todo esto una mayor supeditación política de Inglaterra al imperialismo norteamericano y germanooccidental y una intensificación de los preparativos de guerra nuclear.

¡Qué contraste más patente con las perspectivas que se ofrecen a los pueblos de la Unión Soviética y de todos los países socialistas! El Programa de 20 años de la Unión Soviética —que será cumplido sin ningún género de dudas— prevé, como es sabido, una gran elevación de la producción y del nivel de vida de todas las capas de la población, la reducción de la semana laboral, el desarrollo integral de los servicios sociales, un inmenso progreso en la educación y la cultura y una participación todavía más amplia de las masas en la gobernación del país. Este contraste habrá de ejercer una creciente influencia sobre la conciencia y las acciones de los trabajadores ingleses en su lucha contra el Gobierno y los monopolios.

Los líderes derechistas del Partido Laborista y de los sindicatos están totalmente de acuerdo con la medidas del Gobierno. Para ellos, lo más importante ahora es mantener la alianza de la OTAN en contra del comunismo y, lo mismo que MacMillan, justifican esta política, calificándola de esencial para la «lucha exhaustiva contra el comunismo». Apoyan asimismo la política gubernamental de reducción de los salarios. En su documento programático titulado «Jalones de los años 60» dicen que la principal preocupación del futuro Gobierno laborista habrá de ser el incremento de las inversiones, por lo que tendrá que dirigirse a los obreros pidiéndoles que no exijan mejoramiento de salarios ni de servicios sociales mientras no llegue el momento oportuno para ello. Por lo demás, este documento, que define la política actual de los laboristas, propone tan sólo reformas secundarias en lo que respecta a la adquisición de tierras para la edificación de viviendas, a la educación y a la política fiscal, todo ello sin salirse de los actuales marcos del capitalismo monopolista.

Durante muchos años, los reformistas se vienen dedicando a difundir el mito de que el capitalismo ha cambiado de naturaleza y está dando automáticamente a los obreros la parte que les corresponde por el incremento de la producción. Sostienen que en Inglaterra sigue existiendo el «Estado del bienestar general», ligeramente debilitado tan sólo a causa de los errores cometidos por los *toríes;* que los monopolios sirven bien a la nación, y que la colaboración entre el trabajo y el capital monopolista en la realización de un plan económico común es la garantía del progreso de la clase obrera inglesa.

Los acontecimientos de estos últimos tiempos han deslustrado seriamente este panorama reformista. La ofensiva de los

monopolios, el contraste entre los beneficios récord y los salarios «congelados», los ataques a los principios mismos del «Estado del bienestar general», todo esto convierte el cuadro del «benevolente» y «reformado» capitalismo en una burda mixtificación. La elevación del nivel de vida de los trabajadores en estos últimos años es el resultado de causas bien precisas, entre las que cabe destacar la tesonera lucha por mejores condiciones de trabajo y mejores salarios; el incremento de los ingresos familiares debido a la mayor proporción de mujeres que trabajan; el aumento de las ventas a plazos, por las que los obreros compran más de lo que les permiten sus ingresos, o sea, a costa de sus futuros salarios. No cabe duda de que los progresos económicos y sociales alcanzados en los países socialistas han ejercido una influencia favorable sobre el cambio del nivel de vida de los trabajadores ingleses. Pero ahora todas las conquistas de los pasados años se encuentran en peligro.

Tal es la situación económica y política que sirve de fondo al despliegue de un movimiento de masas populares que en Inglaterra no se recuerda desde hace muchos años.

EL CONFLICTO ENTRE EL CAPITAL MONOPOLISTA Y EL PUEBLO INGLES

«La clase obrera —dice el Programa del PCUS— dirige el golpe principal contra los monopolios capitalistas. Todas las capas fundamentales de la nación están vitalmente interesadas en que se suprima la omnipotencia de los monopolios. Esto permite unir en un poderoso *torrente antimonopolista* todos los movimientos democráticos que se pronuncian contra el yugo de la oligarquía financiera.» En Inglaterra se va acentuando cada vez más la influencia de factores que coadyuvan al desarrollo del movimiento antimonopolista de la mayoría de la población.

La resistencia a la política de guerra fría, a las armas nucleares, a las bases norteamericanas, al rearme de la Alemania de Adenauer y al establecimiento en el país de bases de entrenamiento para las tropas germanooccidentales va incorporando a la acción a vastos sectores de la población inglesa.

Pese a que el movimiento está dividido en ciertas cuestiones políticas y de táctica, las marchas de protesta contra las

bases norteamericanas del Movimiento por el Desarme Nuclear y el Comité Inglés de la Paz, las manifestaciones sedentes organizadas por el Comité de los 100 que preside Lord Russell, la gran campaña de Escocia contra las bases norteamericanas de submarinos equipados con cohetes «Polaris», campaña organizada por representantes de las iglesias, los consejos municipales, las cooperativas y los sindicatos, así como los partidos Laborista y Comunista, la amplia publicidad que adquieren todas estas acciones pese a la barrera del silencio levantada por la prensa, la radio y la televisión, todo esto atrae a gran número de personas a la acción política de masas. Las autoridades se esfuerzan por impedir estas acciones, contra las que emplean la policía, las detenciones en masa, las multas elevadas, los encarcelamientos y la «Ley de Secretos Oficiales». Son numerosos los casos de violencias policíacas. Pero todas estas medidas no hacen más que elevar la conciencia política de las masas.

En este movimiento desempeña un papel importante la juventud, sobre todo la perteneciente a las capas medias, que empieza a mostrar interés también por otros problemas políticos. En la lucha por la paz toman parte activa conocidos escritores, artistas de cine y teatro, profesores universitarios, maestros y otras categorías de empleados.

Durante la agudización de la crisis berlinesa tuvieron lugar grandes manifestaciones bajo el lema «No queremos morir por Berlín—Negociad un arreglo pacífico». En la actualidad se está extendiendo la ola de protestas contra el acuerdo de las potencias occidentales de reanudar las pruebas nucleares, a la vez que crece la demanda de una Conferencia de alto nivel para tratar del desarme. Todas estas acciones han contribuido a reforzar el movimiento por la paz en el seno del Partido Laborista, a pesar de que en la última Conferencia de este partido la dirección derechista consiguió amalgamar una mayoría en apoyo de su política pro-OTAN. Cada vez se escuchan más críticas contra la política del Gobierno en las cuestiones internacionales o en los asuntos relacionados con las colonias y los países de la Commonwealth. Aumenta la oposición a la política de supeditar los intereses nacionales a los imperialistas norteamericanos. Esta oposición se ha acentuado de un modo particular después de haberse anunciado la decisión de solicitar el ingreso en el Mercado Común. La importancia de estos problemas contribuye a fortalecer y ampliar la base social del movimiento por la paz, a aumentar la combatividad del movimiento obrero y a dividir a las capas de la población que habitualmente apoyan a los conservadores.

Los monopolios ya no están en condiciones de hacer concesiones a un sector de la población para que no proteste cuando se ataca a otro sector. Sus exigencias económicas son tan grandes y apremiantes que sólo pueden satisfacerse mediante un ataque simultáneo contra todas las capas trabajadoras, contra el actual nivel de vida tanto de las capas medias como de los obreros industriales y contra los tan cacareados beneficios sociales del «Estado del bienestar general».

Las medidas económicas anunciadas por el Gobierno el pasado verano han dado un impulso a la lucha de vastos sectores de la población contra la ofensiva de los monopolios. La experiencia y la conciencia política acumuladas en el curso de esta lucha son la causa de que ya no sólo los obreros, sino también los funcionarios públicos recurran a distintas formas de la resistencia de masas, sobre todo después de haber repudiado el Gobierno la costumbre establecida de las negociaciones salariales. En los últimos decenios, con el fin de conseguir una «paz entre las clases» y reducir al mínimo los aumentos de salarios cuando éstos ya no podían ser evitados, funcionó un complejo sistema de comisiones salariales constituidas por representantes del Gobierno y de los sindicatos. Al anunciar su decisión de congelar los salarios, el Gobierno se negó a cumplir los acuerdos tomados por dichas comisiones y suspendió el funcionamiento de las mismas, dando a entender claramente que en adelante todas las negociaciones serían sustituidas por acuerdos salariales impuestos desde arriba y extremadamente limitados.

Las manifestaciones de protesta y la exigencia de acciones formulada por los afiliados afectados por todas estas medidas, obligaron a la dirección sindical a aprobar diferentes formas de lucha de masas contra la política del Gobierno. En enero, el Sindicato de Correos inició la lucha llamada del «cumplimiento riguroso de los reglamentos» establecidos por la Dirección de Correos para el manejo de cartas, paquetes y telegramas y que habitualmente no son observados al pie de la letra. Esta acción, la primera organizada por los empleados de Correos y Telégrafos en los últimos cuarenta años, ocasionó tales retrasos en el trabajo, que el Gobierno se vio obligado a suspender en Londres el envío de paquetes. Esta medida del sindicato fue levantada sólo al anunciar el Gobierno la reanudación de las negociaciones. A fines de enero, el Sin-

dicato de Mecánicos de Correos y Telégrafos (encargados también del mantenimiento de las líneas telefónicas) se adhirió a la lucha «por el cumplimiento riguroso de los reglamentos».

La Asociación de Funcionarios Públicos, presionada por los militantes de filas, acordó también aplicar el principio del «cumplimiento de los reglamentos». Pero los líderes del sindicato, después de las discusiones con el Gobierno, decidieron suspender la aplicación del acuerdo. Muchos miembros del Comité Ejecutivo de este sindicato se pronunciaron en contra de la revisión del acuerdo, y una moción condenando la conducta del secretario general del sindicato fue rechazada tan sólo por un voto de mayoría (12 contra 11).

Algo similar ocurrió con los maestros. A comienzos de este año, cuando fue rechazada su petición de aumento de sueldos y más tarde se anunció que éstos habían sido congelados, por todas partes hubo mítines de protesta y huelgas locales. Posteriormente se convocó una conferencia del más importante sindicato de maestros (la Unión Nacional de Maestros), en la que se acordó declarar una huelga de 24 horas y negarse a cumplír ciertas funciones relacionadas con las comidas escolares. Pese a la decisión de la conferencia, el Comité Ejecutivo, después de entrevistarse con representantes del Gobierno, se pronunció por mayoría de votos contra la acción huelguística, aceptó una satisfacción parcial de las reivindicaciones y se negó a convocar otra conferencia.

Para luchar contra la política de congelación de salarios, a fines de marzo se constituyó una nueva organización que representa los intereses de más de 600.000 personas: profesores universitarios, maestros, funcionarios de la administración local, empleados bancarios, trabajadores de la BBC, empleados de los servicios de gas y agua y personal sanitario. Los delegados a la asamblea constituyente de esta organización representaban a 16 sindicatos del país, entre ellos la Unión Nacional de Maestros y la Asociación de Funcionarios Públicos.

Las acciones de los empleados y profesionales tienen, naturalmente, gran importancia, ya que han adquirido proporciones jamás vistas hasta ahora. Pero la *fuerza decisiva,* la que habrá de determinar el desenlace de la lucha contra la política de congelación de salarios es el *destacamento fundamental de los obreros industriales,* integrado por los trabajadores de la industria de construcciones mecánicas, los astilleros, las minas, la construcción y el transporte. Los míneros,

los ferroviarios y los trabajadores de la industria de construcciones mecánicas y de los astilleros plantearon simultáneamente reivindicaciones salariales. La Dirección Nacional de la industria del carbón propuso que se elevasen en un 3,5% los salarios de los mineros que trabajan a jornal. El sindicato rechazó esta propuesta y acordó convocar una conferencia nacional para estudiar las futuras acciones. Pero es evidente que la dirección del Sindicato de Mineros, dominada por los derechistas, está en contra de una acción huelguística.

Al ser rechazadas las reivindicaciones de aumento de salarios y reducción de la jornada laboral planteadas por los trabajadores de la industria de construcciones mecánicas y de los astilleros, la Confederación de trabajadores de estas ramas declaró el 5 de febrero y el 5 de marzo sendas huelgas de 24 horas. En la primera, la más importante de cuantas han tenido lugar en estas ramas de la industria, participaron 3,5 millones de trabajadores, y en la segunda, 3 millones.

Los ferroviarios también han llevado a cabo acciones bajo la consigna de «cumplir los reglamentos» y han exigido una lucha más enérgica para obtener la satisfacción de sus demandas salariales. Hacia finales de enero, el Gobierno intervino directamente en su lucha, ordenando a la administración de los ferrocarriles que no sostuviera ninguna clase de negociaciones con los sindicatos y sometiera a un arbitraje la cuestión de los salarios. Esta intervención del Gobierno levantó en las organizaciones sindicales de base una nueva ola de protestas exigiendo la acción, sobre todo en Londres, donde, a despecho de la oposición de los dirigentes sindicales, tuvo lugar una huelga de 24 horas de los trabajadores del metro que paralizó por completo el transporte subterráneo de la capital. Los ferroviarios aceptaron un aumento del 3%, con la promesa de que en otoño podrán presentar una nueva demanda de mejora salarial.

LOS PROBLEMAS DEL FUTURO DESARROLLO

En la situación política e industrial de Inglaterra se inicia una nueva etapa que ofrece grandes posibilidades. Ahora bien, la conversión de estas posibilidades en otras tantas realidades depende de la *unidad del movimiento y de su dirección.*

Los problemas económicos con que se enfrenta Inglaterra no tienen solución en el marco de la política que sigue la clase gobernante. La vieja política exterior de guerra fría ha

fracasado. El país necesita, para salir de las actuales dificultades, una nueva orientación política que responda a la nueva situación de Inglaterra en la arena internacional y a la nueva correlación de fuerzas en el mundo. Lo que necesita Inglaterra es una política de desarme y de coexistencia pacífica en los asuntos internacionales y de progreso social a costa de los monopolios en los asuntos internos.

El Gobierno conservador, que actúa en favor de los monopolios, ha desencadenado una ofensiva en un amplio frente contra los trabajadores. El acuerdo de ingresar en el Mercado Común y el ulterior desarrollo de los monopolios lesionan también los intereses de los granjeros, de los pequeños comerciantes e incluso de los pequeños capitalistas. Por vez primera se da la posibilidad de agrupar a la inmensa mayoría de la población sobre la base de un programa común de lucha contra la política del Gobierno y los monopolios.

Los resultados de las elecciones para cubrir las vacantes parlamentarias demuestran que *el Gobierno está perdiendo terreno*. Y como los dirigentes del Partido Laborista apoyan en lo fundamental la política de los conservadores, el número de votos de los laboristas no ha aumentado. Los electores que antes votaban por los conservadores ahora se abstienen o votan por los liberales. En el seno del Partido Conservador han surgido serias divergencias y se acentúa el descontento por la política de MacMillan.

En la actual fase de la lucha, el Gobierno se apoya en los líderes laboristas de derecha, cuya posición le permite no sólo prolongar su existencia, sino también seguir aplicando su política. Estos dirigentes del Partido Laborista respaldan las principales medidas tomadas por el Gobierno, la política de la bomba H y la estrategia nuclear de la OTAN. Su oposición a la concentración monopolista es puramente formal y su «análisis» económico de las dificultades que atraviesa Inglaterra no se diferencia del análisis hecho por los conservadores. La «oposición» de los líderes laboristas de derecha a la congelación de los salarios no afecta a los principios, sino únicamente al procedimiento. Recordemos que el primero en proponer la congelación de los salarios fue Sir Stafford Cripps, ministro del Gobierno laborista.

Cada vez se emplean más las medidas disciplinarias contra el ala izquierda de la minoría parlamentaria laborista: cinco de sus miembros ya han sido excluidos de ella. En la actualidad, el Gobierno dedica especial atención a los líderes derechistas de los sindicatos, con el propósito de formar una coalición efectiva del Gobierno, los monopolistas y los dirigentes del movimiento sindical (dando entrada a éstos en el Consejo Nacional de Desarrollo Económico) y conseguir así la aplicación de una política salarial controlada por el Estado. El acuerdo de que los sindicatos participen en dicho organismo fue aprobado después de una larga y enconada discusión en el Consejo General del Congreso de las Tradeuniones, en el curso de la cual los representantes de las fuerzas de izquierda señalaron que el Consejo Nacional de Desarrollo Económico no era más que un instrumento de los monopolios para atacar los salarios. Ocho líderes sindicales votaron en contra del acuerdo.

La principal ayuda prestada por los dirigentes sindicales a la política del Gobierno consiste en su franca oposición a la acción huelguística, la única capaz de obligar a retroceder al Gobierno y a los patronos. Esta es la razón de que la lucha actual, pese a sus extraordinarias proporciones y a haber conseguido algunos éxitos parciales, no haya podido frustrar la política de congelación de los salarios.

En estas condiciones, el Partido Comunista llama a la clase obrera a la acción y señala la necesidad de recurrir a formas más elevadas de lucha para alcanzar el triunfo.

A través de los mítines, las octavillas, el periódico *Daily Worker* y otros medios de propaganda, el Partido Comunista insta a derrotar la política de los derechistas, como condición indispensable para el triunfo en la lucha que se está desarrollando. Cada acción de la lucha salarial va acompañada de la demanda de que los representantes sindicales sean retirados del Consejo Nacional de Desarrollo Económico.

El espíritu combativo de la clase obrera ha sido puesto claramente de manifiesto en las huelgas de los trabajadores de la industria de construcciones mecánicas, de los astilleros, del metro londinense, en las acciones de los maestros, de los empleados de Correos y de los funcionarios públicos. Los comunistas exhortamos a la solidaridad combativa y a la ayuda mutua de todos los trabajadores y de todos los sindicatos, exhortamos a la unidad. La unidad de acción de la clase obrera es la base de la unidad de todo el pueblo en la lucha contra los monopolios, es la base de la unidad de todas las fuerzas que participan en la batalla salarial y en el movimiento de la paz.

El Pleno de enero del Comité Ejecutivo del Partido Comu-

nista lanzó un llamamiento a los obreros, instándoles a unirse y a desplegar la lucha contra el Gobierno y obligarle a dimitir. El problema de los salarios está ligado a toda la política interior y exterior de los conservadores.

«Los conservadores —señala el llamamiento del Partido— dicen que su política salvará a Inglaterra. Nada más lejos de la verdad. Su política tiende a salvar a los grandes negocios a costa de los obreros, de los empleados, de los granjeros y de los pequeños empresarios. La congelación de los salarios ha sido impuesta a los trabajadores para proteger los beneficios de los monopolios.

La causa principal de la crisis de la balanza de pagos son los gastos militares en el extranjero, los dispendios relacionados con Berlín, con la guerra fría y la continuada explotación colonial. Pesadas cargas se imponen al pueblo para ayudar a pagar los enormes gastos que exigen la producción de bombas H y la OTAN... Miles de personas carecen de vivienda mientras los especuladores amasan fortunas enteras.

La política conservadora implica para el país un peligro mortal. La producción está estancada, las industrias básicas se encuentran en decadencia, mientras que los monopolios están llenando sus arcas. Después de haber vendido el país a los norteamericanos, MacMillan coquetea ahora con Adenauer y Alemania Occidental con el propósito de ingresar en el Mercado Común. Todo esto hará empeorar la situación del pueblo inglés y contra ello hay que luchar.»

Además de la exhortación a resistir a la política conservadora, el llamamiento expone como *alternativa* una política que responde a los intereses del pueblo.

«Reducción de los beneficios y no de los salarios. Acabar con la absorción de unas compañías por otras. Nacionalizar los monopolios. No incorporación al Mercado Común. Extensión del comercio con los dominios, los países subdesarrollados y el mundo socialista... Reducción de los gastos militares y utilización de estos recursos para ampliar los servicios sociales. ¡Ninguna guerra por Berlín! Propuesta inmediata de negociaciones. Supresión de la base de submarinos equipados con cohetes "Polaris" y de todas las bases extranjeras. ¡Nada de tropas alemanas en Inglaterra! ¡Acabar con la estrategia nuclear de la OTAN! ¡Exigir el desarme!» El llamamiento termina con estas palabras:

«El Gobierno ya está sintiendo las consecuencias de las batallas que se están librando actualmente. ¡Que los trabajadores se unan, luchen y conquisten salarios más elevados, la seguridad y la paz!» Por todo el país se han repartido más de 400.000 hojas con el texto del llamamiento. En él se abordan los problemas más palpitantes, por cuya solución los diferentes sectores del pueblo trabajador han mostrado estar dispuestos a luchar contra la política de los monopolios y del Estado, enteramente sometido a ellos, y se expone la conexión existente entre dichos problemas y la actual situación de Inglaterra. La política que el documento presenta como alternativa puede hacer cambiar de raíz el modo de pensar de los trabajadores. El llamamiento invita a la acción para poner en práctica esta política.

La presente situación de Inglaterra corrobora la justeza de los planteamientos hechos por el Partido Comunista en su programa *El camino británico hacia el socialismo* sobre las fuerzas de cuya unidad y de cuyas acciones depende el futuro del país.

«Las fuerzas existentes —dice el programa—, si se unen y actúan con decisión, pueden asegurar el triunfo. Los obreros industriales y agrícolas representan con sus familias los dos tercios de la población de Gran Bretaña... La gran mayoría de los oficinistas, profesionales, maestros, ingenieros, técnicos y científicos, granjeros, trabajadores no asalariados, tenderos, artesanos y pequeños empresarios son víctimas de la reaccionaria política interior y exterior de los grandes capitalistas conservadores...

Es preciso forjar una alianza entre la clase obrera y estos sectores de la población, para luchar por la paz y el progreso social y contra todos los intentos de mantener el capitalismo en detrimento de los intereses nacionales. Semejante alianza, encabezada por la clase obrera, es una condición esencial para el establecimiento de un gobierno realmente socialista, capaz de edificar una Inglaterra socialista.»

La amplitud adquirida por la lucha contra la política de los monopolios marca una nueva etapa en el desarrollo de la situación política en Inglaterra. Cualquiera que haya sido el resultado inmediato de las batallas sostenidas en los primeros meses del presente año, éstas constituyen una inapreciable experiencia para millones de trabajadores, especialmente para los jóvenes obreros. Recogiendo las enseñanzas que de ellas se desprenden, los trabajadores adquieren conciencia de la necesidad de una lucha organizada de masas, comienzan a comprender el papel de la dirección derechista de los labo-

ristas en las dilaciones y en el debilitamiento de la lucha, y a ver la necesidad de que las fuerzas de izquierda se unan y ejerzan la dirección, como clave de la victoria.

La presente situación económica del país es una consecuencia directa de la política del capital monopolista y de la exacerbada lucha competitiva con los grandes monopolios extranjeros. Ello significa que ha de proseguir la ofensiva contra el pueblo, que el contraste entre el progreso económico y social de los países socialistas y las actuales perspectivas del pueblo inglés ha de hacerse más patente. En esta situación adquieren singular importancia el papel del Partido Comunista y su campaña por un rápido crecimiento de sus filas, campaña que ya está dando buenos resultados.

(Publicado en el núm. 5 de 1962 de REVISTA INTERNACIONAL)

LA EDIFICACION DEL COMUNISMO Y LA LUCHA EMANCIPADORA DE LOS PUEBLOS ARABES

LARBI BUHALI

Primer secretario del Partido Comunista Argelino

El XXII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética pasará a la historia como el gran Congreso de los constructores del comunismo. El programa de la edificación del comunismo aprobado en él y su puesta en práctica ejercerán una influencia decisiva sobre el curso del desarrollo de toda la humanidad.

El nuevo Programa del PCUS estipula: «La principal tarea económica del Partido y del pueblo soviético consiste en crear en el transcurso de dos decenios *la base material y técnica del comunismo.* Ello supone la electrificación completa del país y, sobre esta base, el perfeccionamiento de la técnica, la tecnología y la organización de la producción social en todas las ramas de la economía nacional; la mecanización de todos los procesos de producción, su automatización cada vez mayor; vasto empleo de la química en la economía nacional; desarrollo máximo de nuevas ramas industriales de alto rendimiento económico, de nuevos tipos de energía y de nuevos materiales; aprovechamiento máximo y racional de los recursos naturales, materiales y laborales; conjugación orgánica de la ciencia con la producción y alto ritmo de progreso científico-técnico; alto nivel cultural y técnico de los trabajadores; considerable superioridad sobre los países capitalistas más desarrollados en cuanto al rendimiento del trabajo, importantísima condición de la victoria del régimen comunista.

En consecuencia, la URSS dispondrá de fuerzas productivas de potencia nunca vista, superará el nivel técnico de los países más desarrollados y ocupará el primer lugar en el mundo en la producción por habitante.»

Esto significa que en los veinte años próximos la producción industrial de la URSS aumentará en seis veces, por lo menos, su volumen actual, y la producción agrícola se acrecentará en tres veces y media. Los soviéticos verán elevarse en tres veces y media sus ingresos reales, al mismo tiempo que la jornada de trabajo se reducirá a seis e incluso a cinco horas ya en el primer decenio, es decir, que será la más corta del mundo. A lo que ya ahora es gratuito, como la asistencia médica y la instrucción, vendrá a agregarse la gratuidad de la vivienda, de los transportes urbanos, de la calefacción, del gas y, también, de la alimentación pública (almuerzos) y del ciudado de los niños. Los impuestos que pagan los trabajadores quedarán suprimidos totalmente para 1965. A medida que disminuya el tiempo de trabajo necesario para la producción material se crearán mayores posibilidades para el desarrollo de la capacidad, las dotes y el talento de cada hombre. A la par que avance la construcción del comunismo, los organismos del Estado socialista se irán transformando en organismos de autogestión de la sociedad comunista, mediante la participación activa de un número cada vez mayor de miembros de la sociedad en la vida pública. Entonces se alcanzará un florecimiento de la democracia y de la libertad del individuo nunca conocido por ningún régimen social.

El nuevo Programa del PCUS es un grandioso documento de nuestra época, impregnado de solicitud por la felicidad del hombre. En él se definen de manera concreta y clara los objetivos en los dominios de la economía, de la vida social, de la ciencia y de la cultura, encaminados a edificar la sociedad más justa y venturosa que haya conocido la humanidad.

A medida que la construcción del comunismo progrese en la URSS y que el conjunto del sistema socialista mundial se fortalezca más y más, a medida que la superioridad del socialismo sobre el capitalismo aparezca más netamente, se acrecentarán las fuerzas democráticas y socialistas y declinarán las fuerzas del imperialismo, irremisiblemente condenado a desaparecer.

Alentados por esta perspectiva, los trabajadores del mundo entero han acogido con gran júbilo y esperanza el nuevo Programa del PCUS. Esto se refiere tanto a los pueblos de los países capitalistas desarrollados como, en mayor medida aún, a los pueblos de las colonias y semicolonias y a los países que, aunque han logrado conquistar la independencia nacional, no han liquidado las supervivencias del colonialismo. Este es el caso, por ejemplo, de los países árabes.

Los pueblos de todos los países árabes han emprendido una lucha común antiimperialista, antifeudal y democrática. Todos combaten por una auténtica soberanía nacional, por la democracia y el progreso social, independientemente del distinto nivel de desarrollo económico y político de sus países y de las diferentes formas de su estructura estatal. Algunos de ellos, como Egipto, Irak y Túnez, son repúblicas burguesas, caracterizadas por el mantenimiento de vigorosas posiciones feudales y la ausencia de libertades democráticas. Otros, como Marruecos y Arabia Saudita, son reinos. Por último, hay países, como Argelia, que padecen todavía el dominio colonial directo.

Hoy, *los pueblos árabes aspiran más que nunca a unir sus esfuerzos,* pues únicamente así conseguirán triunfar sobre sus enemigos, los imperialistas y sus agentes feudales, y eliminar a todas las fuerzas reaccionarias. Pero, como lo prueba la reciente disgregación de la RAU, esa unión sólo podrá ser sólida, duradera y eficaz si descansa sobre bases justas. La ruptura de la unificación de Siria y Egipto no significa el fracaso de la idea de la unión de los pueblos árabes, sino el fracaso de la concepción dictatorial de la unidad sustentada por Nasser y la gran burguesía expansionista egipcia.

Para ser sólida y eficaz, la unidad de los países árabes debe forjarse en la lucha contra el imperialismo y el feudalismo, sobre bases democráticas, en interés de las masas trabajadoras y de todo el pueblo, con el libre consentimiento de cada pueblo árabe y el respeto a las particularidades y a los intereses de sus respectivos países.

Incluso unidos, los pueblos árabes deberán esforzarse mucho todavía y arrostrar grandes pruebas hasta alcanzar la victoria en la lucha contra el imperialismo. A fin de lograr esta victoria lo más rápidamente posible y realizar a plenitud sus aspiraciones políticas y sociales, tienden su mirada hacia la Unión Soviética y los demás países del campo socialista, en los que ven a aliados fieles y poderosos. Los pueblos árabes han acogido el nuevo Programa del PCUS con gran alegría y esperanza, porque están convencidos de que la edificación del comunismo por los pueblos soviéticos, la transformación de la URSS en la potencia industrial más poderosa del mundo abrirá ante ellos inmensas perspectivas y será la garantía de una ayuda amplia y desinteresada. Esta convicción está ba-

sada en una prolongada experiencia. La Unión Soviética siempre ha apoyado indefectiblemente la lucha de los pueblos árabes contra sus opresores colonialistas y ha ido acrecentando su ayuda a medida que aumentaban sus posibilidades.

Refiriéndonos tan sólo a los acontecimientos de los últimos años, a nadie le cabe la menor duda de que fue únicamente la advertencia solemne de la URSS y su ayuda material lo que frustró en el otoño de 1956 los planes agresivos de largo alcance emprendidos contra Egipto por Inglaterra, Francia e Israel.

A raíz del fracaso de esta agresión imperialista, el presidente Nasser, en una interviú concedida al corresponsal de la revista norteamericana *Look,* dijo una verdad desagradable a los oídos de los imperialistas yanquis, protectores de los agresores anglo-franco-israelíes.

«Ustedes —declaró— han bloqueado nuestras divisas extranjeras, se han negado a vendernos el trigo y los medicamentos que necesitábamos y han intentado ejercer una presión económica sobre nosotros, para que cambiáramos nuestra política respecto al Canal de Suez. La diferencia entre ustedes y sus aliados consiste en que éstos han tratado de destruirnos con bombas y ustedes lo han pretendido hacer por "medios pacíficos", por la presión económica y el hambre.»

Es, pues, bien evidente que sin la desinteresada ayuda de la Unión Soviética el pueblo egipcio se hubiera visto ante el grave peligro, si no de caer nuevamente en la esclavitud colonial, de ser arrastrado, por lo menos, a una larga guerra contra los poderosos agresores imperialistas.

Fue también la firme actitud de la URSS lo que permitió a los pueblos libanés, irakí, yemenita y sirio preservar su independencia contra las amenazas de agresión de los imperialistas norteamericanos y sus lacayos, los gobernantes de Turquía. El pueblo argelino, que sostiene desde hace más de siete años una heroica guerra de liberación, conoce y aprecia altamente la ayuda fraternal del pueblo soviético. El Gobierno de la URSS es uno de los que han reconocido al Gobierno Provisional de la República Argelina. Incluso el presidente de Túnez, Burguiba, que no oculta sus sentimientos prooccidentales, hubo de apelar a la Unión Soviética en el grave momento de la agresión de los colonialistas franceses contra Bizerta, reconociendo implícitamente de este modo que la URSS es la fuerza antiimperialista más consecuente, capaz de hacer retroceder a los agresores

La Unión Soviética ha mantenido y mantiene siempre una posición de principio, orientada a prestar apoyo a los pueblos que luchan por su independencia, ya sean los pueblos de los países árabes, o el Congo, o la lejana Cuba. La ayuda de la URSS y su firme apoyo a Cuba constituyeron un factor primordial de la victoria lograda por el pueblo cubano sobre las fuerzas de la contrarrevolución, que organiza, financia y arma el imperialismo norteamericano.

Los comunistas son contrarios a la exportación de la revolución, como se dice en el Programa del PCUS, pero, en igual medida, se oponen resueltamente a la exportación de la contrarrevolución. Es evidente que en el futuro, después de que la Unión Soviética, como resultado de la construcción del comunismo, se haya convertido, en todos los aspectos, en la potencia más poderosa del mundo, les será más difícil todavía a los imperialistas llevar a cabo sus designios contrarrevolucionarios y desencadenar agresiones. Esto significa que *los pueblos árabes tendrán mayores posibilidades de elegir libremente la vía que consideren mejor para el desarrollo de sus países en condiciones que descarten la intervención extranjera.*

En el Programa del PCUS se dice: «La revolución de liberación nacional no termina con la conquista de la independencia política. Esta independencia será precaria y se convertirá en una ficción si la revolución no conduce a cambios profundos en la vida económica y social y no da solución a los problemas candentes del resurgimiento nacional.»

Mas para cumplir estas tareas, los países que han conquistado la independencia política, pero que se hallan en un estado de subdesarrollo económico por culpa del colonialismo, tienen necesidad de una gran ayuda económica y técnica. La experiencia enseña que esta ayuda desinteresada y fraternal los países árabes sólo la pueden recibir de la Unión Soviética y de los países socialistas. Subrayemos que todos los países árabes que solicitaron ayuda de la URSS, la han obtenido sin falta. La colaboración económica entre la Unión Soviética y los países afro-asiáticos está basada, como ha manifestado el camarada Jruschov, en el sincero deseo de ayudar a estos países a superar su atraso y poner fin a la miseria, las enfermedades y el analfabetismo.

La URSS presta asistencia económica y técnica a la RAU, a la República Arabe Siria, a la República de Irak, al Yemen y a otros países árabes. Además, la URSS realiza un intercam-

bio comercial recíprocamente ventajoso y en pie de igualdad con el Líbano, Sudán, Marruecos, Túnez y Libia.

La Unión Soviética ofreció su concurso a la RAU, en condiciones muy ventajosas, para construir la presa de Asuán, grandiosa obra que permitirá a Egipto elevar en más de un tercio su renta nacional, regar 800.000 hectáreas de tierra y, al ser puesta en servicio la planta hidroeléctrica de más de dos millones de kilovatios de fuerza, proporcionar al país una cantidad de energía eléctrica superior a la que ahora recibe de todas las centrales existentes. La construcción de la presa de Asuán y de la planta hidroeléctrica repercutirá en la vida de todo el país; su alcance rebasa considerablemente el marco de la ayuda puramente económica. Por este ejemplo concreto se puede juzgar de la envergadura de los cambios favorables que se producirán con la ayuda de la Unión Soviética en la vida de todo el pueblo, y en particular de los trabajadores egipcios. La URSS ha facilitado a la RAU un crédito de 292.500.000 rublos (nuevos). En virtud de los acuerdos de cooperación económica y técnica concertados primeramente con Egipcio y Siria y luego con la RAU, la Unión Soviética ayuda a la construcción y ampliación de más de cien obras industriales, entre ellas seis fábricas metalúrgicas y otras seis de maquinaria, doce fábricas de productos químicos y refinerías de petróleo, dos empresas farmacéuticas, una fábrica de abonos nitrogenados y muchas empresas de las industrias alimenticia y textil, así como astilleros y sistemas de irrigación, sin hablar de diversos trabajos de prospección.

Conforme a los acuerdos firmados en marzo de 1959 y en agosto de 1960, la URSS ha concedido a la República de Irak un crédito de más de 164 millones de rublos nuevos. Diversas organizaciones soviéticas ayudan a la construcción de más de 35 empresas y obras industriales en Irak, en particular una factoría siderometalúrgica, fábricas de antibióticos y productos farmacéuticos, azufre, máquinas agrícolas, instalaciones eléctricas, vidrio y tejidos de algodón, a ampliar el sistema de regadío, modernizar el transporte ferroviario, realizar exploraciones geológicas, etc. La Unión Soviética ofrece también su concurso técnico a la RAU y al Irak en el aprovechamiento pacífico de la energía atómica.

Como es sabido, los imperialistas norteamericanos se jactan de que «ayudan» a los países árabes. En cuanto a De Gaulle, la «ayuda a los países subdesarrollados» es el tema predilecto a que recurre para propagar el neocolonialismo. Mientras

que la «ayuda» de los Estados capitalistas encubre nuevas formas más sutiles de sumisión al imperialismo y de saqueo colonial, la ayuda soviética dimana del deseo generoso de aportar una asistencia y una ayuda verdaderas a los países que se han sacudido el yugo del colonialismo. Esta ayuda no implica ninguna condición política ni menoscaba lo más mínimo la soberanía nacional. Incluso en los casos en que la burguesía nacional que ocupa el Poder, como sucede, por ejemplo, en la RAU o el Irak, persigue a los demócratas, en general, y a los comunistas, en particular, la URSS no cesa su ayuda, ya que está destinada a todo el pueblo, y no a tal o cual clase de la sociedad. Son los propios pueblos de los países beneficiarios los que deben imponerse a la burguesía nacional para que esa ayuda sea utilizada en beneficio de toda la nación.

En enero de 1960, al inaugurar los trabajos de construcción de la presa de Asuán. Nasser declaró: «Al destacar este acontecimiento, pensamos ante todo en el país que ha aceptado ayudarnos en esta obra, concediéndonos un empréstito y una técnica. Es la Unión Soviética, cuyo empréstito y ofrecimiento de asistencia técnica en la ejecución de la primera fase de la obra han sido dictados absoluta y únicamente por el sentimiento de amistad que une la nación árabe a la Unión Soviética.» La reaccionaria política interior de Nasser no ha hecho que se desvíe ni en una pulgada la línea de conducta de la URSS, porque esta línea es una cuestión de principio.

La Unión Soivética facilita créditos a largo plazo y a reducido tipo de interés (en general, el 2,5%). Estos créditos no son amortizados en oro ni en moneda extranjera, sino mediante suministros de los productos exportados tradicionalmente por el país deudor. La ayuda técnica se traduce en trabajos de prospección y exploración geológica y en envíos de máquinas y equipos industriales modernos. La formación de especialistas nacionales, tanto en el país de origen como en la URSS, es otro aspecto importante de la ayuda soviética.

Gracias a la URSS, ha aparecido en la palestra mundial un nuevo tipo de relaciones internacionales fundadas en el principio de la coexistencia pacífica, del provecho recíproco y de la plena igualdad de derechos de las naciones grandes y pequeñas. Este fenómeno nuevo reviste una gran importancia política tanto para los pueblos árabes como para todos los países subdesarrollados, cuya tarea consiste en crear una só-

lida economía propia, como garantía de una verdadera independencia nacional.

A medida que se fortalezcan la Unión Soviética y todo el campo socialista, tendrán estas relaciones consecuencias más felices para los pueblos árabes. Al poner fin al monopolio de los créditos de los Estados capitalistas, que los conceden generalmente en condiciones expoliadoras, la URSS les ha obligado a hacer empréstitos a los países subdesarrollados con un tipo de interés menos alto e imposiciones políticas limitadas. El temor a perder para siempre mercados y fuentes de materias primas compele ahora a los imperialistas a contribuir en cierta medida a la industrialización de algunos países subdesarrollados. Por tanto, la Unión Soviética fuerza a los imperialistas a aceptar cierta forma de competición pacífica, que beneficia a los pueblos árabes. En los casos en que los Estados capitalistas se muestren dispuestos a conceder una ayuda recíprocamente ventajosa y que no entrañe menoscabo de su soberanía nacional, los pueblos árabes están interesados en aceptarla.

Las relaciones con la Unión Soviética, basadas en los principios de la igualdad política y económica, refuerzan la independencia de los pueblos que luchan por su libertad y por la paz. Por ejemplo, la ayuda de la URSS permitió al pueblo egipcio rechazar las condiciones leoninas que los Estados imperialistas querían imponerle para construir la presa de Asuán. Otro ejemplo: en vida de Mohamed V, Francia, como es notorio, para vender a Marruecos los aviones que necesitaban sus fuerzas armadas, exigió de él una modificación de su política de no alineamiento en bloques. El rey rechazó estas exigencias y se dirigió a la URSS, que suministró sin condición alguna los aviones necesarios para el ejército marroquí.

Los pueblos árabes, que conocen bien esta política de la URSS respecto a su movimiento de liberación nacional y a los países subdesarrollados, están persuadidos de que cada día serán mayores el apoyo a su lucha económica por parte de la Unión Soviética y de todo el campo socialista. En septiembre de 1960, en su histórico discurso en la ONU, el camarada Jruschov dijo: «Por su parte, la Unión Soviética ha prestado ayuda a los países subdesarrollados y seguirá prestándosela en proporciones cada vez mayores.»

Los pueblos árabes no dudan de que esta promesa será cumplida por la URSS, como fueron cumplidos tantos otros compromisos asumidos por ella. No dudan de que las relaciones con

los pueblos de la Unión Soviética y de los demás países socialistas, que descansan en los principios de la igualdad de derechos y del provecho mutuo, contribuyen a fortalecer su independencia nacional y su desarrollo económico. Al mismo tiempo, estas relaciones facilitan la ayuda recíproca entre los pueblos árabes. Esto, a su vez, refuerza los vínculos entre ellos y acelera la marcha hacia su aspiración más profunda: la unidad árabe.

La construcción del comunismo en la Unión Soviética no sólo coadyuvará al fortalecimiento del sistema socialista mundial. Los éxitos obtenidos en todas las esferas de la edificación pacífica y la vida feliz que alcanzará el hombre soviético han de estimular y robustecer en todo el mundo a las fuerzas que se han alzado contra el imperialismo y que luchan por la independencia nacional, por la paz, la libertad y el socialismo. Esto significa el debilitamiento inevitable del imperialismo, que ya ha entrado en el período de su ocaso y de su desaparición. Con ello saldrán ganancios todos los pueblos que combaten por la libertad y el progreso social.

Cada año, en el curso de todo el período de la creación de la base técnico-material del comunismo, la Unión Soviética multiplicará sus recursos, y ello le permitirá ampliar su ayuda económica, técnica y científica a los países árabes y a otros países infradesarrollados. Mas debe decirse que la posibilidad de prestación de esta ayuda no depende únicamente de la Unión Soviética. Para que los pueblos árabes puedan beneficiarse de esta ayuda de una manera constante y amplia es preciso ante todo que se mantenga y consolide la paz mundial. Tanto más cuanto que la propia creación de la base técnico-material del comunismo está condicionada por el mantenimiento de la paz. He ahí por qué en el Programa del PCUS se dedica tanta atención a la lucha por la paz, a la coexistencia pacífica, al desarme general y completo y a la firma de un tratado de paz con los dos Estados alemanes. Precisamente por esto, *los pueblos árabes apoyan la firme política de paz de la Unión Soviética, así como todas las medidas que ella adopta para reforzar su capacidad defensiva* y quitar así toda gana de veleidades agresivas a los imperialistas.

Además, para disfrutar los beneficios de esta ayuda, los pueblos árabes deben inclinar a los gobiernos de sus países a establecer una estrecha colaboración no sólo con la Unión Soviética, sino también con los demás países socialistas. Hoy no todos los países árabes reciben ayuda de la URSS, pero

de ello no es responsable en modo alguno la Unión Soviética, sino los gobiernos de esos países.

Es bien evidente que los pueblos árabes, que, aun después de haber obtenido la independencia política, sufren todavía las secuelas del dominio colonial, no pueden limitarse a recibir ayuda extranjera, incluso si procede de países amigos, como los países socialistas. Deben contar ante todo con sus propias fuerzas. Los pueblos árabes han podido persuadirse ya del rápido y amplio progreso que han alcanzado los países de la comunidad socialista. A medida que se realicen los objetivos del nuevo Programa del PCUS, percibirán más claramente la superioridad del sistema socialista. Cuando vean con sus propios ojos que el nivel de vida y de cultura del obrero o del campesino de las repúblicas soviéticas de Uzbekistán o Tadzhikistán, antiguas colonias de la Rusia zarista en Asia Central, es más alto que en los países capitalistas más desarrollados, comprenderán mucho mejor que *«el capitalismo es el camino de los sufrimientos de los pueblos»,* como señala el Programa del PCUS, y que el socialismo *«es el camino de los pueblos hacia la libertad y la felicidad.* Este camino asegura el rápido ascenso de la economía y la cultura. No requiere siglos para convertir un país atrasado en un país industrial; le basta menos tiempo del que dura la vida de una generación». En estas condiciones, no cabe dudar de cuál es la vía de desarrollo por la que lucharán más enérgicamente los pueblos árabes.

Es sabido que el problema de las relaciones entre las diversas nacionalidades soviéticas ha sido resuelto en el marco de una unión fraternal y voluntaria que garantiza la prosperidad y el florecimiento de todos los pueblos que integran la URSS. Debe señalarse que en la actualidad el nivel de vida en las repúblicas soviéticas es superior al de muchos países europeos, sin hablar ya de los países árabes y de los países de Asia y Africa, en general. En aspectos muy importantes del desarrollo cultural —alfabetización, número de alumnos en las escuelas y centros docentes superiores, porcentaje de médicos por cada mil habitantes, número de bibliotecas, publicaciones, teatros, clubs y cinematógrafos—, los pueblos de la Unión Soviética, incluidos los pueblos de las repúblicas de Asia Central, han dejado ya muy atrás a los países capitalistas. Como resultado de la aplicación del Programa del PCUS, desaparecerán en lo fundamental las diferencias existentes entre la ciudad y el campo y entre el trabajo manual e intelectual. Dentro de dos decenios el nivel de vida de todos los ciudadanos soviéticos será más elevado que en los Estados Unidos de Norteamérica, el país capitalista más rico y desarrollado.

Este hecho servirá de valioso ejemplo a los pueblos árabes y ejercerá sobre su movimiento de liberación nacional una beneficiosa influencia revolucionaria que estimulará su lucha antiimperialista, antifeudal y democrática.

Las masas populares de los países árabes condenan ya la vía de desarrollo capitalista y se pronuncian por la vía no capitalista. Algunos dirigentes de los países árabes, como, por ejemplo, el presidente Nasser, dándose cuenta de que las masas populares no desean marchar por el camino del capitalismo, se esfuerzan por poner una etiqueta socialista a las reformas burguesas y a las nacionalizaciones que llevan a cabo.

Es muy probable, dada la correlación actual de fuerzas en la arena mundial y la posibilidad real de obtener una poderosa ayuda de los países socialistas, que los pueblos árabes puedan entrar rápidamente en la vía de la formación y del desarrollo del Estado de democracia nacional. Por supuesto, esto dependerá de la correlación de las fuerzas de clase, dependerá de la lucha de la clase obrera, de todas las masas populares y del conjunto del movimiento democrático en cada país árabe.

¿Qué es el Estado de democracia nacional? Ante todo debe decirse que no es una especulación del espíritu, una creación artificial de los comunistas, sino una forma de organización de la sociedad dictada por la propia vida, que dimana del desarrollo de cada nación y tiene en cuenta su evolución histórica y sus peculiaridades. No está excluido que la vía que lleva al desarrollo no capitalista pase, en algunos países, a través del Estado de democracia nacional. Este Estado, con el apoyo de todas las fuerzas progresistas y patrióticas del país, puede actuar de forma que facilite a estas fuerzas libertad de opción sobre el carácter del ulterior desarrollo de la nación, con miras a edificar una vida feliz y libre. «El camino de desarrollo no capitalista —se dice en el Pograma del PCUS— se asegura mediante la lucha de la clase obrera, las demás masas populares y el movimiento democrático general y responde a los intereses de la mayoría absoluta de la nación.»

En el Programa del PCUS se subraya: «La base política del Estado de democracia nacional es el bloque de todas las fuer-

zas progresistas y patrióticas que luchan por la plena independencia nacional, por una amplia democracia, por llevar hasta el fin la revolución antiimperialista, antifeudal y democrática.» Tampoco está excluido que, en el momento en que sea realizado en la URSS el programa de la edificación del comunismo, los pueblos árabes emprendan la ruta del socialismo, a condición de que el partido de la clase obrera, el partido marxista-leninista, desempeñe plenamente su papel revolucionario en el seno de este bloque.

Estas radiantes perspectivas que se abren ante los pueblos árabes han sido brillantemente esclarecidas en el XXII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética y en su programa leninista de edificación del comunismo en todos los frentes. No cabe duda de que el Programa del PCUS se convertirá en una preciosa arma política e ideológica en manos de los combatientes de vanguardia de la causa de los pueblos árabes.

(Publicado en el núm. 1 de 1962 de REVISTA INTERNACIONAL)

TRIUNFO DE LOS PRINCIPIOS LENINISTAS DE LA VIDA DEL PARTIDO

VICTOR RUDIN
Periodista soviético

Dadnos una organización de revolucionarios y transformaremos a Rusia. Estas proféticas palabras fueron dichas por Lenin en los albores de su actividad política. Y Lenin desplegó una labor verdaderamente titánica para crear esa organización. La fue edificando con tesón, sin desmayo, con firmeza y prudencia, basándose en las ideas marxistas acerca del papel del Partido en la lucha de clase del proletariado y enriqueciendo esas ideas con las nuevas experiencias del movimiento revolucionario mundial. Lenin elaboró los fundamentos científicos de la política, la estrategia y la táctica del Partido Comunista como partido de nuevo tipo, estableció los principios más importantes de su organización, determinó los métodos de trabajo y señaló los principales peligros con que ha de enfrentarse la vanguardia revolucionaria y los medios para evitarlos.

LAS BASES INQUEBRANTABLES DEL PARTIDO MARXISTA-LENINISTA

Las normas y los principios leninistas de la vida del Partido no son de aplicación arbitraria ni de proyección local. Son universales y objetivos y expresan las leyes básicas de la constitución y desarrollo del Partido.

La universalidad y objetividad de esas normas vienen determinadas por una serie de circunstancias. En primer lugar, por el carácater de la misión histórica del proletariado, como sepulturero del capitalismo y creador del socialismo, misión que sólo es capaz de cumplir si posee una determinada organización. En segundo lugar, por la función e interacción de

las masas, del partido revolucionario y de los dirigentes, configuradas de un modo lógico y natural en el curso de la solución de los problemas ya maduros de la renovación de la sociedad. En tercer lugar, por la naturaleza colectivista de la sociedad socialista, cuya edificación constituye el objetivo de cada partido marxista.

Son justamente estas circunstancias las que han hecho que para cada partido sean indispensable unas formas de vida y unos principios de actividad tan trascendentales como el carácter científico de su política, el centralismo democrático, la dirección colectiva en todos los eslabones, la crítica y autocrítica y la estrecha vinculación de todas sus organizaciones con las masas.

El rasgo distintivo del centralismo democrático, lo que constituye su fuerza, es que permite conjugar de modo armónico una amplia y auténtica democracia interna, la iniciativa audaz y la actividad de los comunistas, la plena utilización de las fuerzas creadoras, de los conocimientos, aficiones, capacidad y experiencia de cada militante con la unidad de acción y de voluntad de todo el Partido, con su movimiento firmemente orientado a objetivos concretos, lo que queda asegurado por el centralismo orgánico, es decir, por la dirección desde un centro único, por la disciplina más rigurosa y la subordinación de la minoría a la mayoría y de las organizaciones inferiores a las superiores.

El centralismo de los partidos marxistas-leninistas no es un centralismo burocrático, sino *democrático.* Presupone la elegibilidad de todos los organismos de abajo arriba, la igualdad de deberes y derechos de los militantes, la amplia discusión por ellos de todos los problemas que se refieran a la política y a la actuación del Partido. Sólo sobre esta base se puede alcanzar una rigurosa disciplina, no mecánica, sino consciente; sólo así se puede conseguir que todos los militantes comprendan lo necesario de la unidad de acción. El centralismo democrático, valga la figura, asegura la máxima generación de energía revolucionaria por cada comunista y su acumulación por todo el Partido. De ahí que los partidos comunistas constituyan una condensación dinámica de energía orientada a fines concretos.

El centralismo democrático sólo puede revelar de verdad su esencia a condición de que se desarrollen libre y plenamente todos los aspectos de las normas leninistas que rigen la vida del Partido. La dirección colectiva en todos los peldaños es

la garantía del acierto de la línea política y del éxito en la actividad práctica. La crítica y la autocrítica son un medio poderoso de autocontrol, un antídoto contra los errores en la actuación práctica y contra la violación de las normas del Partido por algunos de sus militantes, dirigentes u organizaciones.

Las normas elaboradas por Lenin son aceptadas por todos los partidos comunistas del mundo como base de su actividad Pero no se trata, naturalmente, de unas normas petrificadas. A la par con el desarrollo de la lucha de clases y de la edificación del socialismo, estas normas se enriquecen y adquieren rasgos más concretos. Cada partido las aplica, desarrolla y enriquece a su modo en consonancia con las condiciones históricas.

El Programa y los Estatutos del PCUS aprobados por el XXII Congreso ofrecen la más completa síntesis científica de la experiencia del PCUS y de todo el movimiento comunista mundial en lo que respecta al desarrollo de las bases orgánicas del partido marxista-leninista.

Como ya hemos indicado, el centralismo democrático es la unidad de dos aspectos sumamente importantes y vinculados entre sí: el centralismo y la democracia. Pero su correlación no es algo absoluto, establecido de una vez para siempre. Al contrario, se trata de algo sumamente fluctuante, dentro de determinados marcos, cuyos límites son relativamente convencionales. Lo que determina la medida de la democracia y del centralismo, su correlación real, es el conjunto de las condiciones históricas concretas en que actúa el Partido.

El Partido puede actuar en unas condiciones de clandestinidad, de violentas persecuciones, en una situación de guerra, etc. En este caso pasa a primer plano el centralismo, manteniéndose todas las formas de democracia que las condiciones permitan. Para los partidos que actúan legalmente, y con mayor motivo para los que se encuentran en el Poder, adquieren de un modo natural pleno desarrollo las formas democráticas, sin que por ello se menoscabe el centralismo como expresión de la unidad de voluntad, pero con un máximo despliegue de la iniciativa de la base.

Esta misma movilidad de los límites impone a todo el Partido, tanto a los dirigentes como a los militantes de base, grandes responsabilidades. El Partido trata de asegurar la máxima democracia, incluso en las condiciones más difíciles, como son las de la clandestinidad, trata de tener en cuenta el

espíritu de la época, el pulso de la vida, de reflejarlo con acierto y de no permitir en ningún momento que se infrinja la unidad dialéctica y la interdependencia de la democracia y el centralismo, de no rebasar los límites impuestos por la historia. Toda infracción, en cualquier sentido que se cometa, perjudica al Partido y a la lucha revolucionaria.

Lenin demostró, basándose en la experiencia de muchos partidos, que la democracia que se opone al centralismo o, con mayor motivo, la que niega el centralismo conduce indefectiblemente a la anarquía orgánica, al debilitamiento de la disciplina, al desarrollo del fraccionalismo, a la destrucción del espíritu de partido. En estos casos, el Partido se ve rápidamente plagado de compañeros de viaje y en él penetra a chorros la influencia burguesa; el Partido pierde consistencia, se diluye, su capacidad de dirección se debilita y todo esto conduce poco a poco a su muerte como fuerza revolucionaria.

No es menos funesta la exageración unilateral e infundada del centralismo en menoscabo de la democracia, la tendencia a considerar el centralismo como el único principio de dirección. Este modo de ver las cosas hace que el centralismo pierda sus características democráticas y se convierta en un centralismo burocrático. Redúcese en tal caso el número de comunistas que deciden los asuntos del Partido; la iniciativa y la actividad de los militantes se restringe o se anula y éstos se convierten en simples ejecutores mecánicos.

La democracia empieza a infringirse ya cuando toda la atención del Partido se centra en un grupo reducido de cuadros, cuando disminuye la preocupación por el continuo aumento de la actividad de todos los comunistas, debilitándose de esta manera la ligazón con las masas, cuando los métodos autoritarios suplantan a la discusión conjunta y a la solución colectiva de los problemas de actualidad.

El centralismo burocrático determina inevitablemente el divorcio entre los dirigentes y las masas, la corrupción de los métodos de trabajo, el sectarismo en la política y el dogmatismo en la teoría, entrañando el peligro de que el Partido pierda su capacidad revolucionaria de lucha.

El medio principal para combatir los peligros que acechan desde cualquier lado a las bases orgánicas del Partido es la conjugación científicamente fundada y consecuentemente aplicada del centralismo y la democracia. Esta es la fuente principal y decisiva de la unidad monolítica de cada partido marxista-leninista y de todo el movimiento comunista mundial. La aplicación consecuente del centralismo democrático, de las normas leninistas de la vida del Partido, permite asegurar la firmeza y la flexibilidad, la concreción y la capacidad de maniobra en la labor dirigente e impide que el espíritu revolucionario degenere en aventurerismo y extremismo, que la flexibilidad se convierta en conciliación.

LOS PRINCIPIOS LENINISTAS SON LA GARANTIA DE NUESTROS EXITOS

Los reformistas y los revisionistas combaten incesantemente las normas leninistas que rigen la vida del Partido. Sostienen que el centralismo democrático conduce, por su mecánica interna, al estrangulamiento de la democracia por el centralismo. Estos ataques a las normas leninistas se han acentuado después de la denuncia del culto a la personalidad de Stalin. Sin embargo, los cálculos de los enemigos del espíritu de partido han fallado una vez más. El carácter calumnioso y provocador de sus ataques se ha puesto claramente de manifiesto. Así lo evidencia el hecho de que vastos sectores de los países capitalistas empiecen a comprender que el culto a la personalidad surgió a consecuencia de la violación de los principios del centralismo democrático.

Objetivamente, el culto de la personalidad se halla en absoluta y total contradicción con el régimen socialista, con la esencia entera de las normas leninistas de la vida del Partido.

Según se ha señalado reiteradamente en los documentos del PCUS, las circunstancias y los factores que dieron origen al culto de la personalidad deben ser considerados a la luz de las condiciones extraordinarias en que tuvo que llevarse a cabo la edificación del socialismo en la Unión Soviética.

La URSS se encontraba en medio de un férreo cerco capitalista, continuamente amenazada por la invasión militar de las fuerzas mancomunadas del imperialismo. En tales condiciones, la lucha de clases en el interior del país, durante el período de transición, cuando se llevaba a cabo la liquidación de las clases explotadoras, adquirió singular agudeza. El Partido fue objeto de encarnizados ataques de los oposicionistas y se vio obligado a sostener una lucha incesante en defensa de la línea general y de la unidad de sus filas. Para mantener la independencia económica y asegurar la defensa militar de las conquistas de la revolución fue preciso acelerar la industrializa-

ción del país y la colectivización de la agricultura, para lo cual hubo necesidad de realizar determinados sacrificios y sufrir privaciones.

En esta situación excepcional se requería una disciplina de hierro en las filas del Partido y entre todos los trabajadores, una centralización de la dirección y la más rigurosa vigilancia contra los enemigos de clase. Y fue justamente así como el Partido y el Poder soviético consiguieron mantener las conquistas de la revolución, cohesionar al pueblo, movilizarlo para la superación de tan gigantescas dificultades, edificar el socialismo y alcanzar una victoria de trascendencia histórica universal sobre los agresores fascistas.

Ahora bien, todas estas condiciones y factores extraordinarios sólo pueden explicar el culto a la personalidad y el terreno histórico sobre el que hizo su aparición, pero en modo alguno pueden justificarlo, pues no hay ni puede haber justificación posible de la aparición del culto a la personalidad. Cualesquiera que hubiesen sido las dificultades, jamás debieron haber conducido al culto de la personalidad. Pero estas condiciones extraordinarias se combinaron con un desfavorable factor subjetivo, con los rasgos negativos de Stalin, que ya habían sido señalados por Lenin.

Stalin concentró en sus manos un poder enorme, abusó de la confianza del Partido y del pueblo e infringió los principios y las normas leninistas que deben regir la vida del Partido.

Stalin aprovechó aquella situación extraordinaria y las grandes victorias del pueblo soviético en la construcción del socialismo para imponer y enaltecer su propia persona. A ello contribuyó el ambiente de adulación, alabanza y servilismo creado en torno suyo.

De hecho, Stalin estaba fuera de todo control y de toda crítica y violó groseramente los principios del centralismo democrático. La dirección colectiva fue liquidada. Se conculcaron también los principios señalados por Lenin para la selección y educación de los cuadros. Fue quebrantada la legalidad socialista y se llevaron a cabo infundadas represiones masivas contra honrados comunistas.

La situación extraordinaria en que se encontraba el país, el anhelo de los comunistas de mantener a toda costa la unidad del Partido —condición primordial del éxito en la edificación del socialismo—, eran otros tantos obstáculos para la lucha contra el culto de la personalidad e impedían que éste fuese superado a tiempo.

El culto a la personalidad causó un daño enorme al desarrollo socialista de la URSS, limitó considerablemente la iniciativa creadora de los comunistas y demás trabajadores, aunque, naturalmente, no pudo detener el avance triunfal del pueblo ni modificar la naturaleza socialista del régimen soviético.

Aun en aquella situación creada por el culto a la personalidad, el Partido actuó como un organismo pujante, lleno de vida. Las organizaciones de base y millones de comunistas trabajaron con entusiasmo. El pueblo, dirigido por el Partido, prosiguió su titánica labor de robustecimiento de la potencialidad económica y política del Estado socialista. Fortalecióse la amistad de las clases trabajadoras y de los pueblos de la URSS y se elevó el nivel cultural de la población. En el curso de esta labor de creación se fueron desarrollando distintos aspectos de la democracia soviética. La desigualdad en los derechos electorales y el sufragio público e indirecto en las elecciones a los organismos de los soviets, necesarios en las primeras etapas del desarrollo de la sociedad soviética, fueron sustituidos por el sufragio universal, directo y secreto. Se fueron desenvolviendo también los distintos aspectos de la democracia interna del Partido. En 1937 se estableció ya un nuevo sistema de elecciones de los comités del Partido, cuyos organismos empezaron a ser elegidos todos, de abajo arriba, por sufragio secreto.

Todo esto muestra lo complejo y contradictorio de los procesos evolutivos de la sociedad soviética en el período del culto a la personalidad. El principio rector de la sociedad era el robustecimiento y desarrollo de las bases del socialismo, pero esta evolución de la sociedad se complicaba y entorpecía a causa de las deformaciones engendradas por el culto de la personalidad.

El problema del restablecimiento de las normas de vida del Partido y de los métodos de dirección prescritos por Lenin adquirió palpitante actualidad tanto para el desarrollo de la URSS como para el movimiento comunista mundial.

El XX Congreso condenó el culto a la personalidad y acordó restablecer y confirmar plenamente las normas leninistas de la vida del Partido. Fue esta una nueva demostración de la fuerza del Partido y del régimen soviético. La dura crítica de los errores ligados al culto de la personalidad y la superación de los mismos constituyeron la mejor prueba de que éste era ajeno al socialismo y al Partido Comunista. El Partido realizó una labor gigantesca para depurar toda la vida de la sociedad

soviética de las perniciosas consecuencias del culto a la personalidad.

Han sido liquidadas todas las infracciones de la democracia interna del Partido, restableciéndose plenamente las normas leninistas. La dirección colectiva es un hecho de arriba abajo. Se ha acabado también con las violaciones de la legalidad socialista. Se ha rehabilitado y restablecido en sus derechos a todas las personas sometidas a medidas represivas ilegales. Se han creado todas las necesarias garantías reales contra las detenciones infundadas e ilegales.

En la vida del pueblo soviético se han producido cambios gigantescos. Han sido modificadas las condiciones en que desenvuelven su actuación las organizaciones del Partido. La iniciativa popular mana a pleno caudal y se desarrollan rápidamente nuevas formas de actividad política y laboral de las masas.

De lo que se trataba y se trata no es de un simple restablecimiento de las formas ya conocidas de organización del Partido ni del simple enriquecimiento de las mismas, sino de la tarea planteada por la vida de perfeccionar continuamente todo el estilo de trabajo, tanto por su contenido como por su forma. Han surgido y siguen desarrollándose nuevas formas de incorporación de los comunistas de la base a la gestión de los asuntos del Partido y a la tarea de organizar a las masas. El impetuoso desarrollo de estas nuevas formas es justamente uno de los rasgos más característicos de la actividad del PCUS en la etapa actual de la lucha por la construcción del comunismo.

Una de las nuevas y brillantes manifestaciones del desarrollo de las normas leninistas es la participación directa de los comunistas en la elaboración de la política del PCUS. Muchos acuerdos importantes del CC del PCUS son discutidos ahora, antes de su adopción, por las organizaciones del Partido. Comunistas de filas son invitados a participar en las reuniones plenarias del Comité Central y toman parte activa en sus labores. El nuevo Programa y los nuevos Estatutos son, de hecho, el fruto de la obra creadora colectiva de los comunistas y demás trabajadores.

Se han elevado el papel y los derechos de las organizaciones del Partido. Ahora los comunistas discuten y resuelven por su cuenta todos los problemas que les interesan, ejercen un control sistemático sobre la labor de los dirigentes de las empresas e instituciones y, a la vez, les ayudan a organizar mejor la producción y a luchar por lo nuevo, por todo lo progresivo.

Uno de los efectos del nuevo estilo de trabajo ha sido la reducción del aparato de funcionarios remunerados del Partido y la ampliación del número de activistas dedicados al trabajo del Partido. En los comités urbanos y de distrito se han constituido secciones y comisiones integradas por comunistas experimentados que en las horas libres y sin percibir retribución alguna realizan un examen previo de las cuestiones relacionadas con la capacitación política de los comunistas, los ingresos en el Partido, las infracciones cometidas por militantes, etc. Esos mismos comités tienen ahora instructores no retribuidos que cumplen sus funciones en plan de trabajo social.

Los nuevos documentos del Partido establecen una sustitución sistemática de los dirigentes elegidos, lo que evita la posibilidad de una concentración excesiva de poder en manos de algunos de ellos, asegura el amplio aflujo de fuerzas nuevas a los órganos de dirección y permite conjugar acertadamente los cuadros nuevos y viejos.

El restablecimiento de los principios leninistas de dirección ha dado lugar a un nuevo, continuo e impetuoso desarrollo de la democracia socialista.

Al mismo tiempo que iba superando las consecuencias del culto de la personalidad, el Partido ha realizado un grande y tesonero esfuerzo para mejorar el funcionamiento de los organismos representativos y de las organizaciones sociales —soviets, sindicatos, Komsomol, etc.—, que ahora constituyen realmente importantes factores de la vida política y social de la URSS.

En la actualidad es una norma general y absoluta la participación directa de las masas populares en la determinación de las líneas fundamentales del progreso económico y social, en la elaboración de los planes de largo alcance para el desarrollo de la economía nacional. En la discusión del proyecto de Plan septenal, por ejemplo, tomaron parte más de 70 millones de trabajadores, que no sólo aprobaron las tareas señaladas en las tesis de Nikita Jruschov, sino que a la vez pusieron de manifiesto gran cantidad de reservas adicionales. La discusión de los problemas más importantes por todo el pueblo es una especie de referéndum que permite tener en cuenta la voluntad de los trabajadores y reflejarla con acierto en la línea política del Partido.

Las conferencias nacionales y regionales que se convocan de manera regular por el Comité Central y el Gobierno para estudiar los problemas de mayor trascendencia de la vida económica y política del país, así como los contactos personales de los dirigentes con los trabajadores de filas constituyen una forma importante de atracción de todos los trabajadores a la solución de los problemas de la economía nacional. La enorme significación de estas conferencias y de estos contactos consiste en que en el curso de los mismos se enriquecen los conocimientos y la experiencia de los dirigentes y de los constructores de filas del comunismo, se funden aún más estrechamente la teoría y la práctica, lo que ayuda a evitar los errores y a encontrar nuevas posibilidades para acelerar el avance hacia el comunismo.

En el período comprendido entre el XX y el XXII Congreso se constituyeron numerosas organizaciones con iniciativa propia y se reanimó la actividad de las ya existentes. Ha tomado gran arraigo una forma fundamentalmente nueva de participación de los trabajadores en la gestión de las empresas: las asambleas permanentes de producción. Se han creado consejos sociales en los teatros, bibliotecas y periódicos, así como numerosos comités de calle, de barriada y de casa, consejos de pensionistas, etc. Se han organizado las milicias populares de voluntarios que mantienen el orden público. Por todas partes existen inspectores sociales que controlan el funcionamiento de las tiendas y comedores.

El restablecimiento y desarrollo de las normas leninistas de la vida del Partido, verdadero triunfo de lo nuevo y revolucionario sobre lo viejo anquilosado y conservador, se realizó en medio de una lucha encarnizada contra el grupo antipartido de Mólotov, Kaganóvich, Malenkov y otros, que fue aplastado ideológica y orgánicamente en 1957. El XXII Congreso hizo el balance de esta victoria y mostró su gran trascendencia política para las perspectivas del desarrollo de la sociedad soviética, para la edificación del comunismo.

Algunos comunistas se preguntan si había realmente necesidad de remover el pasado en relación con las consecuencias del culto a la personalidad y con la actividad del grupo antipartido, cuando ya se había asestado un golpe al culto de la personalidad y cuando el grupo antipartido había sido derrotado ideológica y orgánicamente. ¿Hacía falta proporcionar argumentos a los enemigos del socialismo?

El Partido sabía que la reacción intentaría utilizar su autocrítica para calumniar al socialismo. Pero no se puede realizar el tránsito al comunismo si no se desbroza el terreno histórico de un modo total y definitivo. El Partido no podía seguir desarrollando con eficacia la democracia socialista sin decir al pueblo toda la verdad.

Es preciso tener en cuenta por añadidura que, además de las deformaciones groseras y directas provocadas por el culto a la personalidad, hay consecuencias de éste que no son tan manifiestas, que no han sido totalmente liquidadas y que afloran a veces en la actitud de ciertos dirigentes ante las masas y los comunistas de filas (divorcio de las masas, desprecio por sus necesidades, métodos autoritarios, etc.), en una falsa interpretación de la democracia interna del Partido (caudillismo, desdén por la crítica, etc.), en el estilo de trabajo (mal conocimiento de la economía, alejamiento de la vida y carencia de afán por estudiarla, aspiración al ordeno y mando, conservadurismo y rutina, falta del sentido de lo nuevo, inclinación por lo efectista, por las apariencias externas, de donde se deriva el deseo de «lucirse», lo que conduce al falseamiento de los datos), en el pensamiento anquilosado, en la interpretación dogmática de la teoría, etc.

Había que eliminar de raíz todo lo engendrado por el culto a la personalidad en todos los ámbitos de la vida social, sin lo cual no era posible impulsar la actividad y la iniciativa de las masas ni avanzar hacia el comunismo.

El triunfo de los principios leninistas de dirección modificó sensiblemente el ritmo de la vida política y económica del país, dio nuevo contenido al trabajo de las organizaciones y abrió horizontes verdaderamente ilimitados a la actividad de los comunistas y de los demás trabajadores. Todo ello contribuyó a acelerar de manera considerable la edificación del comunismo.

LA BASE DE LA UNIDAD DEL MOVIMIENTO COMUNISTA INTERNACIONAL

La lucha por la superación de las consecuencias del culto a la personalidad, por el restablecimiento de las normas leninistas de la vida del Partido y los resultados de esta lucha han adquirido una enorme resonancia internacional.

Estas normas leninistas siempre han tenido una importancia primordial para la vida de los partidos comunistas. Pero en las actuales condiciones, cuando el movimiento comunista

crece en extensión y profundidad, cuando cada partido se encuentra ante tareas cada vez más complejas y de mayor responsabilidad, tareas que son cumplidas independientemente por cada partido, de acuerdo a las condiciones concretas en que se encuentra, la observancia consecuente y rigurosa de las normas leninistas es una garantía de la capacidad de lucha y del éxito de cada partido.

Los partidos comunistas señalan en sus documentos la gran significación histórica que para el movimiento comunista mundial y para el sucesivo perfeccionamiento de las bases orgánicas de su actividad tienen el XX y XXII Congreso del PCUS y el Programa y los Estatutos aprobados por este último.

Este perfeccionamiento se ha realizado y se realiza en medio de la lucha desplegada después del XX Congreso contra la presión socialdemócrata, contra los revisionistas y los dogmáticos. Los elementos revisionistas decidieron aprovechar la situación creada por la crítica del culto a la personalidad para atacar el principio del centralismo democrático. Los revisionistas exigían lo de siempre: libertad de constituir fracciones, derecho de la minoría a no someterse a la mayoría, liquidación de la disciplina de partido, etc. La intensidad y duración de esta lucha han variado en los distintos partidos, pero en última instancia siempre han triunfado los principios leninistas.

El balance de esta lucha fue realizado en la Conferencia de representantes de los partidos comunistas y obreros, celebrada el año 1960, en cuya Declaración se señala que los partidos marxistas-leninistas consideran una ley obligatoria de su actividad la «observancia de las normas leninistas de vida de partido basándose en el principio del centralismo democrático. Consideran indispensable cuidar de la unidad del Partido como de las niñas de los ojos».

Pero hasta ahora sigue habiendo comunistas que no han comprendido cabalmente la esencia de la lucha contra las consecuencias del culto a la personalidad. La crítica de las deformaciones burocráticas del centralismo democrático ha sido interpretada por ellos como una crítica de este principio. Algunos comunistas defendían como un objetivo en sí la creación de una mayoría y una minoría permanentes, lo que podría conducir, de modo lógico, al fraccionalismo. Es muy significativo el hecho de que las discusiones en torno a esta cuestión hayan sido relativamente cortas. Los partidos comunistas rechazaron resueltamente la menor propuesta que estuviese en

contradicción con los principios leninistas. En los documentos de los partidos se subraya que la observación y el perfeccionamiento consecuentes de las normas leninistas no sólo es la base de la unidad de los partidos, sino también de la cohesión monolítica de todo el movimiento comunista, que se desarrolla ateniéndose al principio del internacionalismo proletario. «Nos enorgullecemos —escribía Lenin— de resolver los grandes problemas de la lucha de los obreros por su emancipación sometiéndonos a la disciplina internacional del proletariado revolucionario, *teniendo en cuenta la experiencia de los obreros de los distintos países, sus conocimientos y su voluntad y realizando así de hecho* (y no de palabra, como los Renner, los Fritz Adler y los Otto Bauer) la unidad de la lucha de clase de los obreros por el comunismo en el mundo entero»[1] (subrayado por mí. — *V. R.*).

Pero hay quienes opinan que los acuerdos del XXII Congreso tienen sólo una significación interna para el Partido Comunista de la Unión Soviética y para el pueblo soviético y que no pueden ejercer ninguna influencia en la vida de otros partidos. Es evidente que los acuerdos y los documentos del XXII Congreso están dirigidos en forma inmediata a los comunistas y a todos los demás trabajadores de la URSS. Cada partido tiene absoluta independencia para resolver los problemas de su vida interna, y los acuerdos de uno de ellos no son obligatorios para los demás.

Ahora bien, esto no significa ni mucho menos que entre los partidos exista un muro impenetrable. Tal interpretación de los principios que regulan las relaciones entre los partidos es falsa de raíz. Y lo es con mucho mayor motivo cuando se trata de la apreciación de los acuerdos del XXII Congreso, que por vez primera en la historia ha aprobado un programa científico de edificación del comunismo, programa que ha sido reconocido por los otros partidos como el «Manifiesto Comunista del siglo XX».

El error político fundamental de la idea del aislamiento de cada partido con respecto a los demás consiste en que tal idea equivale a romper con los principios básicos del marxismo. Tal posición implica un desprecio por la experiencia de los demás partidos, siendo además peligrosa, porque en una etapa determinada conduce por la vía inexorable de la lógica a contraponer la experiencia de un partido a la de los demás.

---

1 *Obras Completas*, t. XXXI, «Carta a los obreros austríacos».

Esta línea puede originar en el futuro la tendencia a imponer a otros partidos la experiencia propia como la única posible, las opiniones propias como las únicas ortodoxas y los conceptos propios como los únicos revolucionarios. Tales ideas, cualquiera que sea la forma que adopten, son por su esencia ideas nacionalistas y constituyen la negación de los principios del internacionalismo y de la igualdad en las relaciones entre los partidos.

Los comunistas no sólo responden ante su pueblo, sino también ante toda la humanidad. El marxismo-leninismo es la única doctrina internacional que proporciona a los comunistas de todos los países el conocimiento de las leyes que permiten conducir a todos los pueblos al comunismo. No existe un marxismo-leninismo europeo, o asiático, o africano, o americano. El marxismo-leninismo es una doctrina integral e indivisible. De aquí se desprenden dos conclusiones importantes:

En primer lugar, la actividad de cualquier partido comunista ejerce y seguirá ejerciendo una influencia mayor o menor sobre la situación de todos los partidos comunistas. Si un partido entiende y expresa con acierto las leyes del desarrollo social, si fortalece sus vínculos con las masas y las moviliza con éxito para el cumplimiento de las tareas revolucionarias, con ello fortalece sus propias posiciones y ayuda a los demás partidos hermanos en su heroica lucha por un futuro venturoso. Pero si la dirección de un partido comete errores, da pruebas de sectarismo o de revisionismo y se aparta de las masas, perjudica a su propio partido y, a la vez, a los demás partidos, a todo el movimiento comunista.

En segundo lugar, el marxismo-leninismo se estructura y desarrolla como una síntesis de la experiencia de todos los partidos comunistas. Desde este punto de vista, los acuerdos de los congresos y de los plenos de los comités centrales tienen una importancia de primer orden. Si un partido cualquiera adopta un acuerdo acertado en una cuestión política cardinal, enriqueciendo así el marxismo-leninismo, acervo común de todos los partidos, ello contribuye al pertrechamiento ideológico de los demás partidos. Si la dirección de un partido adopta decisiones erróneas y da a su experiencia una interpretación unilateral, desde un punto de vista nacional estrecho, se empobrece ideológicamente y empobrece también a los demás partidos, y en determinados casos puede incluso perjudicar a los partidos hermanos y a toda la causa de la lucha por el comunismo.

La doctrina marxista-leninista, que se distingue por su unidad, integridad y universalidad y por su auténtico carácter creador, conjugados con una inmensa riqueza y variedad de formas concretas de su aplicación, en dependencia de las condiciones históricas, políticas, sociales, económicas, de clase y culturales del país dado, es la mayor de las conquistas de la clase obrera y de toda la humanidad progresista, es su inapreciable tesoro, la brújula que orienta el camino. Por eso, el desprecio de tales o cuales comunistas por los acuerdos acertados del congreso de un partido comunista hermano se halla en contradicción con los principios del internacionalismo.

Y en contradicción con los principios del internacionalismo proletario es como se conducen los dirigentes del Partido Albanés del Trabajo. ¿Había necesidad, preguntan algunos, de denunciar de manera abierta la posición de esos dirigentes? ¿No hubiera sido mejor esclarecer mediante contactos y conversaciones personales todos los problemas surgidos en las relaciones con la dirección del PAT, ya que el planteamiento público de estas cuestiones lleva el agua al molino de la reacción y puede debilitar en medida considerable la unidad del movimiento comunista mundial?

El hecho es que habían sido agotadas todas las posibilidades de resolver los problemas pendientes mediante entrevistas y conversaciones personales, ya que Enver Hoxha y Mehmet Shehu se negaron a ello, mientras por otra parte arreciaban sus calumnias contra el PCUS, desplegaban una actividad escisionista en las filas del movimiento comunista mundial y en las organizaciones sociales internacionales y difundían toda suerte de documentos calumniosos que llegaban a las páginas de la prensa burguesa. La dirección del PAT no sólo se negó a aceptar la política tendiente a liquidar las consecuencias del culto a la personalidad de Stalin, sino que, por el contrario, se dedicó a ensalzar sus métodos. En el propio Partido Albanés del Trabajo se fomenta el culto a la personalidad de Hoxha y Shehu. Cualquier nueva dilación en el desenmascaramiento de los dirigentes del PAT no habría hecho más que poner en entredicho al socialismo y a las ideas del marxismo.

Es preciso tomar en consideración, además, que el culto a la personalidad de Stalin tuvo consecuencias negativas no sólo en el PCUS, sino también en otros partidos comunistas. Hubo una época en que bajo la influencia del culto a la personalidad de Stalin surgía el culto a la personalidad de Rákosi en

Hungría; Slansky implantaba métodos antileninistas en el Partido Comunista de Checoslovaquia; Chervénkov fomentaba el culto de la personalidad en Bulgaria. Naturalmente, es asunto interno de cada partido salvaguardar los principios orgánicos marxistas-leninistas, pero esto es, a la vez, un deber internacional de cada partido y de cada comunista. La denuncia del culto de la personalidad en su país por el PCUS significó al mismo tiempo el cumplimiento de un deber internacional, una ayuda a los partidos hermanos en la tarea de liquidar por completo las consecuencias de este culto.

Los partidos comunistas hermanos señalan en sus documentos la benéfica influencia ejercida por la crítica pública de la posición antimarxista de los dirigentes del PAT, ya que ella ha creado condiciones favorables para poner término a las consecuencias del culto a la personalidad en el movimiento comunista mundial, para perfeccionar el principio del centralismo democrático y los métodos de dirección colectiva, así como para superar el revisionismo, el sectarismo y el extremismo.

La propaganda imperialista ha aprovechado la lucha contra el culto de la personalidad para lanzar toda suerte de calumnias, afirmando que las contradicciones irreconciliables son consustanciales con los partidos marxistas-leninistas. Pero el análisis de los acontecimientos muestra que, en realidad, donde existen las contradicciones es entre el movimiento comunista mundial y los dirigentes de un partido que han degenerado, pero que mantienen en sus manos las posiciones clave.

La razón de todo ello reside en que los partidos comunistas experimentan la presión de las fuerzas y tradiciones del viejo mundo, presión que unas veces es franca y directa y otras velada e indirecta.

Como consecuencia de esta presión, en los partidos pueden surgir distintas desviaciones. Tampoco han de excluirse situaciones históricas en las que este o aquel grupo oportunista puede adueñarse durante cierto tiempo de la dirección del partido, y entonces aparecen contradicciones entre el movimiento comunista mundial y esos dirigentes hundidos en la charca del nacionalismo, cuya actitud puede adoptar las formas más diversas: revisionista, sectario-dogmática, ultrarrevolucionaria, etc.

Conviene señalar asimismo que las desviaciones existentes en la actualidad en algunos partidos se nutren en medida considerable de las consecuencias del culto a la personalidad de

Stalin, quien fomentaba también en otros partidos el quebrantamiento de las normas leninistas de vida de partido y la renuncia a la dirección colectiva. Y si los comunistas hablan ahora de la necesidad de evitar semejantes accidentes en el desarrollo de los partidos y de la necesidad de reforzar aún más la unidad, es indudable que en ello ha de jugar un papel primordial la rápida depuración del movimiento comunista de un desecho histórico como son las consecuencias del culto de la personalidad. De ahí que la estricta observancia de las normas leninistas de organización de todo el trabajo del Partido sea la principal garantía contra tales fenómenos.

La vida muestra que en las condiciones creadas por los grandes éxitos del campo socialista y cuando se aplican de un modo general y consecuente los principios leninistas, disminuye la posibilidad de que aparezcan desviaciones. En efecto, tomemos el ejemplo del PCUS. Antes del triunfo de la revolución socialista, la lucha contra los fraccionalistas ocupaba un lugar muy importante en la vida del Partido. Durante el período de transición, la fiebre fraccionalista causó bastantes conmociones al Partido, aunque en fin de cuentas los oposicionistas siempre quedabán aislados. Después del triunfo total y definitivo del socialismo quedó reducido al mínimo el terreno para las fracciones, y el grupo antipartido de Mólotov, Malenkov y Kaganóvich se encontró en una soledad verdaderamente ridícula, pues no pudo contar con ningún apoyo ni en el Partido ni entre la población.

La humanidad avanza hacia el comunismo. Todas las fuerzas motrices de la historia empujan a cada país y a cada pueblo hacia el socialismo, hacia el comunismo, y actúan en una dirección que tiende a cohesionar cada vez más a los partidos comunistas. El robustecimiento de la unidad de los países socialistas y del movimiento comunista es una ley objetiva, que se abre paso a despecho de todas las desviaciones temporales y de todos los zigzags.

Los partidos comunistas, guiándose por las grandes ideas de Lenin, desarrollándolas y enriqueciéndolas, fortalecen sus filas, van superando resueltamente todas las desviaciones del marxismo, ya sean dogmáticas o revisionistas, amplían sus vínculos con las masas y movilizan a éstas para luchar por la paz y la democracia, por el triunfo del socialismo y del comunismo.

(Publicado en el núm. 2 de 1962 de REVISTA INTERNACIONAL)

NUESTRA COMUN ARMA IDEOLOGICA

A. RUMIANTSEV
Director de REVISTA INTERNACIONAL

Los partidos comunistas y obreros han conmemorado el primer aniversario de la Declaración de Moscú de 1960. El gran Lenin decía que «las palabras también son obras», y esto es tanto más cierto cuando se refiere a las pronunciadas en nombre de 81 partidos que constituyen la vanguardia de la clase obrera internacional, eje central de nuestra época.

La doctrina de Marx y Lenin es invencible porque refleja con exactitud las condiciones y exigencias objetivas del desarrollo de la sociedad, porque ayuda a las *masas* a comprender los complejos acontecimientos de la época actual y a hallar el camino acertado para el logro de sus objetivos. Y como la vida no permanece inmóvil, tampoco puede estancarse la teoría revolucionaria. Para seguir siendo una teoría revolucionaria, una teoría transformadora y una fuerza impulsora de las masas, el marxismo-leninismo debe desarrollarse continuamente, debe no sólo tener en cuenta los fenómenos nuevos, sino desde la atalaya del presente avizorar el mañana y llamar a los pueblos a avanzar hacia nuevas metas históricas.

Esta línea, iniciada por el *Manifiesto del Partido Comunista* de Marx y Engels y continuada por los trabajos de Lenin, está representada hoy día en notables documentos teóricos de los partidos marxistas-leninistas, como la Declaración de Moscú de noviembre de 1960 y el Programa aprobado por el XXII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética.

I

El criterio supremo de cualquier teoría es la práctica, la experiencia. La experiencia del año que acaba de transcurrir ha confirmado plenamente la justeza de todas las apreciaciones y conclusiones de la Conferencia de Moscú y, con ello, la justeza de los principios generales de la lucha proletaria formulados por ella.

El año 1961 ha confirmado íntegramente ante todo la conclusión central de la Conferencia, de que «el contenido principal, la dirección principal y las principales peculiaridades del desarrollo histórico de la sociedad humana los determinan actualmente el sistema socialista mundial y las fuerzas que luchan contra el imperialismo, por la reorganización socialista de la sociedad».

La sociedad socialista, como señala la Declaración de Moscú, se perfecciona incesantemente y madura cada vez más; en ella nacen a diario la actitud comunista hacia el trabajo y otros elementos de la futura sociedad comunista. El desarrollo en esta dirección ha recibido en 1961 nuevos y poderosos impulsos.

Los países socialistas, merced a un intenso trabajo creador, venciendo a veces bastantes dificultades y resolviendo problemas sumamente complejos, han obtenido nuevos éxitos económicos. En la Unión Soviética, como se señaló en la VII Sesión del Sóviet Supremo, el plan de 1961 ha sido cumplido con entero éxito por todas las repúblicas. En ese año se ha producido tanto como en todo el primer quinquenio de posguerra. La producción agrícola también ha aumentado pese a las condiciones climáticas, que no han sido ni mucho menos de las mejores. La Unión Soviética proporciona ahora, ella sola, casi la quinta parte de la producción industrial mundial. Hace diez años, la URSS daba menos del 30% de la producción industrial de EE.UU.; hoy da más del 60%.

Durante el año transcurrido, la economía de todo el sistema socialista ha seguido ascendiendo a un ritmo incomparablemente más elevado que el de la economía capitalista. La parte correspondiente a los países socialistas en la producción industrial mundial ha pasado del 27% en 1955 al 40%, aproximadamente, en 1961.

Un símbolo elocuente de los éxitos alcanzados por el socialismo en el año transcurrido desde la Conferencia de Moscú lo constituyen los primeros vuelos al espacio realizados por los soviéticos.

Hasta el propio presidente de Estados Unidos se ve obligado ahora a reconocer que el bloque comunista «representa una potencia económica que en ciertos aspectos aventaja ya a Europa Occidental y está alcanzando a Estados Unidos».

La Conferencia de Moscú constató en su Declaración que ha comenzado una nueva etapa de la crisis general del capitalismo. La Conferencia apuntó la inevitabilidad de su profundización y del agravamiento de todas las contradicciones del sistema capitalista. El año transcurrido ha confirmado plenamente este pronóstico.

¿Cómo se ha manifestado en 1961 la profundización de la crisis general del capitalismo, además del ya señalado debilitamiento relativo de las posiciones del imperialismo en su competición con el socialismo? Ante todo, en la continuación del proceso de *desintegración del sistema colonial.* En el mapa de Africa han aparecido nuevos Estados: Tanganica, Nigeria y Sierra Leona. El chispazo del movimiento de liberación nacional en Angola se ha convertido en una auténtica guerra popular contra los colonialistas. La lucha armada que sostiene el pueblo argelino por su emancipación ha adquirido extraordinarias proporciones. En Latinoamérica, después del fracasado intento de EE.UU. de exportar la contrarrevolución a Cuba, sigue acrecentándose el incontenible deseo de los pueblos de liberarse de la onerosa tutela ejercida por el imperialismo yanqui, como lo atestiguan los ejemplos de Brasil, Ecuador y la República Dominicana. En Asia se están desmoronando los últimos baluartes del colonialismo. Se ha puesto fin a la dominación portuguesa en Goa. Vislúmbrase ya muy próxima la liberación de Irián Occidental. Unicamente recurriendo a medidas extraordinarias es como consiguen los imperialistas y sus acólitos mantener los regímenes reaccionarios odiados por el pueblo en Irán y Vietnam del Sur.

En 1961 se ha acentuado aún más la *inestabilidad de la economía capitalista.* El desarrollo de la tendencia estatal-monopolista sigue agravando las contradicciones del capitalismo. Los círculos gobernantes imperialistas, que buscan una salida de las crecientes dificultades, pisan a fondo el acelerador de la militarización. En Estados Unidos, principal país del mundo capitalista, el proceso de la militarización ha adquirido el pasado año proporciones realmente fantásticas. Mas no por ello se ha visto la economía capitalista libre de las convulsiones de la inestabilidad. «El próximo año —predecía melancólicamente en vísperas de Año Nuevo la revista *United States News and World Report*— se nos planteará en toda su envergadura el problema de la inflación.» Y el *Wall Street Journal* señalaba alarmado el rápido crecimiento de los stocks de mercancías en las empresas...

El año que acaba de transcurrir ha sido, a la vez, un año en que la *democracia burguesa se ha ido restringiendo en forma progresiva y cada vez más franca,* un año en que se ha acentuado la tendencia a los métodos de gobierno autocráticos y fascistas. Una nueva ola de macartismo se extiende por Estados Unidos; la actividad de las organizaciones fascistas ha adquirido en Norteamérica, Francia y Alemania Occidental unas proporciones que provocan la alarma de todas las personas honradas; el desenfreno del revanchismo en la República Federal Alemana constituye una amenaza para la paz; en Japón y Argentina no cesan los esfuerzos de la reacción para hacer aprobar unas leyes policíacas; en Grecia se falsifican descaradamente las elecciones. Todos estos hechos constituyen otras tantas manifestaciones de la progresiva degeneración política del llamado «mundo libre».

La sucesiva agravación de la crisis general del capitalismo, que tiene por base la agudización de la contradicción fundamental de la sociedad capitalista *—la contradicción entre el trabajo y el capital—,* contribuye a su vez a que dicha contradicción sea cada vez mayor. Esto se manifiesta ante todo en el incesante crecimiento de la lucha de clase de los trabajadores de los países capitalistas. En el V Congreso Sindical Mundial, celebrado el pasado mes de diciembre en Moscú, se citaron los datos siguientes: en 1960 fueron a la huelga en el mundo capitalista 53,2 millones de trabajadores, es decir, 12,5 millones más que en 1959, siendo de notar que el 73% de los huelguistas presentaron reivindicaciones de carácter político. En 1961 continuó creciendo el movimiento huelguístico. La huelga general de Bélgica, las huelgas de Italia, las potentes acciones del proletariado francés, la huelga de 250.000 trabajadores de la industria del automóvil en Estados Unidos y las importantes huelgas de Marruecos y de muchos países latinoamericanos representan los principales jalones de la lucha de clases en el año que acaba de transcurrir.

Las dos líneas de desarrollo de los dos sistemas opuestos crean una situación mundial sumamente compleja y muy peculiar. Por un lado, el debilitamiento y la descomposición del imperialismo dan origen a tendencias aventureras en la política exterior de los Estados imperialistas y engendran el deseo de modificar por la fuerza en favor propio el curso de los acontecimientos. Cuba y Laos, las provocaciones norteamericanas con motivo de la llamada crisis de Berlín Occidental, la agresión de Francia contra Túnez y la intervención inglesa

en Kuwait han probado una vez más que el imperialismo representa un serio peligro para toda la humanidad.

Mas por otra parte, la experiencia ha demostrado de nuevo que, según indicaba la Declaración de Moscú, «han pasado ya los tiempos en que los imperialistas podían determinar a su arbitrio que hubiese o no hubiese guerra». En todos los casos que acabamos de mencionar, en que las fuerzas imperialistas osaron poner en peligro la paz en uno u otro lugar del globo, las fuerzas unidas del campo socialista mundial, de la clase obrera internacional, del movimiento de liberación nacional, de todos los países que se pronuncian contra la guerra y de todas las fuerzas adictas a la paz frustraron los planes de los agresores.

El imperialismo se vio obligado a recoger velas, mientras que las fuerzas del progreso social han ido afirmando su influencia y conquistando nuevas posiciones. Naturalmente, no ha sido este un proceso simple y rectilíneo. El imperialismo se repliega luchando, y sólo se retira cuando se le impide avanzar, mejor dicho, cuando se le obliga a retroceder; pero continuamente trata de recuperar sus posiciones, provocando conflictos y creando situaciones críticas en este o aquel lugar. Por consiguiente, el desarrollo mundial sigue una línea quebrada, pero independientemente de los distintos zigzags, su dirección general permanece invariable y no puede cambiar. Esa dirección es la del crecimiento incesante de las fuerzas del socialismo mundial, la que conduce al pleno triunfo de estas fuerzas.

II

Los partidos marxistas-leninistas no consideran sus documentos teóricos simples declaraciones de agitación o propaganda, sino programas concretos de acción, de lucha y de creación. Así es como ha considerado el PCUS la Declaración de Moscú de los 81 partidos.

¿Qué ha hecho nuestro Partido en el año transcurrido para el logro de los objetivos planteados en dicho documento? A esta pregunta podría darse una respuesta lapidaria: léanse los materiales del XXII Congreso del PCUS; esa es nuestra respuesta concreta a la Declaración de Moscú de los partidos comunistas y obreros, en ella toma cuerpo la tesis de dicha Declaración, según la cual «la Unión Soviética es en la historia el primer país que abre para toda la humanidad el camino del comunismo».

Al elaborar su nuevo Programa, el PCUS prestó enorme atención a todos los planteamientos contenidos en la Declaración de los 81 partidos. Ambos documentos están penetrados de un mismo espíritu, el espíritu del marxismo creador. Se puede afirmar sin lugar a dudas, y esta opinión es compartida por los comunistas de todo el mundo, que el nuevo Programa del Partido Comunista de la Unión Soviética es el desarrollo y la profundización de las principales ideas formuladas en la Conferencia de Moscú.

La Conferencia de 1960 señaló que los partidos comunistas y obreros de los países socialistas consideran su deber internacionalista aprovechar plenamente todas las ventajas del sistema socialista y los recursos internos de cada país para, en el más breve plazo, «superar al sistema capitalista mundial en cuanto al volumen absoluto de la producción industrial y agrícola y, luego, sobrepasar a los países capitalistas más desarrollados económicamente, en lo que respecta a la producción por habitante y al nivel de vida».

Cumpliendo este mandato del movimiento comunista internacional, el PCUS ha confeccionado un programa veinteñal de construcción del comunismo, en el que se estipula un aumento del volumen de la producción industrial: en el transcurso de los próximos diez años, en unas dos veces y media, superando el nivel de Estados Unidos, y en el transcurso de 20 años, en seis veces, por lo menos, dejando muy atrás el presente volumen global de la producción industrial de Estados Unidos.

En consecuencia, el Estado soviético y el campo socialista en su conjunto, en un plazo histórico muy breve, dejarán atrás al mundo capitalista en lo que atañe a los principales índices económicos. Según cálculos previos, la parte alícuota del sistema socialista en la producción industrial mundial alcanzará en 1980 el 71%, con la correspondiente reducción de la parte relativa al sistema capitalista mundial a un 29%. La Unión Soviética será el país de nivel de vida más elevado. Las incomparables ventajas del socialismo sobre el capitalismo serán evidentes para todo el mundo. En el modo de pensar de las gentes se producirá la más grande revolución de la historia: los que vivan en el mundo capitalista comprenderán que sólo el comunismo puede resolver sus problemas.

De este modo, la edificación del comunismo en la URSS y en los países del campo socialista, que es la principal tarea creadora de [illegible]eblos de estas naciones y el objetivo de su vida,

en Kuwait han probado una vez más que el imperialismo representa un serio peligro para toda la humanidad.

Mas por otra parte, la experiencia ha demostrado de nuevo que, según indicaba la Declaración de Moscú, «han pasado ya los tiempos en que los imperialistas podían determinar a su arbitrio que hubiese o no hubiese guerra». En todos los casos que acabamos de mencionar, en que las fuerzas imperialistas osaron poner en peligro la paz en uno u otro lugar del globo, las fuerzas unidas del campo socialista mundial, de la clase obrera internacional, del movimiento de liberación nacional, de todos los países que se pronuncian contra la guerra y de todas las fuerzas adictas a la paz frustraron los planes de los agresores.

El imperialismo se vio obligado a recoger velas, mientras que las fuerzas del progreso social han ido afirmando su influencia y conquistando nuevas posiciones. Naturalmente, no ha sido este un proceso simple y rectilíneo. El imperialismo se repliega luchando, y sólo se retira cuando se le impide avanzar, mejor dicho, cuando se le obliga a retroceder; pero continuamente trata de recuperar sus posiciones, provocando conflictos y creando situaciones críticas en este o aquel lugar. Por consiguiente, el desarrollo mundial sigue una línea quebrada, pero independientemente de los distintos zigzags, su dirección general permanece invariable y no puede cambiar. Esa dirección es la del crecimiento incesante de las fuerzas del socialismo mundial, la que conduce al pleno triunfo de estas fuerzas.

II

Los partidos marxistas-leninistas no consideran sus documentos teóricos simples declaraciones de agitación o propaganda, sino programas concretos de acción, de lucha y de creación. Así es como ha considerado el PCUS la Declaración de Moscú de los 81 partidos.

¿Qué ha hecho nuestro Partido en el año transcurrido para el logro de los objetivos planteados en dicho documento? A esta pregunta podría darse una respuesta lapidaria: léanse los materiales del XXII Congreso del PCUS; esa es nuestra respuesta concreta a la Declaración de Moscú de los partidos comunistas y obreros, en ella toma cuerpo la tesis de dicha Declaración, según la cual «la Unión Soviética es en la historia el primer país que abre para toda la humanidad el camino del comunismo».

Al elaborar su nuevo Programa, el PCUS prestó enorme atención a todos los planteamientos contenidos en la Declaración de los 81 partidos. Ambos documentos están penetrados de un mismo espíritu, el espíritu del marxismo creador. Se puede afirmar sin lugar a dudas, y esta opinión es compartida por los comunistas de todo el mundo, que el nuevo Programa del Partido Comunista de la Unión Soviética es el desarrollo y la profundización de las principales ideas formuladas en la Conferencia de Moscú.

La Conferencia de 1960 señaló que los partidos comunistas y obreros de los países socialistas consideran su deber internacionalista aprovechar plenamente todas las ventajas del sistema socialista y los recursos internos de cada país para, en el más breve plazo, «superar al sistema capitalista mundial en cuanto al volumen absoluto de la producción industrial y agrícola y, luego, sobrepasar a los países capitalistas más desarrollados económicamente, en lo que respecta a la producción por habitante y al nivel de vida».

Cumpliendo este mandato del movimiento comunista internacional, el PCUS ha confeccionado un programa veinteñal de construcción del comunismo, en el que se estipula un aumento del volumen de la producción industrial: en el transcurso de los próximos diez años, en unas dos veces y media, superando el nivel de Estados Unidos, y en el transcurso de 20 años, en seis veces, por lo menos, dejando muy atrás el presente volumen global de la producción industrial de Estados Unidos.

En consecuencia, el Estado soviético y el campo socialista en su conjunto, en un plazo histórico muy breve, dejarán atrás al mundo capitalista en lo que atañe a los principales índices económicos. Según cálculos previos, la parte alícuota del sistema socialista en la producción industrial mundial alcanzará en 1980 el 71%, con la correspondiente reducción de la parte relativa al sistema capitalista mundial a un 29%. La Unión Soviética será el país de nivel de vida más elevado. Las incomparables ventajas del socialismo sobre el capitalismo serán evidentes para todo el mundo. En el modo de pensar de las gentes se producirá la más grande revolución de la historia: los que vivan en el mundo capitalista comprenderán que sólo el comunismo puede resolver sus problemas.

De este modo, la edificación del comunismo en la URSS y en los países del campo socialista, que es la principal tarea creadora de los pueblos de estas naciones y el objetivo de su vida,

aparece simultáneamente como su aportación decisiva a la lucha de clases contra el caduco régimen capitalista.

Sólo quien haya olvidado el enfoque político de la cuestión y perdido toda perspectiva internacional, puede considerar la emulación económica como una simple competición económica entre los Estados. Sólo quien haya dejado de ser leninista puede no ver que la emulación económica entre los dos sistemas opuestos es uno de los más importantes factores *políticos* de nuestros días, es *una forma de la lucha de clases* en escala internacional, de la lucha entre la clase obrera organizada en Estado y la burguesía imperialista.

El movimiento obrero internacional tiene un elevado concepto de la significación revolucionaria del trabajo creador realizado por los pueblos de los países socialistas. El Comité Ejecutivo del Partido Comunista de Gran Bretaña, refiriéndose a las perspectivas de desarrollo de la Unión Soviética trazadas por el XXII Congreso del PCUS, señala en una resolución: «Esta gran realización histórica habrá de coadyuvar al progreso del socialismo, a la unidad de la clase obrera y al desarrollo político en cada país.» «El Programa del PCUS —dice una resolución del Secretariado del CC del Partido Comunista Italiano— es un programa de lucha por un ulterior desarrollo revolucionario.» «Podemos decir una vez más —subraya Maurice Thorez, Secretario General del Partido Comunista Francés— que el PCUS ha servido bien a la causa del proletariado internacional.»

Los dirigentes de los partidos comunistas y obreros de los países socialistas han destacado la enorme importancia que tiene para estos países el alentador ejemplo del Programa del PCUS. La Unión Soviética, el primer país que avanza por los inexplorados caminos de la edificación del comunismo, muestra a los países socialistas algunos de los rasgos de su futuro y les ayuda a encontrar los caminos más acertados y menos dolorosos para el logro de los grandes objetivos del comunismo. No es casual que muchos partidos de los países socialistas (como el Partido Comunista de Checoslovaquia, el Partido Comunista Búlgaro y otros) hayan declarado que el nuevo Programa del PCUS corresponde plenamente a sus objetivos.

Nuestros enemigos ideológicos tampoco pueden dejar de ver la gran influencia revolucionaria del Programa del PCUS. La prensa capitalista y los políticos de Occidente se ven obligados a reconocer que el capitalismo no es capaz de oponer nada digno de atención al gran programa de la edificación

comunista, que los «méritos» del sistema capitalista palidecen al lado de las ventajas del socialismo.

Comentando el Programa del PCUS, el *New York Post* escribía: «Durante varios años, ciertos dirigentes norteamericanos se han esforzado por hallar un "objetivo nacional", pero sólo han podido llegar a unas vacuas conclusiones abstractas. Debe reconocerse que el programa propuesto por Jruschov expresa el objetivo nacional ruso en vivas formas concretas... La competición más importante en el mundo contemporáneo es aquella que se propone asegurar una vida buena al mayor número posible de personas, tanto en los países adelantados como en los subdesarrollados, es la emulación entre el comunismo y la bienaventurada democracia. Jruschov juega sus cartas en esta emulación. Tal es la significación del nuevo programa del partido.»

«Los comunistas del mundo entero defienden unánime y consecuentemente la coexistencia pacífica, luchan con decisión por conjurar la guerra», dice la Declaración de Moscú. La edificación comunista, como base para elevar el poderío del Estado socialista, aparece estrechamente vinculada en la política del PCUS a la lucha por la consolidación de la coexistencia pacífica, por la paz, contra la agresión imperialista.

El movimiento comunista internacional ha hecho constar en su documento conjunto que los partidos comunistas están contra la exportación de la revolución, pero que al mismo tiempo consideran su deber internacional luchar contra la exportación de la contrarrevolución. Las acciones emprendidas por la Unión Soviética en el espíritu de este planteamiento ayudaron en forma decisiva al heroico pueblo cubano a liquidar la intervención contrarrevolucionaria organizada la pasada primavera por los imperialistas yanquis. Ello constituyó un reflejo de la nueva situación imperante en la arena internacional, expresada esencialmente en el hecho de que los pueblos, aun los que viven en los lugares más apartados de la tierra, pueden resolver como mejor les parezca los problemas del futuro de sus países, sin temer por su destino, pues el campo socialista y la Unión Soviética representan una firme barrera a la exportación imperialista de la contrarrevolución.

«Los participantes de la Conferencia —dice la Declaración de Moscú— consideran que es deber de todos los Estados del campo socialista, de todos los pueblos pacíficos, defender la inviolabilidad de la RDA, avanzadilla del socialismo en Europa

Occidental y verdadero exponente de las aspiraciones pacíficas del pueblo alemán.»

Es bien conocido el gran apoyo que han prestado y siguen prestando la Unión Soviética y los demás países socialistas al primer Estado obrero y campesino alemán, al ayudarle a defender sus derechos soberanos y a refrenar a los provocadores germanooccidentales. A nadie puede caberle la menor duda de que las medidas tomadas en Berlín por el Gobierno de la RDA con el apoyo de los demás países socialistas han asestado un duro golpe a los planes de los agresores imperialistas.

La Declaración de Moscú ha señalado que «la lucha contra el peligro de una nueva guerra mundial debe desplegarse sin esperar a que comiencen a caer las bombas atómicas y de hidrógeno. Esta lucha debe librarse ahora, redoblando los esfuerzos cada día. Lo principal es poner freno a tiempo a los agresores, conjurar la guerra, no dejar que estalle la conflagración.»

El PCUS y el Gobierno soviético han partido justamente de este principio al aplicar su política exterior, ateniéndose a lo que constituye la línea básica del movimiento comunista internacional. Al mismo tiempo, su invariable deseo de resolver mediante negociaciones todos los problemas ha ido acompañado siempre de una incesante vigilancia frente a los enemigos de la paz, de una denuncia consecuente de sus planes de agresión.

Una prueba elocuente de la disposición de la URSS a no escatimar esfuerzos para luchar por la paz nos la proporcionan las acciones del Estado soviético en el otoño e invierno de 1961. Como es sabido, las maquinaciones imperialistas caldearon en extremo la atmósfera internacional en ese período. El Gobierno soviético, que no dejó de insistir en la necesidad de amplias negociaciones entre el Este y el Oeste, se vio obligado a tomar una serie de medidas militares de carácter extraordinario a fin de fortalecer su poderío defensivo y poner freno a los agresores potenciales. Merced a la firmeza y flexibilidad de la política exterior del Gobierno soviético, ahora figuran a la orden del día las negociaciones en torno al tratado de paz alemán, pese a la posición que en un comienzo adoptaron las potencias imperialistas. Occidente se ha visto obligado a aceptar también la reanudación de las negociaciones sobre el desarme.

«La conjuración de la guerra y el hecho de que los soviéticos y los pueblos de los demás países hayan podido gozar de los bienes de la vida pacífica —indica el camarada Jruschov en el informe del Comité Central al XXII Congreso del PCUS— deben considerarse el resultado principal de la actividad del Partido y de su Comité Central, orientada a incrementar el poderío del Estado soviético y a aplicar la política exterior leninista; deben considerarse un resultado de la labor de los partidos hermanos de los países socialistas y de la activación de las fuerzas pacíficas de todos los países.»

III

La fuente más importante de la fuerza y la invencibilidad del movimiento revolucionario internacional es la unidad, la unidad política e ideológica sobre la base de la solidaridad proletaria, del internacionalismo proletario, que cada partido debe cuidar como la niña de los ojos. De la cohesión de los partidos comunistas, de su comprensión de la gran responsabilidad que asumen ante sus pueblos y ante los pueblos de los demás países, depende el éxito de la gran causa por cuyo triunfo luchamos. Como señala la Declaración de Moscú, el menosprecio de esta responsabilidad, la preferencia por unos intereses nacionales egoístas y estrechos puede ocasionar grave daño a esta causa común. El criterio más importante para apreciar si un partido ha cobrado conciencia de su deber es la actitud adoptada por él ante los acuerdos elaborados conjuntamente, y sobre todo ante documentos fundamentales como la Declaración de 1960.

En su conjunto, el movimiento comunista internacional ha aplicado inquebrantablemente, en el año transcurrido desde la Conferencia de Moscú, los acuerdos elaborados en común por los partidos comunistas y obreros. En los congresos, conferencias y plenos celebrados últimamente por una serie de partidos se ha destacado la enorme importancia de los acuerdos de la Conferencia de Moscú, tanto para el fortalecimiento interno de los partidos como para su cohesión. Muchos partidos han señalado en sus documentos que tales acuerdos les han ayudado a fortalecer sus filas, a luchar contra el revisionismo y el dogmatismo, a mejorar la situación del partido en el respectivo país. Las intervenciones de los representantes de los partidos comunistas y obreros en el XXII Congreso del PCUS, convertido de hecho en una asamblea internacional de los comunistas, estuvieron penetradas de una profunda solicitud por el robustecimiento de la unidad internacional de los comu-

nistas sobre la base de los principios del marxismo-leninismo.

La Conferencia de Moscú prestó especial atención a la necesidad de conseguir la unidad de acción de todos los destacamentos de la clase obrera en la lucha contra la guerra. Dando cumplimiento a este acuerdo adoptado colectivamente, los partidos de una serie de países han desplegado un auténtico movimiento de masas en defensa de la paz. A las acciones de este movimiento se han adherido representantes de las más distintas capas sociales. Guiándose por las ideas de la Declaración de 1960, los partidos han planteado consignas concretas, acordes con las condiciones nacionales y, a la vez, con las exigencias generales de la lucha por la paz mundial.

Los comunistas y, en general, los hombres progresistas de todo el mundo siguen con profunda admiración la valerosa lucha de los comunistas norteamericanos, que en la ciudadela del imperialismo hacen frente a los golpes de la más negra reacción, no se han doblegado en ningún momento y a despecho de todas las amenazas defienden las grandes ideas del marxismo-leninismo, las ideas de la democracia y del socialismo. En todo el mundo, los comunistas, cualesquiera que sean las dificultades con que tengan que enfrentarse, realizan esfuerzos a veces verdaderamente heroicos para convertir en realidad sus objetivos, que responden por entero a los intereses de sus pueblos y a las exigencias del desarrollo nacional. Al mismo tiempo, respetan como algo sagrado los principios del internacionalismo proletario.

A la luz de estos hechos resulta particularmente insolente la actitud de los dirigentes albaneses, que se están apartando cada vez más de los principios de la Declaración de Moscú, documento que expresa la opinión de todo el movimiento comunista y obrero.

Enver Hoxha quiere presentar las cosas como si sus divergencias se redujesen exclusivamente al Partido Comunista de la Unión Soviética. En su discurso del 7 de noviembre dice que «nuestro partido no ha compartido ni comparte la opinión de los dirigentes soviéticos sobre ciertas tesis fundamentales del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, como tampoco está de acuerdo con ciertos planteamientos del XXII Congreso ni con el nuevo Programa del PCUS aprobado por el XXII Congreso. ¿Acaso nuestro partido no tiene derecho a esta disconformidad?»

Naturalmente, los acuerdos del Congreso de un partido no son ni pueden ser obligatorios para otro partido. Pero en este caso no se trata de divergencias entre dos partidos ni de la actitud de un partido ante los documentos de otro. De lo que se trata es de divergencias en torno a cuestiones fundamentales del movimiento comunista y obrero internacional, el cual ha destacado la especial importancia del XX Congreso del PCUS par todos los partidos.

En la Declaración de Moscú, firmada también por los dirigentes albaneses hace poco más de un año, se señala que «los históricos acuerdos del XX Congreso del PCUS no sólo tienen una gran importancia para el PCUS y para la edificación comunista en la URSS, sino que dieron comienzo a una nueva etapa en el movimiento comunista internacional y han contribuido a impulsar su desarrollo sobre la base del marxismo-leninismo».

¿A qué se debe la especial importancia del XX Congreso del PCUS para el movimiento comunista internacional? Se debe precisamente a que en él fueron planteadas y fundamentadas nuevas tesis de principio, aceptadas hoy como armas teóricas prácticamente por todos los partidos comunistas y obreros. Y es justamente con estas tesis fundamentales con las que no está de acuerdo la dirección del Partido Albanés del Trabajo, como la confirma el propio Enver Hoxha.

La primera cosa con la que esa dirección no está de acuerdo, según confesión de Hoxha, es la forma en que el XX Congreso ha tratado el problema de la coexistencia pacífica.

En el citado discurso del 7 de noviembre, Hoxha asegura que la dirección del PAT no se opone al principio de la coexistencia pacífica, pero sí a «ciertas concepciones oportunistas» de los dirigentes soviéticos, los cuales, según afirma, habrían renunciado, en aras de la coexistencia pacífica, a luchar por el desenmascaramiento del imperialismo... ¡No cabe imaginar una calumnia más monstruosa contra los dirigentes del Partido Comunista de la Unión Soviética!

En todos sus acuerdos, en todos sus congresos, cada día y cada hora, el Partido Comunista de la Unión Soviética sostiene una activa lucha ideológica, denunciando la política y la ideología de las potencias imperialistas. Y en esta obra, el papel más activo y más destacado lo desempeña Nikita Jruschov, quien, sirviendo fielmente a su pueblo y a la clase obrera internacional, ha utilizado todas las posibilidades para propagar las ideas del comunismo, lo mismo la tribuna de la ONU que las numerosas entrevistas con los trabajadores de los países capitalistas durante sus viajes al extranjero.

Evidentemente, el argumento de Enver Hoxha según el cual la disconformidad con las «concepciones de los dirigentes soviéticos» es la causa de las divergencias entre el PAT y el movimiento comunista internacional, no constituye sino un intento de desviar la atención de las verdaderas causas.

En el mismo discurso del 7 de noviembre, Hoxha señala claramente el verdadero origen de las discrepancias entre la dirección del PAT y el movimiento comunista internacional en el problema de la coexistencia pacífica. Hoxha dice no estar de acuerdo con quienes «consideran que la coexistencia pacífica es la línea general de la política exterior de los países socialistas». Pero, ¿qué significa no aceptar la coexistencia pacífica como línea general de dicha política? Significa sustituir la disyuntiva de coexistencia pacífica o guerra, planteada por el movimiento comunista mundial y por los países socialistas, por la disyuntiva de paz o guerra. Al proceder así, los dirigentes albaneses identifican la coexistencia pacífica con una simple ausencia de operaciones militares, presentándola como una especie de armisticio entre dos guerras, las cuales serían inevitables, según afirman, mientras subsista el imperialismo.

Tal punto de vista lleva a la conclusión de que la coexistencia pacífica no es para los comunistas más que un recurso táctico, una consigna temporal. Y esto es justamente lo que los propagandistas burgueses reprochan a los comunistas al decir que no son sinceros, que sólo son partidarios de la coexistencia en tanto no comienza la guerra. El abandono de los principios leninistas conduce lógicamente a darse la mano con los enemigos del leninismo.

La coexistencia pacífica, tal como la entiende el movimiento comunista internacional, es la convivencia prolongada de dos sistemas sociales opuestos, sobre la base de la renuncia recíproca a recurrir a la guerra como medio de resolver los litigios interestatales. ¿Tiene fundamento real tal planteamiento de la cuestión? ¿Es factible esa coexistencia?

Los comunistas, que defienden la paz, no son unos pacifistas abstractos que reducen toda su actividad a simples declaraciones en favor de la paz en general, ni tampoco son unos vacuos soñadores. Los comunistas se apoyan en la doctrina materialista del marxismo-leninismo, lo cual significa que al abordar cualquier problema lo hacen teniendo rigurosamente en cuenta las particularidades de la época, la nueva correlación de fuerzas en el mundo. Y ha sido precisamente el análisis de las nuevas condiciones existentes en el mundo lo que les ha permitido llegar a la conclusión de que es posible evitar la guerra en nuestra época y, posteriormente, en un futuro próximo, excluir las guerras mundiales de la vida de la sociedad.

Las conclusiones hechas por el XX y XXI Congreso del PCUS fueron ratificadas y aprobadas por la Conferencia de representantes de los partidos comunistas y obreros de 1960, la cual puso en guardia al movimiento comunista mundial, advirtiéndole el peligro de una errónea exageración de las fuerzas del imperialismo, que, pese a seguir siendo la causa principal del peligro de guerra, puede y debe ser sofrenado por las fuerzas adictas a la paz. La Conferencia subrayó que la misión histórica de los comunistas en nuestros días consiste en librar a la humanidad de la pesadilla de la guerra.

El XXII Congreso, basándose en los acuerdos de la Conferencia de Moscú, hizo una nueva aportación a la teoría y la práctica de la coexistencia pacífica, indicando que ésta no sólo constituye la presente línea general de la política exterior de las fuerzas amantes de la paz, sino que, además, *esta línea general seguirá en vigor hasta la solución de los problemas políticos y sociales que hoy dividen a la humanidad.* Dicho en otros términos, el Congreso demostró que la coexistencia pacífica es a la vez el mejor y el único camino aceptable para resolver los problemas de vital importancia con que se enfrenta la sociedad. Esta conclusión está estrechamente vinculada a la conocida tesis de la Declaración de Moscú de que en un futuro histórico muy próximo se abrirá la perspectiva de excluir las guerras mundiales de la vida de la sociedad.

La renuncia a la política de coexistencia pacífica entre los dos sistemas hasta el triunfo total del socialismo lleva inevitablemente a los dirigentes albaneses a retirar de hecho la consigna de la exclusión de las guerras de la vida de la sociedad. Y esto lo hacen al son de pomposas declaraciones acerca de la necesidad de reforzar la vigilancia, declaraciones cuyo objeto es desviar la atención del movimiento comunista mundial del verdadero problema que tienen planteado. Al mismo tiempo, esas declaraciones embotan la vigilancia y debilitan la actividad de los comunistas en la lucha para excluir las guerras de la vida de la sociedad. En cambio, la forma en que plantea este problema el movimiento comunista mundial, lejos de aminorar la vigilancia de los países socialistas y de los partidos comunistas, los moviliza y los impulsa a realizar nuevos esfuerzos para conseguir sus objetivos.

Los comunistas han dado en la Declaración de Moscú de 1960 y en otros documentos de los partidos una clara respuesta a la cuestión de cómo luchar para desterrar las guerras de la vida de la sociedad. Han señalado que para lograr este objetivo es preciso, en primer término, acrecentar en todos los aspectos el poderío del campo socialista. Todos los partidos comunistas de los países socialistas se han impuesto esta tarea y la están cumpliendo con todo rigor. El movimiento comunista internacional ha mostrado, además, que para excluir las guerras de la vida de la sociedad es preciso seguir fortaleciendo la independencia de los países emancipados del yugo colonial. Esta tarea ha servido par movilizar a los partidos comunistas en la lucha por la plena liquidación del colonialismo, en la intensificación de la ayuda a los jóvenes Estados nacionales y en la lucha contra la política imperialista de exportación de la contrarrevolución. Finalmente, el movimiento comunista internacional ha mostrado que para excluir las guerras de la vida de la sociedad es preciso seguir cohesionando a todas las fuerzas adictas a la paz. ¿Quién sino los comunistas ofrecen en todos los países un verdadero ejemplo de lucha abnegada por esa cohesión, por la formación de un auténtico frente único contra el peligro de guerra?

Vemos, pues, que *la consigna de la exclusión de la guerra mundial de la vida de la sociedad es una consigna de lucha, una consigna de movilización de las masas,* tanto en los países socialistas como en los capitalistas. La falta de fe en la fuerza movilizadora y en la significación de esta consigna no puede justificarse con ninguna clase de peroratas sobre la vigilancia. La vigilancia es necesaria por cuanto existe el imperialismo y se mantiene en pie la amenaza de guerra. El PCUS y todos los partidos comunistas ofrecen un ejemplo de vigilancia, previniendo a tiempo las acciones de los agresores, perfeccionando sus armas de defensa de la paz e impulsando la lucha de las masas populares. Pero esta vigilancia comunista no se halla en contradicción con la lucha por la coexistencia pacífica, sino que es un importante elemento de la misma. Las frases «r-r-revolucionarias» de los dirigentes albaneses acerca de la vigilancia no son más que una tapadera para ocultar su falta de fe en la fuerza de las masas, en la fuerza del movimiento obrero.

Al mismo tiempo que no creen en el principio de la coexistencia pacífica, los dirigentes albaneses afirman estar dispuestos a aplicar este principio a las relaciones entre... los

Estados socialistas. Semejante afirmación revela una supina ignorancia teórica y es, desde el punto de vista político, sumamente nociva.

Los principios de las relaciones entre los países socialistas han sido precisados de un modo exhaustivo en la Declaración de los 81 partidos, donde se destaca que el campo socialista es una *comunidad* social, económica y política de pueblos libres y soberanos, vinculados por estrechos lazos de solidaridad socialista internacional y por la unidad de intereses y objetivos comunes, que marchan por el camino del socialismo y del comunismo. Esta definición muestra que entre los países socialistas se han establecido unas relaciones cualitativamente nuevas y que esos países no se limitan a un simple reconocimiento de la igualdad de derechos y la soberanía. De lo que se trata en esencia no es de una coexistencia entre dos fuerzas hostiles o neutrales, sino de una comunidad y una ayuda mutua fraternales. Negar esto es tanto como socavar conscientemente el principio del internacionalismo proletario (socialista) en las relaciones entre los Estados.

Cabe pensar que los dirigentes albaneses, al hacer sus erróneas deducciones acerca del carácter de las relaciones entre los países socialistas, arrancan de la negación del carácter amistoso y fraternal de las mismas y rechazan la auténtica comunidad socialista de los pueblos del campo socialista.

Por lo demás, las acciones de la dirección albanesa confirman plenamente tal suposición. ¿Acaso no han pisoteado los dirigentes albaneses todos los principios y fundamentos de las relaciones entre los países socialistas al sabotear los postulados del Tratado defensivo de Varsovia y los Estatutos del Consejo de Interayuda Económica? ¿Consideran acaso los dirigentes del Partido Albanés del Trabajo que su torpedeamiento de la propuesta de crear una «zona de paz» en los Balcanes está en consonancia con los principios del internacionalismo socialista? Lo que ocurre es que no creen en los principios de la coexistencia pacífica y por eso no quieren hacer nada para ponerlos en práctica. Eso no es vigilancia, sino pasividad, es ir a remolque de la política exterior de los países capitalistas. La verdadera actitud de los dirigentes del PAT ante los principios del internacionalismo nos la muestra con toda evidencia la campaña de calumnias desplegada por ellos contra los Estados socialistas que se han manifestado disconformes con su rumbo oportunista, antileninista. Al propio tiempo, los dirigentes del PAT han creado unas condiciones insoportables para

el funcionamiento de las representaciones diplomáticas de dichos Estados, lo que ha hecho que el empeoramiento de las relaciones entre los mismos y Albania se haya extendido también al campo de las relaciones interestatales.

Así están las cosas en lo que respecta al problema de la coexistencia y al de las relaciones entre los países socialistas.

¿En qué otras cuestiones de principio discrepan los dirigentes albaneses del movimiento comunista internacional? En el mismo discurso del 7 de noviembre, Enver Hoxha asegura que en el XX Congreso se «embrolló» la cuestión de las formas del paso al socialismo. Afirma que en dicho Congreso se definió el camino pacífico de conquista del Poder por la clase obrera como «el camino casi absolutamente único». Este «casi absolutamente» es una falsedad absoluta.

¿Cuál ha sido la aportación del XX Congreso del PCUS al problema de las formas del paso al socialismo? Basándose en el análisis de la nueva situación, el Congreso señaló las nuevas posibilidades que se le brindan a la clase obrera de los países capitalistas. Al subrayar que allí donde la burguesía sea fuerte, donde disponga de un enorme aparato policíaco, la marcha hacia el socialismo transcurrirá en medio de una encarnizada lucha de clases que adoptará las formas más agudas, llegando incluso a la insurrección armada, el Congreso mostró al mismo tiempo que la lucha de clase del proletariado puede en otros muchos casos llevar al movimiento obrero al Poder por medios puramente pacíficos.

La tesis de que ahora son mayores las posibilidades para el paso pacífico al socialismo fue apoyada ampliamente por el movimiento comunista mundial, como lo evidencia, en particular, la Declaración de 1960 de los partidos comunistas y obreros. Pero es evidente que los dirigentes albaneses menosprecian esas nuevas posibilidades. De hecho permanecen estancados en las viejas posiciones, con lo que atan las manos del movimiento obrero al limitar sus posibilidades de lucha por el socialismo.

Por último, hay otro planteamiento de principio del XX Congreso con el que no están de acuerdo los dirigentes albaneses. El Congreso condenó el culto a la personalidad, por ser incompatible con los principios del marxismo-leninismo. Esta condena figura también en la Declaración de Moscú de los 81 partidos. Los dirigentes albaneses no están de acuerdo. Después del XXII Congreso, en el que se hizo un profundo análisis de las funestas consecuencias del culto a la personalidad, Enver

Hoxha dijo que la dirección del PCUS había «exagerado considerablemente los errores de Stalin».

Es natural que a unas personas que fomentan el culto a la personalidad y persiguen a comunistas honrados por el único delito de propugnar la amistad con la Unión Soviética, la condena de las represalias políticas contra viejos bolcheviques, contra personas fieles a la causa del socialismo les parezca una «exageración». Pero el Partido Comunista de la Unión Soviética ha mostrado con honradez y franqueza al pueblo soviético los abusos de poder cometidos en el período del culto a la personalidad, contribuyendo así a movilizar la actividad de las masas populares. Y esta es la más firme garantía de que en la Unión Soviética se ha acabado para siempre con semejantes cosas. El PCUS y el pueblo soviético no pueden solidarizarse con la política de los dirigentes albaneses, que siguen aplicando en su país la funesta política antileninista del culto a la personalidad.

Tales son las divergencias de principio entre la dirección del Partido Albanés del Trabajo y el movimiento comunista internacional. *El movimiento comunista no apoyó a los dirigentes albaneses ni respaldó su posición en estas cuestiones de principio.*

Pero en la polémica con los dirigentes albaneses hay otro problema esencial. Es el de la forma en que han de suprimirse las discrepancias entre los partidos fraternos, en el caso de que surgieran. La Declaración de Moscú nos ofrece al respecto una orientación muy precisa: «Cuando ante uno u otro partido surjan cuestiones relacionadas con la actividad de otro partido hermano, su dirección lo planteará a la dirección del partido correspondiente; en caso de necesidad se organizarán encuentros y consultas.» Los dirigentes albaneses han pisoteado este principio al rechazar las repetidas propuestas y los pacientes esfuerzos del PCUS y de otros partidos hermanos que querían resolver mediante conversaciones de camaradas las discrepancias surgidas. En esas condiciones, silenciar tales diferencias significaría renunciar a los principios del marxismo-leninismo y encubrir la perniciosa conducta de los dirigentes albaneses, que pone en entredicho las grandes ideas del socialismo.

Habiendo empezado por el sectarismo y el dogmatismo, los dirigentes albaneses han ido rodando hasta caer en la revisión de los principios del movimiento comunista internacional, y siguen por ese camino sin reparar en medios políticos. Como

ha dicho muy justamente Palmiro Togliatti, a los dirigentes albaneses «no se les puede perdonar no sólo el haber infringido todas las normas del centralismo democrático, sino también el que en las relaciones con la Unión Soviética y otros países socialistas hayan llegado a negar y pisotear la solidaridad proletaria internacional».

•

Como era de esperar, la propaganda burguesa ha acogido la noticia de las divergencias entre el PAT y el movimiento comunista y obrero internacional con jubilosas alharacas, hablando de una «crisis del campo comunista».

Los comunistas oyen ya por enésima vez esas paparruchas acerca de que sus partidos y su movimiento se encuentran en crisis. Pero cada vez, después de la correspondiente oleada de divagaciones sobre la crisis del comunismo, nuestros adversarios ideológicos se han visto obligados, en fin de cuentas, a constatar nuevos éxitos de las ideas comunistas. Y era natural que así fuese, pues de todas las pruebas de la lucha ideológica de principios, el movimiento comunista ha salido siempre más fuerte y más monolítico.

Esto se debe, entre otras causas, a que, por paradójico que parezca, las propias divergencias en el seno del movimiento obrero surgen sobre la base del crecimiento y desarrollo de sus filas. Esto ya lo había señalado Lenin cuando decía que «una de las causas más profundas que engendran periódicamente divergencias en cuanto a la táctica es el propio hecho del incremento del movimiento obrero. Si no lo medimos con el rasero de algún ideal fantástico, sino que lo consideramos como un movimiento práctico de hombres corrientes, resultará evidente que el enrolamiento de nuevos y nuevos "reclutas" y la incorporación de nuevas capas de las masas trabajadoras deben verse acompañados inevitablemente por las vacilaciones en el terreno de la teoría y de la táctica, por la repetición de viejos errores, la vuelta provisional a conceptos y métodos anticuados, etc. El movimiento obrero de cada país invierte periódicamente más o menos energía, atención y tiempo para la "instrucción" de los reclutas.» (*Obras Completas,* t. XVI, pág. 340. Edit. Cartago, Buenos Aires, 1960).

Se comprende que tales hechos se den también en el ámbito de todo el movimiento comunista internacional. Sin embargo, estos hechos negativos del crecimiento del movimiento obrero

son temporales y pasajeros, mientras que el propio crecimiento, la cohesión ideológica y política del movimiento constituyen fenómenos irreversibles, pues son una manifestación de las leyes históricas del desarrollo social.

Ahora bien, tal vez haya quien pregunte: ¿cómo es posible que tales vacilaciones hayan podido surgir en un país socialista? Pero en la Declaración de Moscú se dice: «Las manifestaciones de nacionalismo y de estrechez nacional no desaparecen automáticamente en cuanto se establece el régimen socialista.» La estrechez nacional se manifiesta en el intento de absolutizar, universalizar e imponer a los demás partidos ciertas peculiaridades históricas de un país socialista y las dificultades derivadas de su situación exterior o interior, así como las conclusiones erróneas —o incluso acertadas— que se desprenden de tal situación específica. Y eso cuando tales conceptos erróneos, surgidos sobre la base de unas condiciones específicas, se encuentran en pugna tanto con la definición de nuestra época, elaborada conjuntamente por el movimiento comunista internacional, como con las leyes del desarrollo social contemporáneo.

Naturalmente, la aparición de tales vacilaciones en la sociedad socialista no es en modo alguno un fenómeno inevitable. La estrechez nacional sólo se manifiesta en un país cuando la dirección de ese país se desvincula de los intereses del pueblo, se aparta de las masas y adopta posiciones erróneas, antileninistas, nacionalistas. Y esto es lo que ocurre precisamente en Albania, donde la dirección del PAT se ha enfangado en el dogmatismo, mantiene una posición aventurera en las cuestiones básicas del desarrollo contemporáneo y de hecho se da la mano con los enemigos del movimiento comunista.

Las ideas no se concilian, las ideas vencen. Y es justamente en el crisol de la lucha ideológica donde se templa el movimiento comunista. Los comunistas de todos los países están persuadidos de que el Partido Albanés del Trabajo y el pueblo albanés lograrán superar los errores y los extravíos de sus actuales dirigentes y harán que su país vuelva al camino leninista.

•

«. . . El comunismo —ha dicho Nikita Jruschov— se ha convertido en la fuerza más grande de nuestro siglo.» Hoy día no hay país con un movimiento obrero más o menos desarrollado donde no se haga sentir la benéfica influencia de los comu-

nistas. En los últimos cinco años, la familia unida de los comunistas se ha visto acrecentada en 12 partidos y cuenta hoy con 88 destacamentos. El número de comunistas ha aumentado durante este quinquenio en siete millones. En el año transcurrido desde la Conferencia de Moscú se ha acrecentado en casi cuatro millones, siendo en la actualidad de unos 40 millones.

Estas cifras no reflejan, por sí solas, todo el poderío y toda la significación del movimiento obrero revolucionario internacional. Bajo las banderas del comunismo avanza el poderoso campo socialista, con sus inmensos recursos materiales. Las ideas del socialismo se han ganado los corazones de millones de personas, y quienes no se han situado todavía en las posiciones del socialismo científico, inevitablemente lo harán mañana, pues ellas tienen la fuerza de la verdad y habrán de asegurar a todos los pueblos la Paz, el Trabajo, la Libertad, la Igualdad, la Fraternidad y la Dicha.

(Publicado en el núm. 1 de 1962 de REVISTA INTERNACIONAL)

EL PROGRAMA DEL COMUNISMO Y EL MOVIMIENTO DE LIBERACION NACIONAL

RODNEY ARISMENDI

Primer secretario del CC del Partido Comunista del Uruguay

El Proyecto de Programa del Partido Comunista de la Unión Soviética posee una inmensa y fértil proyección internacional. Concreción en cifras y objetivos de la edificación de la segunda etapa de la formación social comunista es, a la vez, una perspectiva para la humanidad en su lucha histórica definitiva por la paz, la democracia, el socialismo y el anticolonialismo. Es difícil exagerar su impacto ideológico en la gran pugna intelectual de nuestro tiempo, que refleja idealmente o en la acción política, el encuentro final del socialismo ascendente y la sociedad crepuscular del capitalismo imperialista. Una de las razones de su fuerza reside, sin duda, en que culmina con un gran trabajo teórico la línea creadora impulsada en todo el ámbito marxista-leninista desde el XX Congreso del PCUS y que ha sido jalonada por profundos y llenos de vida documentos programáticos del movimiento comunista internacional. A este respecto, queremos apenas si destacar algunas ideas acerca de las importantes generalizaciones que lleva a cabo en cuanto a la disgregación del sistema colonial del imperialismo y al movimiento de liberación nacional, examinado éste en su devenir, en su presente y su futuro, es decir, teniendo en cuenta que las dos próximas décadas definirán abrumadoramente el pleito histórico entre el capitalismo y el socialismo.

I

UN TRIPODE SOBRE EL QUE SE ASIENTA EL PORVENIR DEL MUNDO

Es fácil de advertir la influencia acrecentada que tendrán en el próximo decenio la edificación del comunismo en la Unión Soviética y el sistema socialista, sobre los fenómenos originados por la bancarrota del sistema colonial del imperialismo.

El «surgimiento del socialismo —dice el Proyecto de Programa— marca la llegada de la era de la liberación de los pueblos oprimidos». La historia contemporánea confirmó clamorosamente la teoría de Lenin acerca de la revolución socialista, concebida no sólo como la lucha del proletariado de las metrópolis contra su burguesía, sino también como todo un período histórico de confluencia de las revoluciones democráticas y nacionales de los pueblos oprimidos. Inclusive la hipótesis barajada por Lenin en su célebre polémica con Rosa Luxemburgo[1] de un posible nuevo período de surgimiento en Asia de Estados nacionales burgueses, encontró un lugar en el escenario de nuestro tiempo. La mayoría de la humanidad ha escapado de la órbita de la dominación política del imperialismo. La revolución anticolonialista ha adquirido gigantescas proporciones; luego del sistema socialista —que determina el carácter de nuestra época— es el segundo rasgo histórico por su importancia. «La poderosa oleada de las revoluciones de liberación nacional va barriendo el sistema colonial, va minando los pilares del imperialismo. En lugar de las antiguas colonias y semicolonias, han surgido y van surgiendo jóvenes Estados soberanos. Sus pueblos han iniciado un nuevo período de su desarrollo. Se han alzado como artífices de una nueva vida y activos participantes de la política internacional, como una fuerza revolucionaria de destrucción del imperialismo» —subraya en síntesis precisa el Proyecto de Programa—. La frase condensa lo esencial de esta gran aportación positiva que el movimiento de liberación nacional incorpora a la realidad internacional de nuestros días.

Pero, a la vez, este cuadro internacional ofrece una gran complejidad, que ha sabido captar en tesis teóricas el citado documento. En la hora en que la Unión Soviética se dispone a aprobar su programa, confluyen en la realidad internacional, sobre un plano objetivo común la lucha contra el imperialismo, el sistema socialista, los nuevos Estados nacionales independientes, el movimiento de liberación nacional y la lucha de la clase obrera y los pueblos del mundo. El programa del comunismo, la brega por la paz y el esfuerzo por liquidar definitivamente el colonialismo forman un trípode sobre el que se asienta —para miles de millones de hombres de todos los continentes—, el porvenir del mundo. Son objetivos de distinto alcance, claro está; pero a la vez, se puede decir que es la plataforma del frente único de la clase obrera internacional —protagonista de nuestra época y triunfadora en un cuarto del planeta— con los cientos de millones de seres de Asia, Africa y América Latina. En este sentido, el plan de la construcción del comunismo significa una aportación a la defensa de la paz, a la consolidación y extensión de la «zona de paz» que es un factor importante para hacer retroceder al imperialismo —particularmente norteamericano— en sus sueños de incendiar otra conflagración.

Y, a su vez, supone la posibilidad de una mayor ayuda del sistema socialista a la preservación de la independencia política, al desarrollo económico y al progreso social de los pueblos que se liberan. El formidable desenvolvimiento de las fuerzas productivas, significado por la construcción de la base material y técnica del comunismo, aparejará una cooperación aún mayor para los países de Asia, Africa y América Latina en cuanto a la posibilidad de un comercio mutuamente beneficioso y de una contribución efectiva a la construcción de su industria y la diversificación y tecnificación de su agricultura, y a un mayor progreso material y cultural. La ayuda otorgada a Cuba por la Unión Soviética y los otros países del socialismo —descripta desde la tribuna de Punta del Este por el comandante Guevara es una indicación actual de lo que aportará la portentosa hazaña de la edificación del comunismo, de modo multiplicado, en el futuro inmediato, a los pueblos que toman la ruta de su independencia.

El plan de la construcción del comunismo significa, a la vez, para todo el movimiento de liberación nacional, una garantía política mayor contra las intentonas imperialistas, especialmente encabezadas por el gendarme del colonialismo internacional, los Estados Unidos, una mayor posibilidad de paralizar la «exportación de la contrarrevolución», que el ejemplo de Cuba está ilustrando; pero que tiene una muy vasta

[1] V. I. Lenin «Sobre el derecho de autodeterminación de las naciones», *Obras escogidas,* Editorial en Lenguas Extranjeras, Moscú 1941, págs. 240—297.

proyección para los pueblos de la América Latina. ¡Hasta dónde se habrá impuesto triunfadoramente este fruto político internacional de la época en los decenios victoriosos de la edificación desplegada del comunismo!

En el II Congreso de la Internacional Comunista, Lenin planteó con agudeza que, desde Octubre de 1917, ningún problema de la lucha de los pueblos coloniales y dependientes podría ser comprendido al margen del enfrentamiento histórico de los dos sistemas, el socialismo y el capitalismo. Los cañones del «Aurora», que anunciaron la época del socialismo y la crisis del sistema capitalista, inauguraron también la crisis del sistema colonial del imperialismo. La victoria de la URSS en la guerra y la formación del sistema socialista —segunda fase de la crisis general del capitalismo— trajeron la disgregación de la estructura colonial. La transformación del sistema socialista en factor determinante del desarrollo social —tercera etapa de la crisis general del capitalismo— entra en un momento superior con el pasaje de la URSS a la edificación del comunismo en toda la línea, en un plazo definido y breve de dos decenios. ¿Quién puede negar que en cada cifra del proyecto soviético se están forjando, para un futuro cercano, con la victoria definitiva en la emulación económica con el capitalismo y con el ejemplo de la superioridad del comunismo, los clavos para el féretro que albergará los restos de toda la arquitectura colonial?

Desde este ángulo, ello adquiere una enorme significación para los latinoamericanos, ya incorporados por la hazaña cubana al frente antiimperialista activo, a la revolución arrolladora de los pueblos coloniales y dependientes.

Nuestros pueblos han entrado a la liza en esta hora del destino de la historia universal. Su liberación madura en la profunda crisis de toda la estructura dependiente y latifundista, encerrada en el círculo de hierro de sus contradicciones, y que sufre el embate ascendente de las grandes masas que despiertan, luchan y que ya nada ni nadie podrá detener. Cuando Cuba se defiende y construye; cuando el pueblo de las Guayanas gana posiciones de gobierno; cuando las multitudes brasileñas frustran el manotazo militar ordenado por Wáshington luego del fracaso de Punta del Este; cuando el FRAP chileno, la unidad popular venezolana, los obreros y estudiantes de Uruguay, Argentina y otros países inundan las calles con su militancia rumorosa, todos sentimos que nuestro continente se yergue entre sus cadenas y que un temblor

revolucionario está corriendo por la columna vertebral de los Andes. Lo siente el imperialismo yanqui, que procura desatar en el continente un nuevo ciclo de golpes de Estado y agresiones mientras habla de la «revolución de las esperanzas», queriendo robarle a los pueblos la definición augural de su insurgencia. Pero lo sentimos los latinoamericanos: este decenio será el nuestro; con 10 años de paz y con el plan del comunismo ¿cómo no creerlo?

Ni siquiera recurrimos, al hacer esta proclamación, a la bella excusa de Lenin: «Ningún marxista es completo si no sabe soñar... Mis sueños pueden aventajar al curso natural de los acontecimientos... —decía— pero aún así fomentan y fortalecen la energía del hombre que trabaja».

II

ENFOQUES DE LA REVOLUCION CONTINENTAL

El Proyecto de Programa del PCUS —decíamos— posee el gran mérito de generalizar, desde el punto de vista de la clase obrera, del marxismo-leninismo, la compleja dialéctica de los problemas de nuestro tiempo. Marx ha dicho que la lucha de la clase obrera es nacional por su forma e internacional por su contenido. La originalidad de este período consiste en que la clase obrera preside el desarrollo histórico desde el poder en el sistema socialista y avanza hacia su objetivo supremo, el comunismo; pero, a la vez, dentro de los Estados donde aún no ha asaltado el cielo, la clase obrera participa en la gesta peculiar, nacional, de cada pueblo. E interviene, en particular, en los primeros puestos de la lucha por la liberación de los pueblos coloniales y dependientes. Desde el poder, en el sistema socialista, la clase obrera ayuda al movimiento de liberación nacional, independientemente de que a su frente esté un burgués nacionalista, un rey árabe o un jefe de tribu. Y la lucha de liberación nacional de estas fuerzas (que «objetivamente son revolucionarias»), contribuye a socavar los planes del imperialismo, acelera la victoria mundial de la revolución socialista.

La clase obrera, dentro de todo el movimiento, brega activamente y en primer plano por la liberación nacional y colabora así con todo el pueblo. Pero a la clase obrera no le es indiferente la vía de desarrollo o el grado de independencia que logre su país. Es, entre todas las fuerzas sociales patrió-

ticas, la única consecuentemente revolucionaria, tanto desde el punto de vista nacional como social. Y si la clase obrera —por razones de principio— proclama desde el poder en el sistema socialista que la «vía de desarrollo es un problema interior de cada pueblo»[1], la clase obrera, vanguardia de todas las masas laboriosas, de todos los combatientes por la independencia, la democracia y el bienestar, afirma su voluntad de lograr la independencia política y económica completa, de bregar por una vía de avance ininterrumpido hacia el Estado de democracia nacional y hacia el socialismo. «La revolución de liberación nacional no termina con la conquista de la independencia política. Esta conquista será precaria y se convertirá en una ficción si la revolución no conduce a cambios profundos en la vida económica y social y no da solución a los problemas candentes del resurgimiento nacional» —dice el Proyecto de Programa.

Esto es evidente a lo extenso del mundo actual. La lucha consecuente contra el imperialismo es la condición básica para resolver los problemas nacionales. Ante todo, porque los imperialistas no se resignan a perder la fuente principal de sus elevados beneficios y recurren al crimen, a las guerras coloniales, a las agresiones, como la invasión de los EE.UU a Cuba, al asesinato, como en el caso de Lumumba, y a todo tipo de maniobras, políticas, militares o ideológicas o de conservación y conquista de posiciones económicas a través del «neocolonialismo». Un ejemplo de este tipo de maniobras lo otorga actualmente la llamada «Alianza para el Progreso» que firma el Presidente Kennedy.

La lucha consecuente contra el imperialismo supone el mantenimiento de una política exterior independiente, de paz, de coincidencia y colaboración con el sistema socialista en la arena internacional a fin de consolidar la coexistencia pacífica, promover el desarme y concluir con la llaga purulenta de la dominación colonial. Y en el plano interior, significa abrir paso a la independencia económica: nacionalizar la propiedad de los monopolios imperialistas y liberar el comercio exterior. Lenin indicó que la diferencia entre el sistema colonial del imperialismo y las viejas estructuras coloniales de las formaciones anteriores residía, precisamente, en el dominio económico, cuya base principal es la exportación de capitales.

[1] Jruschov recordaba, recientemente, la sentencia de Engels: «Una cosa es indudable: el proletariado victorioso no puede imponer la felicidad a ningún otro pueblo sin minar su propia victoria».

La actitud revolucionaria frente a los monopolios imperialistas, la conquista de la independencia económica, es la base mejor para afirmar la independencia política y no recaer en la subordinación semicolonial. Este objetivo histórico está planteado hoy en forma dilemática, tanto para los nuevos Estados soberanos de Asia y Africa como para los países de América Latina que conquistaron en la primera parte del siglo XIX una «bandera y un escudo», pero que fueron subordinados económicamente en el proceso de formación del sistema colonial del imperialismo y hoy integran el sector principal de expoliación de los imperialistas norteamericanos. Por esto los latinoamericanos decimos que Cuba inició la «segunda guerra de independencia».

La lucha por la plena independencia económica se consustancia con el conjunto de las medidas de fondo, capaces de resolver los problemas candentes que en este programa se nominan del «resurgimiento nacional»: la reforma agraria radical, la liquidación de las relaciones sociales precapitalistas y una transformación democrática profunda que asegure el desenvolvimiento amplio y rápido de las fuerzas productivas. Ello exige, simultáneamente, la participación amplia y efectiva del pueblo, de las grandes masas laboriosas de obreros, de campesinos, de las capas medias, de la intelectualidad patriótica en la dirección política y en la administración del Estado.

El carácter y la profundidad de las transformaciones democráticas están, sin ninguna duda, en relación directa con el papel de las masas, con la hondura de la participación de la clase obrera y los sectores populares en todas las decisiones. La actitud de la burguesía nacional tenderá a la restricción de la acción popular, a la reducción del papel de las masas en la administración del Estado y en la dirección de la política exterior e interior. Por lo tanto, el alcance de las medidas democráticas, la firmeza de la actitud exterior e interior contra el imperialismo y las clases y capas caducas de la vieja estructura económico-social, dependen estrechamente del papel de las masas y de la posibilidad de una acción recia de la clase obrera, o de las fuerzas sociales avanzadas donde esta clase aún no exista. Dependen, pues, del papel e influencia del proletariado en un doble aspecto: en su capacidad para encabezar la lucha y en su iniciativa política tendiente a agrupar a otras capas sociales avanzadas, en primer término, a los campesinos.

Surge de este planteamiento que estamos ante dos métodos,

dos maneras de enfocar los problemas de la revolución democrático-nacional; el método revolucionario, que conduce a resolver rápida y aceleradamente los problemas de la independencia nacional total y de la realización de las transformaciones democráticas y el método que podríamos, un poco libremente, llamar reformista y que conduce a conservar el atraso, a la lenta evolución en beneficio de la burguesía y los terratenientes, a la limitación antidemocrática del papel de la clase obrera y a mantener abierta una ventana para el regreso del imperialismo o para preservar los raigones de su dominación en el plano económico. Desde el punto de vista social, este segundo es el camino del sufrimiento y de la larga explotación de las masas.

Para nosotros, latinoamericanos, Cuba ofrece un ejemplo vivo y simbólico del primer método, con sus propias peculiaridades a las que no es necesario referirse de nuevo. En las peores condiciones geográficas —o «geopolíticas», para mencionar la falsa ciencia que el Pentágono plagia a Haushofer y los generales hitlerianos— el gobierno de Fidel Castro nacionalizó la propiedad de los monopolios imperialistas, llevó a cabo una reforma agraria radical, dio techo y primeras letras al pueblo, inició, con ayuda de los países socialistas, un vasto plan de transformación económica. Para ello, armó al pueblo y se apoyó decisivamente en el nuevo aparato estatal que van conformando; socialmente, la clase obrera, los campesinos y las capas medias; políticamente, la unidad de los partidos revolucionarios, los sindicatos y organizaciones de masas. El carácter, la profundidad y eficiencia de la revolución ha unido los objetivos radicales y la intervención de la clase obrera y las masas trabajadoras en la dirección de la nueva sociedad cubana.

Para América Latina, el ejemplo de Cuba contrasta vivamente con las referencias que recibimos de algunos países de Asia y Africa donde la burguesía nacional reprime la intervención popular, persigue a la clase obrera e ilegaliza Partidos Comunistas. Tales actitudes, vinculadas a veces a la postura regresiva interna de capas de la burguesía nacional, no puede por menos que afectar de vacilación su política exterior, debilitar la lucha contra el imperialismo y poner en peligro la independencia política.

El método radical para el encaramiento eficiente de las cuestiones cardinales de la revolución democrático-nacional tiene, para el proletariado, una base de clase, ya subrayada en

las páginas inmortales del Manifiesto, y tiene también una acabada expresión científica en la teoría de Lenin de la revolución socialista internacional, en la cual se integra, como un aspecto fundamental, su teoría de la dirección del proletariado en la revolución democrática, elaborada por el genial jefe revolucionario en 1905. Cuando Lenin concebía la revolución socialista internacional en el cuadro de una alianza del proletariado mundial con los pueblos coloniales y dependientes, partía, a la vez, del papel independiente de la clase obrera dentro del movimiento democrático nacional y de su lucha armónica por la democracia y el socialismo. El principio de la hegemonía del proletariado se acompaña del principio de la alianza de las clases y capas sociales democráticas y antiimperialistas. La valoración de la revolución democrática y nacional dentro del marco de la revolución socialista internacional (por su significación objetiva antiimperialista) se combina armoniosamente con la otra tesis cardinal del leninismo, el carácter ininterrumpido de la revolución democrática dirigida por el proletariado, el proceso de avance radical de ésta y su conversión luego en socialista. Ambas ideas confluyen en la imprescindible necesidad del partido obrero, de su formación ideológica, que involucra la sabia combinación dialéctica del internacionalismo y el patriotismo.

Recientemente, en un buen libro de los profesores norteamericanos Huberman y Sweezy[1] se inserta una nota polémica con James Allen y Blas Roca acerca del carácter y la evolución de la revolución cubana. No conozco lo dicho por Allen, pero sí lo escrito por Blas Roca. Los autores cuestionan la denominación de la revolución cubana como nacional y democrática, anotando la elevada proporción que tuvieron las premisas materiales para el socialismo, en el cuadro de las medidas revolucionarias. En verdad, la confusión de Huberman y Sweezy estriba, precisamente, en no comprender la dialéctica de las revoluciones democrático-nacionales y socialista. La revolución cubana comenzó como una revolución agraria y antiimperialista y aceleró su curso, asentando en la vida económica y política puntos de apoyo para su ulterior transformación. El 1° de Mayo, Fidel Castro calificó de socialista la ideología de la revolución. La revolución ponía la proa hacia el socialismo. Esa tarea va unida no sólo a las medidas materiales, sino, también, al claro papel rector de la clase obrera en la

[1] *Anatomía de una revolución.* Editorial Palestra. Buenos Aires.

revolución. Los mismos dirigentes de la revolución, al afirmar sus convicciones socialistas, se elevaron —valga el célebre concepto del Manifiesto— a la «inteligencia teórica del conjunto del movimiento histórico».

En el proceso de disgregación del sistema colonial del imperialismo, la revolución china, y también la coreana y vietnamita, han ilustrado, de un modo más clásico, menos complejo que el cubano, la vía de la revolución democrático-nacional que se transforma en socialista. Es decir, al ser dirigida desde su comienzo, por el proletariado, la revolución antiimperialista y agraria y la revolución socialista son dos fases del mismo curso histórico.

¡Es de pensar, no obstante, cuántas formas originales tomará el proceso en los países coloniales y dependientes, también en nuestra América Latina! Si las revoluciones democráticas nacionales se sitúan históricamente hoy en el cuadro de la época del socialismo, si ello ya ha influido en la valoración teórica de las vías posibles —pacífica o violenta, según las circunstancias— hacia el socialismo, si la realidad internacional permite pensar en que muchos pueblos que se liberan pueden saltar del atraso milenario al socialismo con la ayuda del sistema socialista mundial, si la vida celérica y compleja le está planteando cada día más inquerimientos urgentes a la teoría, ¿qué pensar de estos decenios en que nos disponemos a ganarle la paz al imperialismo, de estos dos decenios presididos por el plan de la construcción del comunismo?

Jruschov ha subrayado, en un importante discurso, la complejidad y riqueza de formas que adquiere la lucha social en este recodo de la historia, en la segunda mitad del siglo.

> «Los comunistas somos revolucionarios —dice— y procederíamos indebidamente si no advirtiéramos las nuevas posibilidades, si no halláramos los métodos y las formas nuevas que nos conduzcan mejor al logro del objetivo perseguido. Debe destacarse particularmente la idea expuesta en la Declaración acerca de la formación de Estados de democracia nacional. En la Declaración se definen los rasgos fundamentales de dichos Estados y las tareas que están llamados a cumplir. Es importante subrayar que, dada la enorme diversidad de condiciones concretas en los países cuyos pueblos han despertado y hacen ya la historia, no pueden menos de surgir múltiples formas de solución de los problemas que plantea el progreso social.
>
> La aplicación certera de la teoría marxista-leninista en los países emancipados estriba precisamente en tener en cuenta los rasgos específicos de la vida económica, política y cultural de los pueblos al buscar las formas de agrupar a todas las fuerzas sanas de la nación y de asegurar el papel dirigente de la clase obrera en el frente nacional, en la lucha por la extirpación decidida de las raíces del imperialismo y de los restos del feudalismo, por desbrozar el camino para avanzar, en fin de cuentas, hasta el socialismo»[1].

La influencia social e ideológica de la sociedad comunista —a medida que emerge la técnica, la economía y la liberación del hombre de todas las alineaciones— gravitará, luminosamente, en la conciencia de la parte más dolida de la humanidad, los pueblos de Asia, Africa y América Latina. Y nos ayudará a encontrar los caminos de la emancipación.

En otro aspecto, el método revolucionario de encaramiento de los postulados del movimiento democrático-nacional —que tiene para el proletariado un contenido de clase y un firme basamento teórico— está relacionado con su concepción respecto al sistema de las alianzas, del frente único, de la unidad democrático-nacional.

No es fruto de la casualidad que Lenin haya recogido y desarrollado las opiniones de Marx acerca de las causas de la derrota de las revoluciones democráticas de Europa Central en el siglo XIX, y que haya madurado, en todos sus aspectos, la idea de la alianza obrero-campesina. Para Lenin, es el núcleo básico en todo el sistema de alianzas del proletariado, una condición de su hegemonía y el requisito para el desarrollo consecuente y radical de la revolución democrática y su transformación en socialista. Esta alianza se integra luego entre los sillares de la teoría de la dictadura del proletariado. El dispositivo social de las fuerzas en la revolución agraria y antiimperialista, (y en la acción política dentro de un nuevo Estado nacional o de Democracia Nacional), es más amplio que en una revolución democrática al estilo de 1905 ruso. La presencia del factor nacional así lo condiciona; una parte de la burguesía nativa interviene o es susceptible de participar en la revolución. Empero, la alianza obrero-campesina es siempre la base del esquema estratégico del proletariado. El desarrollo de la revolución democrático-nacional —su triunfo efectivo y su continuidad—, así como la objetivación de las

[1] Revista Internacional, Núm. 1, 1961, pág. 21.

tareas radicales, dependen, tienen que ver directamente, con el criterio que respecto a las alianzas sostenga el proletariado, con su enfoque del frente democrático-nacional. Desde este punto de vista, la alianza obrero-campesina y el agrupamiento de las grandes masas trabajadoras y las capas medias urbanas en torno al proletariado, definen el curso de la revolución, la materialización de sus tareas democráticas en profundidad. Constituyen el pivote de la estrategia y la táctica del proletariado y su Partido.

Esta concepción no se contrapone a la máxima amplitud con vistas al alineamiento de todas las fuerzas patrióticas en la lucha contra el imperialismo, ni con la frescura y matizada agilidad de la táctica. Una peculiaridad de la revolución en las colonias y países dependientes consiste en el papel de la burguesía nacional. En este sentido, el Proyecto de Programa da un carácter definitivo, de generalización, a las experiencias contemporáneas ya muy ricas, al respecto:

> «La burguesía nacional tiene, por su propia naturaleza, un doble carácter. En las condiciones actuales, la burguesía nacional de las colonias, antiguas colonias y países dependientes no comprometida con los círculos imperialistas, está objetivamente interesada en el logro de los objetivos fundamentales de la revolución antiimperialista y antifeudal. Por consiguiente, no se han agotado todavía su papel progresista y su capacidad para participar en la solución de los acuciantes problemas nacionales.
>
> Sin embargo, a medida que crecen las contradicciones entre los trabajadores y las clases pudientes y se agrava la lucha de clases dentro del país, la burguesía nacional muestra cada vez mayor propensión a ponerse de acuerdo con el imperialismo y la reacción interior»[1].

Un acierto también del Proyecto de Programa es concebir la formación del frente democrático-nacional, no de una manera estática, como si las actitudes de las clases se definieran aisladamente, sino de un modo vivo, dialéctico, donde la actitud de cada clase se determina no sólo según sus fines, sino en el cuadro de las condiciones de la lucha de clases, de la acción de las masas y del papel desempeñado por el proletariado.

> «La clase obrera es la luchadora más consecuente por llevar hasta el fin esta revolución, por los intereses nacionales y el progreso social. Con el desarrollo de la industria crecerán numéricamente sus filas y se elevará su papel en la vida político-social. La alianza de la clase obrera y el campesinado es la condición básica del éxito en la lucha por profundas transformaciones democráticas, por el progreso económico y social. Esta alianza está llamada a ser el núcleo de un amplio frente nacional. De la solidez de la misma depende en gran medida el grado de participación de la burguesía nacional en la lucha antiimperialista y antifeudal. En el frente nacional se unen también la pequeña burguesía urbana y los intelectuales democráticos»[1].

El Proyecto de Programa arma así al proletariado de los países coloniales y dependientes contra los posibles errores acerca del papel de la burguesía nacional en la lucha de liberación: *la exageración de su combatividad revolucionaria* que conduce a debilitar la importancia de la alianza obrero-campesina, de la acción independiente del proletariado y la función del Partido marxista-leninista; y *la posición extremista* que pierde de vista las diferencias entre la revolución en un país oprimido nacionalmente y un país capitalista desarrollado y opresor. En el primer caso incurren las desviaciones oportunistas que llevan al proletariado al seguidismo, a la pérdida de una política propia, a la autolimitación de sus posibilidades y reivindicaciones, e ideológicamente a impregnar el marxismo-leninismo de nacionalismo burgués. En el segundo, chapalea la verborrea de los trotsquistas, que niegan toda posible aptitud antiimperialista de la burguesía nacional, que impulsan al aislamiento de la clase obrera, al palabrerío radical, cobertura de la pasividad política de masas y la impotencia revolucionaria.

III

DESARROLLO SOCIALISTA O DESARROLLO CAPITALISTA

La cuestión de la actitud y del programa de las distintas clases en el movimiento de liberación nacional nos lleva de la mano hasta un cruce de caminos: ¿qué vía tomarán los pueblos que se liberan para resolver los problemas del atraso y el «subdesarrollo»? ¿El capitalismo o el socialismo?

Las transformaciones gigantescas de los países socialistas en tan breve período, y la ascensión a los primeros planos de

[1] *Proyecto de Programa del PCUS,* ediciones de la Revista *URSS,* Montevideo, pág. 51.

[1] *Proyecto de Programa del PCUS,* ediciones de la Revista *URSS,* Montevideo, págs. 50—51.

la política internacional de los pueblos de Asia, Africa y América Latina, han hecho de los tópicos referentes a la desigualdad del desarrollo, un material de polémica y de informes internacionales, inclusive, han servido para incubar «teorías» económicas.

En la convocatoria de la reciente Conferencia del CIES, el Presidente Kennedy ofreció como panacea su «Alianza para el Progreso»: ¡EE.UU. iba a contribuir al desarrollo de América Latina! En verdad, el imperialismo del dólar salía al paso, con una maniobra de corrupción de las clases dominantes, a la protesta latinoamericana originada por la aguda crisis de la estructura económico-social. Era el plan neo-colonialista para Iberoamérica, la compra de la complicidad ante la agresión a Cuba y el realistamiento de los países del sur en su estrategia mundial. La Conferencia del CIES fracasó entre otras cosas, porque antes había existido Playa Girón. Además, la primera condición para el desarrollo de América Latina reside justamente en romper el yugo de los monopolios de los EE.UU. y en llevar a cabo profundas reformas agrarias. Y tales soluciones sólo podrán venir a través de una transformación revolucionaria como la que Cuba llevó a cabo.

Esto no quiere decir que los pueblos de América Latina no puedan lograr una correlación más favorable en este o aquel país, que les permita efectuar una política exterior independiente, de paz, de comercio múltiple, de relaciones mutuamente beneficiosas con el sistema socialista, de colaboración con Cuba y, en lo interior, adoptar medidas económicas progresivas y actitudes democráticas. Es decir, que no pueden lograr una mejora en su actual situación. No obstante, los problemas que se resumen bajo el nombre —de escaso rigor científico— de «subdesarrollo», sólo podrán resolverse por un cambio revolucionario —agrario y antiimperialista— que facilite un tránsito posterior hacia el socialismo.

Están llamadas al fracaso las ideas de ciertos grupos de la burguesía que postulan hacer avanzar nuestros países, mediante un simple estímulo del desarrollo capitalista dentro del marco de las actuales relaciones sociales que se asientan en el latifundio y el dominio norteamericano. Este seguirá agudizando todas las contradicciones; ahondará la crisis de estructura y hará pagar a las grandes masas del pueblo los gastos de una presunta industrialización y modernización de la explotación agraria. Es la experiencia del incremento industrial y del desarrollo capitalista del campo latinoamericano

en lo que va de siglo. La «teoría del desarrollo» —tanto tiempo calentada sobre el pecho por la gran burguesía conciliadora— ha dado sus lógicos frutos: se apoderó de ella el imperialismo del dólar, se llama el plan Kennedy, rótulo de los manejos neocolonialistas contra la revolución latinoamericana.

El Proyecto de Programa del PCUS sitúa la alternativa: capitalismo o socialismo, como un dilema fundamental planteado ante los pueblos que se han liberado políticamente del imperialismo. Pero, de cierto modo, es también nuestro problema. Países dependientes del imperialismo y de estructuras donde restan resabios precapitalistas, definimos nuestra revolución democrática en la hora de la revolución socialista internacional. Nuestra revolución deberá cruzar etapas, partir de una situación peculiar, pero deberá ir hacia el socialismo.

Además y en cierto sentido, ¿no está experimentando Bolivia, en su miseria y sufrimiento, el camino del capitalismo para los pueblos subdesarrollados?

No queremos decir que allí no resten tareas democráticas y tareas nacionales; pero la ruta burguesa comenzó a hacer sus armas, y ha demostrado ser inconsecuente respecto a sus propios objetivos; y además, esos objetivos —por ser capitalistas— acentúan los elementos de la polarización de la riqueza y la pobreza, y de la explotación de las masas en sus formas más brutales. Las masas bolivianas bien pueden volver los ojos hacia los bashkires o tadzhikos a quienes la revolución soviética otorgó la felicidad y la cultura socialistas. Ya Rodolfo Ghioldi se tomó el trabajo hace unos años de comparar los progresos del Uzbekistán con el drama sin horizontes de las provincias pobres argentinas. También puede meditar este ejemplo el pueblo uruguayo que conoce casi un siglo de lento desenvolvimiento capitalista, de evolución burguesa del latifundio y de avance de la industria liviana, mientras mantiene y agrava la crisis estructural de la economía y la explotación de las grandes masas.

> «El capitalismo es el camino del sufrimiento de los pueblos...» —dice el Proyecto de Programa— ...«El socialismo es el camino de los pueblos hacia la libertad y la felicidad»...
>
> «El camino de desarrollo no capitalista se asegura mediante la lucha de la clase obrera, las demás masas populares y el movimiento democrático general y responde a los intereses de la mayoría absoluta de la nación.»

Cuba ha puesto el timón hacia el socialismo. Su imagen co-

loca el tema sobre el suelo de Latinoamérica. Los comunistas del Uruguay, que sostenemos un programa democrático de liberación nacional, proclamamos que esa es la vía para que Uruguay pueda transitar luego hacia el socialismo. Luchamos por una revolución agraria antiimperialista, dirigida por la clase obrera.

IV

LA VICTORIA IDEOLOGICA DEL MARXISMO-LENINISMO

Si elevamos los ojos desde el duro trajín cotidiano hasta los días que vendrán, advertiremos que la definición de la contienda entre las dos ideologías básicas y rivales —capitalista y socialista— tendrá la agudeza febril que caracteriza las últimas batallas. A medida que la sociedad comunista vaya perfilando sus contornos, será más frenético el anticomunismo; pero también más ostensible su fracaso. Todos los mitos publicitarios acerca de la oposición entre el comunismo y la libertad, todos los exorcismos y rituales acerca de la personalidad humana, la democracia y el patriotismo con que los sacerdotes teóricos del capitalismo en putrefacción han querido enmascarar su decadencia y el fin de todos los regímenes fundados en la opresión nacional y social, se desvanecerán a los golpes del sol y del aire de la nueva sociedad que —al decir de Marx— humanizará las condiciones sociales.

Esto no ocurrirá solamente con el paramento ideológico de las cúspides doradas del capital financiero, sino también en otros órdenes de la vida ideal.

A través de la lucha ideológica, se abrirá paso la victoria del marxismo-leninismo, la ideología socialista, sobre las corrientes intelectuales no científicas que expresan el pensamiento y la filosofía social de otras clases que no son el proletariado; aun de aquellas que coinciden con éste en la lucha social y nacional contra el imperialismo, pero que tienen, como es natural, una concepción deformada de la historia y de la sociedad y una visión del mundo estrecha y falsa por las limitaciones propias de las clases sin porvenir.

Algunas de estas corrientes, ante el empuje de la época y el apogeo de la ideología del proletariado, se mimetizan ahora tras un rótulo de socialismo[1]. Este es un fenómeno típico en muchos países de Africa, Asia y América Latina.

[1] Nehru denomina socialismo a ciertas concepciones ideológicas de la burguesía nacionalista hindú. Nasser habla de un «socialismo cooperativo»

El Proyecto de Programa del PCUS es una aportación de elevados quilates al esclarecimiento de algunos acuciosos temas ideológicos del movimiento de liberación nacional. Entre ellos, de aquéllos referentes a las corrientes nacionalistas burguesas en las colonias y países dependientes y en los nuevos Estados nacionales.

El problema de la actitud y el carácter de las diversas clases sociales en la revolución se manifiesta con singular agudeza en el plano de las ideologías. Es parte de la gran cuestión a dirimir dentro del movimiento de liberación nacional acerca de quien dirige la revolución, hasta donde irá ésta y que vía de desarrollo adoptará luego de la liberación política: la capitalista o la socialista. En países como el Uruguay y otros de Iberoamérica, en que la burguesía nacional ya es incapaz de dirigir la acción revolucionaria contra el imperialismo y las viejas clases reaccionarias, la respuesta a este interrogante ideológico define también la cuestión de si la revolución se llevará a cabo efectivamente o si se detendrá a mitad de la senda, como con rudo dramatismo, lo demuestra la atascada insurgencia boliviana.

La lucha ideológica no se reduce, para el proletariado, a la indispensable y primordial labor de desenmascaramiento de sus enemigos, el imperialismo yanqui y las clases dominantes que le sirven. Hacia ellos se dirige, sin duda, el fuego central de todo planteamiento que se complementa con el trabajo esclarecedor que facilita la unidad antiimperialista y democrática. Empero, esa lucha ideológica debe llevarse a cabo también dentro del campo de los propios aliados, ya que el propio frente único presupone la coalición de clases y capas sociales distintas con un ideario también diferente. En contraste con el primer caso, en este segundo la lucha ideológica se encuadrará en las necesidades estratégicas de la revolución, de la formación y consolidación del frente democrático-nacional, debe estar por lo tanto regida por métodos adecuados, además de poseer las necesarias proporciones. Configura la expresión más directa del principio de unidad y lucha en que se apoya su estrategia y es, en consecuencia, una derivación del principio acerca del papel de vanguardia del Partido y de la tesis referente a la hegemonía del proletariado.

Expresiones diversas y complejas adquiere el fenómeno ideológico entre las capas medias, la pequeña burguesía e inclusive el campesinado. A veces, corresponden a una refracción de las nuevas tendencias de una realidad conmovida, en otras,

es el pasado, —cuando existe el arraigo de antiguas tradiciones nacionales— que presiona como un duende el cerebro de las generaciones actuales, valga la conocida expresión de Marx.

Indudablemente, una de las corrientes más significativas en el movimiento liberador anticolonialista ha sido el nacionalismo. El nacionalismo de los pueblos coloniales y dependientes posee distinto carácter que el de los Estados imperialistas. Lenin lo advertía en un aforismo ya célebre, en su diálogo con Rosa Luxemburgo en torno al principio de autodeterminación. Esta estimación, que ha presidido la conducta de los comunistas, ha encarnado en la diáfana política exterior internacionalista de la Unión Soviética y los Estados del sistema socialista. El Proyecto de Programa sitúa adecuadamente esta tesis:

> «El movimiento de liberación de los pueblos que acaban de despertar se produce en muchos países bajo la bandera del nacionalismo. Los marxistas-leninistas distinguen el nacionalismo de las naciones oprimidas del nacionalismo de las nacionas opresoras. El nacionalismo de la nación oprimida posee *un contenido democrático general* enfilado contra la opresión, y los comunistas lo apoyan considerándolo históricamente justificado en una etapa concreta. Este contenido se expresa en el afán que sienten los pueblos oprimidos de liberarse del yugo imperialista, de lograr la independencia nacional y el resurgimiento nacional. Al mismo tiempo, el nacionalismo tiene otro aspecto, que es expresión de la ideología y los intereses de la reaccionaria cúspide explotadora»[1].

La ideología nacionalista no se manifiesta del mismo modo en algunos países de América Latina que en Asia y Africa; porque no ha adquirido los contornos de un cuerpo de doctrina como ha sucedido en otros continentes, en los cuales ha cumplido un relevante papel. No es del caso analizar las posibles causas históricas —económicas, sociales, políticas e intelectuales— que acuñan las diferencias. Cabe sólo recordar que, en algunos países, ha sido la cobertura de las clases terratenientes en retroceso frente a la burguesía. Empero, como ideología nacionalista más coherente y con filo antiimperialista, ha hallado expresión, en cierto sentido, en Brasil y Bolivia. Esto no quiere decir que el auge actual de la resistencia patriótica al imperialisimo yanqui, que está haciendo trepidar todos los valores preestablecidos, no involucre una floración de ideas de tipo nacionalista, mechadas en el pensamiento social, en las búsquedas de la literatura y en las explosiones de las capas medias. Sin embargo, no siempre se manifiestan como tal, ni montan un movimiento de ese carácter. Estamos ante un alza del sentimiento y de la vocación nacionales que la revolución subraya y entona. En el aluvión flotan concepciones nacionalistas; pero el torrente popular en América Latina es nacional, patriótico, más que nacionalista propiamente dicho.

La ideología nacionalista en los países coloniales y dependientes trasunta, en general, el pensamiento de la burguesía nacional y a veces la conmovida angustia patriótica de la pequeña burguesía. El crecimiento de las contradicciones con el imperialismo yanqui y el proceso de desarrollo capitalista otorgan las bases materiales para la floración de esas tendencias ideológicas. La revolución anticolonialista, que recorta y colorea de nuevo el mapamundi, las estimula y alienta.

Ideas de esta tonalidad se han mezclado en el pasado latinoamericano a todas las epopeyas y a las grandes insurgencias juveniles tales como la Reforma Universitaria, el Ideario paraguayo, el Apra de la primera época o el «tenentismo» brasileño. Pero no se puede calificar estos movimientos patrióticos como nacionalistas ya que no están sostenidos por la estructura tradicional y los mitos de diversa índole que han dado coherencia doctrinaria burguesa al nacionalismo asiático o africano. En América Latina, la expresión más típica del pensamiento burgués ha sido el nacional-reformismo, con rasgos positivos, pero imbuido de más agudas tendencias a la conciliación frente a la dominación imperialista.

Las ideas nacionalistas han aparecido en muchos países de América Latina estrechamente relacionadas —mechadas diríamos— al movimiento muy fuerte de las capas medias que, en el período más agudo de la guerra fría, se albergó tras la bandera de la «tercera posición». Esta formulación que, en el campo del movimiento obrero, evoca al revisionismo y a las posturas equívocas de los teóricos yugoslavos, en el plano de la lucha social y política de muchos países suramericanos señaló la conformación de un movimiento socialmente abigarrado (si bien se apoyaba en la pequeña burguesía, allí cabían fuerzas como el peronismo o los actuales gobernantes uruguayos hoy al servicio del FMI) que pretendían combatir a los

[1] Edición citada, pág. 51.

«dos imperialismos», calificando así tanto a la URSS como a los opresores yanquis.

A partir de Guatemala, la mitología de este movimiento se fue derrumbando y pasó a progresar su rasgo social positivo: el sacudimiento antiimperialista de las capas medias, principalmente de los estudiantes, que iban desembocando en la ancha calle de la revolución latinoamericana. Cuba significó también aquí un período nuevo de nuestra revolución continental. Permitió manifestar el contenido antiimperialista del movimiento de las masas y ayudó a naufragar al planteamiento ideológico fraudulento.

Vino luego la quiebra de las primeras confusiones, de la creencia de que Cuba era la materialización de la «tercera posición». Tras la justa frase de Fidel de que la revolución era «nacional y cubana como sus palmeras», se pretendía extraer que era anticomunista y opuesta al sistema socialista mundial. El mérito cubano fue que exhibió ante todo el continente la coincidencia histórica de la revolución nacional democrática y la revolución socialista triunfante: coincidencia en la ONU por la paz, coincidencia en la ayuda de los Estados socialistas, y coincidencia en la valoración teórica de la Declaración de La Habana.

En la Conferencia de Punta del Este, E. Guevara ha dicho:

> «Es una revolución que tiene una política exterior independiente, que viene aquí a esta Reunión de Estados Americanos como uno más entre los latinoamericanos; que va a la reunión de los países no alineados como uno de sus miembros importantes y que se sienta en las deliberaciones con los países socialistas y éstos lo consideran un país hermano». Reafirma un hecho histórico que no tiene nada que ver con la «tercera posición».

El planteamiento de cuño nacionalista asoma a veces entre el movimiento antiimperialista de «izquierda», tras esta curiosa interpretación de nuestra época histórica: la contradicción principal de nuestro tiempo no es entre el sistema socialista y el capitalista, sino entre los países «subdesarrollados» y los «desarrollados». La teoría de la lucha de clases deja aquí el lugar a una valoración cuantitativa del desarrollo económico. El rasgo definidor de nuestra época no sería la revolución socialista sino la disgregación del sistema colonial del imperialismo. Este planteamiento tiene una médula ideológica nacionalista.

Sin embargo, fue la revolución rusa —proletaria y socialista— la que anunció la revolución de los pueblos coloniales y dependientes: primero, porque el proletariado en el poder, por su internacionalismo, se volvió el abanderado de todos los oprimidos; segundo, porque situado en la geografía euro-asiática, colocó ante los ojos de Oriente la perspectiva de la revolución; tercero, porque tendió su mano a millones de oprimidos; cuarto, porque *experimentó el método socialista —proletario e internacionalista— de resolver la cuestión nacional-colonial y de liquidar el atraso, el «subdesarrollo».*

Sin embargo, el resplandor de Octubre tiene en Oriente dos repercusiones que, por comodidad expositiva, personalizaré: me refiero a India y a China. Una, representa la burguesía nacionalista que ve en Octubre el *aliado* y el sostén para su emancipación; otra, la comprensión de los pueblos coloniales y dependientes de que la mejor ruta para su emancipación la otorga la ideología del proletariado, marxista-leninista e internacionalista. He aquí la cuestión en el plano ideológico: ruta burguesa o ruta proletaria; nacionalismo o socialismo.

La definición que inserta el Proyecto de Programa acerca del contenido histórico y de clase de los nuevos Estados nacionales ayuda a esclarecer este tópico[1].

En los Partidos Socialistas de América Latina que han avanzado hacia una lucha antiimperialista activa y hacia posiciones revolucionarias, a veces se manifiestan opiniones que, radiografiadas, pueden significar una tendencia a confundir el nacionalismo de los pueblos coloniales y dependientes, con el socialismo. No me refiero, claro está, ni a la invocación patriótica, ni al recuerdo de las tradiciones nacionales. Daré ejemplos recogidos de dos destacados ideólogos colombianos. Dice uno de ellos:

> «El Partido Popular Socialista de Colombia se define como una organización de carácter democrático, nacional,

[1] «Los jóvenes Estados soberanos no forman parte del sistema de Estados imperialistas ni tampoco del sistema de los Estados socialistas. Pero en su inmensa mayoría no han logrado salir todavía de la esfera de la economía capitalista mundial, aunque ocupan en ella un lugar especial. Ellos constituyen todavía la parte del mundo explotada por los monopolios capitalistas. Mientras estos países no acaben con su dependencia económica del imperialismo seguirán siendo la «aldea mundial» y objeto de una explotación semicolonial.

La existencia del sistema mundial del socialismo y el debilitamiento del imperialismo brindan a los pueblos de los países que se han liberado una perspectiva de resurgimiento nacional, de liquidación de su atraso y miseria seculares y de conquista de la independencia económica». [Edición citada, págs. 48—49].

popular, revolucionario y autónomo, construida sobre la base de la absoluta independencia frente al capitalismo y al comunismo, ya que entiende el socialismo como una tercera posición revolucionaria que *supera dialécticamente el conflicto histórico de los dos extremos».* (J. A. García). (El subrayado es nuestro. — R. A.).

No es necesario explicar que esa *síntesis* no es posible; cuando mucho, puede ser el intento de un utópico ayuntamiento contra natura.

Muy nítidamente, Luis E. Valencia plantea este resbaloso camino nacionalista para el socialismo:

> ... «hay que proceder a efectuar —dice— una auténtica *revolución nacional, fuera de ortodoxias clasistas»* ... «supone el empleo de fuerzas sociales identificadas en un sano y constructivo *nacionalismo popular* articulado al problema común latinoamericano» ... «El nacionalismo burgués entreguista y empalmado con el colonialismo, o *la lucha de clases y de naciones* al servicio de cualquier potencia no son conductores adecuados a la magnitud de esta tarea, por depender siempre de intereses y estrategias ajenos a nuestro común destino histórico». («El mercado común latinoamericano», Luis E. Valencia).

Como es fácil ver, rechazar las «ortodoxias clasistas», es decir, suprimir la lucha de clases, no es otra cosa que nacionalismo burgués en las filas del movimiento socialista.

Este diálogo en torno a un cardinal problema ideológico no debe oscurecer, no obstante, un hecho claramente positivo: el alineamiento de muchos Partidos Socialistas de América Latina en el frente antiimperialista activo, en la férvida defensa de Cuba y en la coincidencia con los comunistas en la preocupación por alumbrar la nueva hora revolucionaria continental.

Con otro alcance, aparecen en la Argentina, por ejemplo, ciertos grupos que procuran acoplar el nacionalismo burgués —que allí se entronca a la derecha y a grupos del peronismo— al trotsquismo. Pretenden así «un marxismo nacional», contra los comunistas que «no son izquierda», sino un «factor de la política de poder de Moscú».

Estos sectores confluyen todos, en la práctica, en la oposición metafísica del internacionalismo al patriotismo.

Pienso que debemos diferenciar el nacionalismo como ideología de la burguesía nacional, cuando ésta lo sustenta, del nacionalismo como intento de infiltrar un «trotsquinacionalismo» en filas del proletariado. En el segundo caso, debemos

denunciarlo y rechazarlo duramente. En el primero, la clase obrera debe valorar el carácter dual del nacionalismo burgués de los pueblos oprimidos y situarlo en el cuadro de la lucha ideológica, enmarcada por las necesidades de la formación del frente democrático-nacional. Es decir, de acuerdo al principio de la unidad y la lucha.

En el caso de los Partidos Socialistas, con los cuales avanzamos en la ruta de la unidad, la tarea de esclarecimiento debe ser cuidadosa, elevada y fraternal.

El proletariado y su Partido deben educarse en la ideología socialista, en el pensamiento de la revolución proletaria, la filosofía de la época transformadora que vivimos. El Proyecto de Programa del PCUS es un documento inspirador para el movimiento obrero mundial.

(Publicado en el núm. 11 de 1961 de REVISTA INTERNACIONAL)

SUMARIO

Pág.

Un congreso histórico 3

F. KOZLOV — El PCUS es el Partido do todo el pueblo . . 20

J. HENDRYCH — El XXII Congreso del PCUS y el desarrollo del sistema socialista mundial 40

J. GOLLAN — El programa del PCUS y las perspectivas del capitalismo en Inglaterra 59

L. BUHALI — La edificación del comunismo y la lucha emancipadora de los pueblos árabes 79

V. RUDIN — Triunfo de los principios leninistas de la vida del Partido 91

A. RUMIANTSEV — Nuestra común arma ideológica . . . 108

R. ARISMENDI — El programa del comunismo y el movimiento de liberación nacional 129